

ÉL PIENSA QUE SU SECRETO ESTÁ A SALVO.

LA MUJER DEL MÉDICO

PERO ELLA SABE LA VERDAD ...

DANIEL HURST

#1 BESTSELLER EN AMAZON

JENTAS

La mujer del médico

Daniel Hurst
La mujer del médico
Título original: The Doctor’s Wife

ePub: Jentas A/S

ISBN 978-87-428-1271-6

PRÓLOGO

Mientras la mujer de la ventana observaba la actividad en la playa, supo que el cuerpo que había en la arena iba a ser el acontecimiento que convertiría ese tranquilo pueblo costero en un hervidero de actividad durante varios días. Por lo general, ese lugar aislado solo era frecuentado por los residentes locales, los repartidores de las ciudades cercanas y los turistas ocasionales que entraban y salían de Escocia. Ahora estaría repleto de expertos forenses, periodistas y transeúntes que albergarían una morbosa curiosidad.

Era lo que tenía la aparición de un cadáver en un lugar inesperado.

Exigía atención.

Y siempre la conseguía.

Nunca fue tan evidente como el día en el que se descubrió el cadáver de Drew Devlin tendido en la franja de arena que bordea ese pintoresco trozo de costa del norte de Inglaterra.

La camiseta blanca y húmeda que cubría el torso retorcido era del mismo color que el cielo nublado, y la temperatura del cadáver era tan fría como el tiempo en esa parte del país, azotada por la lluvia y el viento. Los pantalones cortos negros que cubrían los muslos pálidos y sin vida eran casi tan oscuros como el cielo en el horizonte, otra tormenta que se avecinaba para un pueblo que ya había soportado mucho y al que le esperaban retos aún más difíciles. Y una zapatilla gris en el pie izquierdo, que perdía poco a poco su prístina condición a medida que las motas de suciedad y arena eran salpicadas por la ondulante marea que bañaba el cuerpo de forma lenta, lo que podría considerarse una falta de respeto también.

Faltaba el zapato que debería haber estado en el pie derecho, pero, si alguien lo buscaba, lo vería balanceándose en el mar a varios metros de distancia, como un barco sin marinero, a la deriva sin rumbo; muy probablemente volvería a tierra con un golpe de mar en algún momento, pero, por ahora, estaba a merced de la corriente helada.

Sin embargo, nadie miraba el zapato. Todos miraban a la persona a la que pertenecía, y eso incluía a la mujer de la ventana. Siguió observando mientras los servicios de emergencia acudían para llevar a cabo sus sombrías tareas, y continuó observando mientras el sol comenzaba a ponerse en ese terrible día. Porque el cuerpo que había en la arena era el de un hombre al que ella había amado. Pero ella no había sido la única en ese pueblo que había amado al difunto. Era popular entre el sexo opuesto, demasiado popular.

Y esa era una de las razones por las que ahora estaba muerto.

DOS SEMANAS ANTES

1

FERN

Mientras el coche en el que viajo se detiene en el amplio camino de entrada de mi idílica nueva casa, un millón de pensamientos pasan por mi mente. Para mí, el día en el que un adulto se muda a una nueva casa no es muy distinto del día en el que un niño empieza en un nuevo colegio. Hay un aire de nerviosismo que acompaña a la preocupación de si se está haciendo lo correcto. Hay un dolor sordo de ansiedad en la boca del estómago causado por el remordimiento de haber dejado atrás a los viejos amigos y la posibilidad de que sea más difícil encontrar nuevos amigos en este nuevo entorno. Y, sobre todo, la certeza de que, pase lo que pase, la vida nunca volverá a ser igual.

¿Cómo podría describir este nuevo lugar? Para empezar, diría que es muy diferente a la casa de la que me mudo, aunque eso no tiene por qué ser algo malo. ¿Quién puede quejarse de un cambio de tamaño? Pero en la vida hay más cosas que el tamaño, como a cualquier mujer le gusta recordar a un hombre, así que siempre he sido lo bastante inteligente como para mirar más allá y fijarme en los detalles.

Técnicamente, esta propiedad es una estructura preciosa, un edificio encalado de dos plantas que consta de cuatro dormitorios, dos cuartos de baño, una cocina como la de mis sueños y el tipo de comedor que sería perfecto para recibir invitados. Y eso sin mencionar el amplio salón y el precioso jardín trasero, que parece no tener fin. Pero, por muy bueno que sea todo eso, lo más importante es lo que hay delante de la casa, que es incluso más impresionante que lo que hay dentro o detrás. Y es que la propiedad no podría estar situada en un lugar más idílico. Construida justo enfrente de la arena y el agua, la casa tiene vistas al fiordo de Solway, un tramo de agua entre Inglaterra y Escocia que forma parte de la frontera entre las dos naciones. Y qué frontera más bonita. En un día de buen tiempo, como hoy —y como el día que vine a ver la propiedad—, las vistas son increíbles; se pueden ver kilómetros tanto a lo largo de la orilla del agua como en línea recta, lo que significa que una persona puede estar de pie en un país, pero mirando a otro.

Es increíble poder ver Escocia en un día despejado, o “The Bonnie Banks”, como la ha llamado mucha gente en el pasado. Eso puede sonar muy bien, pero esto es el Reino Unido, así que ¿cómo será cuando hace mal tiempo? Por suerte, aún no he estado aquí para experimentar uno de esos días, pero puedo asumir con seguridad que este lugar parece muy diferente cuando el sol está oculto, las nubes han envuelto el paisaje y los granos de arena de la playa se ven salpicados por las gotas heladas del cielo.

Pero las inclemencias del tiempo no son lo que me preocupa de mudarme aquí, ni tampoco la propiedad en sí, porque es un lugar impresionante y cualquiera sería

afortunado de llamarlo suyo. No, hay otra razón por la que tengo mis reservas sobre lo que estoy haciendo mientras me siento en mi coche y pienso en el nuevo futuro del que he aceptado formar parte, y la forma más sencilla de describir mi estado de ánimo en este momento es la siguiente:

En conflicto.

Si preguntas, estoy segura de que muchas de las personas que he conocido a lo largo de los años estarían encantadas de describirme. Pero, si tuviera que describirme a mí misma, lo resumiría en cuatro palabras:

Una chica de ciudad.

Así es, me encanta la jungla de cemento. Los rascacielos. Las cafeterías en cada esquina. Los bares y restaurantes que abren hasta tarde y las cafeterías que abren temprano. Los centros comerciales y los parques. Los teatros íntimos y los recintos enormes. La variedad de supermercados y de medios de transporte. Y la gente, mucha gente. Viajeros. Estudiantes. Comerciantes. Baristas. Camareros. Artistas callejeros. Corredores. Paseadores de perros. Todos ajetreados y bulliciosos, con sitios a los que ir y gente a la que ver. Chocando los codos en el tren o haciendo cola para comprar un café.

Energía. Vitalidad. Vida.

Siempre he vivido en una ciudad. Principalmente en Manchester, ya que allí crecí y allí he pasado la mayor parte de mi vida adulta, solo interrumpida por una estancia de tres años en la Universidad de York y un periodo de prácticas de dos años en la ciudad más inglesa de todas, Londres. Esas experiencias significan que nunca he conocido otra cosa que el ruido, la acción, los olores extraños y la posibilidad de encontrar un lugar abierto para disfrutar de una copa, ya sea a las tres de la tarde o a las tres de la madrugada, y aunque algunas personas pueden odiarlo, a mí me encanta.

Para mí, una ciudad no es solo un gran conjunto de edificios, sino un organismo vivo formado por las personas que la habitan, y yo siempre he sido una de ellas.

Hasta hoy.

Ahora ya no soy un habitante de la ciudad. Más bien, soy alguien que tiene que encontrar consuelo en los espacios abiertos, en los largos silencios y, sobre todo, en la soledad. He pasado de una población de más de dos millones de habitantes a apenas quinientos, y estoy bastante segura de que eso contando también las ovejas de las colinas cercanas.

Hasta la vista, Manchester.

Hola, Arberness.

Me han dicho que la mayoría de los habitantes de este pueblo descienden de familiares que vivieron aquí antes que ellos. Ha habido varias generaciones de la misma familia por aquí, y no muchos de ellos abandonaron el pueblo en busca de pastos más grandes y bulliciosos, sino que se quedaron porque se sentían orgullosos de su remota región y veían la belleza de estar en un lugar menos invadido que las ciudades y pueblos cercanos. Pero algunos residentes no nacieron aquí ni tenían ninguna conexión previa con el pueblo antes de establecerse en él. Se trata de personas que huyen de los grandes centros metropolitanos y buscan una vida tranquila a medida que envejecen en un lugar donde sin duda hay mucha tranquilidad.

No cabe duda.

Va a costar acostumbrarse.

—Supongo que deberíamos salir y ayudar a los de la mudanza.

La voz del hombre que se sienta a mi lado en el coche me saca de mi trance y, cuando me giro para mirarlo, veo que me sonríe. Es una sonrisa amable. Una sonrisa bonita. La misma que me cautivó hace años, cuando me sonrió por primera vez, y la misma que vi cuando me dirigía al altar con mi vestido blanco. Su sonrisa era amplia entonces, y sin duda lo es ahora, pero nunca la he visto más amplia que el día en el que, hace seis meses, acepté dejar atrás nuestra antigua vida y trasladarme aquí, a este remoto lugar, para empezar de nuevo con el hombre con el que me casé.

Sí, esta mudanza fue idea de mi marido. Lo dejaré claro ahora, por si acaso todo sale mal pronto, lo cual es una posibilidad muy real. Así es: mudarnos aquí, en medio de la nada, fue idea y sugerencia de Drew Devlin, o doctor Drew Devlin, como le gusta presentarse a los demás.

—No pasé todos esos años en la facultad de Medicina solo para ser otro Drew —me dijo una vez cuando volvíamos a casa de una cena, y después de que le preguntara por qué insistía en dar su título profesional fuera del trabajo—. Es importante incluir esa palabrita extra al principio de mi nombre. Trabajé duro para conseguirlo y, aunque solo sea por eso, sirve para iniciar una conversación.

No me molesté en contradecirlo, aunque le tomé el pelo un poco por diversión. También me aseguré de decirle que no me importaba si era el doctor Drew, el dentista Drew o incluso solo el aburrido Drew, porque era mi hombre y estaba orgullosa de él hiciera lo que hiciera en el trabajo.

Aunque no suelo decirle a mi marido lo mucho que me gusta que sea médico en ejercicio, porque su ego no necesita otro empujón, la verdad es que me encanta lo que hace para ganarse la vida. Es una profesión muy respetada y muy importante, por no hablar de que está bien pagada, además de ser muy conveniente siempre que tengo algún síntoma sobre el que pueda necesitar una opinión rápida.

Nunca he tenido que esperar a una cita cuando puedo levantarme la camiseta y preguntar al hombre que está a mi lado si mi nuevo lunar puede dar problemas. Puede que no sea mi movimiento más *sexy*, pero cuando te acercas a los cuarenta, como es mi caso, ser *sexy* está muy abajo en la lista de cosas por hacer.

Pero no todo es diversión siendo la mujer de un médico. Porque un trabajo así exige dedicación, diligencia y, sobre todo, la voluntad de trabajar muchas horas para ver a todos los pacientes que tienen enfermedades y dolencias que requieren cuidados y atención especiales. No es posible que un médico haga un trabajo a medias. Es todo o nada, dar una gran atención o ninguna. Y el doctor Drew siempre se enorgullece de dar a sus pacientes la mejor atención que puede. El problema era que tenía demasiados de esos molestos pacientes, de ahí la idea de mudarse fuera de la ciudad y continuar su carrera en un lugar un poco más tranquilo.

—Imagínatelo. Con menos pacientes que ver cada día, puedo terminar a las cinco. O incluso antes —me dijo Drew cuando me estaba proponiendo la idea—. ¿No es eso lo que siempre has querido? ¿Más tiempo juntos? Bueno, aquí nunca va a ser posible. Pero,

si nos mudamos, puede ser una realidad.

Recuerdo la expresión de su cara cuando me dijo esas palabras, o más bien recuerdo sus penetrantes ojos azules clavados en los míos y haciéndome sentir como siempre me hacían sentir: especial. Siempre ha tenido ese poder sobre mí, como imagino que todos los hombres guapos tienen sobre las mujeres, en el sentido de que una mirada podía derretir un corazón y conseguir de esa forma lo que quería. El hecho de que siempre tenga un lenguaje corporal tan relajado también lo ayuda. Nunca está rígido o inseguro. Siempre actúa como si estuviera totalmente seguro de lo que dice, y supongo que casi siempre lo está.

—Sabes que quiero que acabes antes de trabajar —acepté, pues prefería tener a mi marido en casa a una hora decente a que entrara por la puerta principal a las siete o las ocho, refunfuñando por la acumulación de volantes de derivación y una sala de espera abarrotada—. Pero es un poco extremo ir de aquí para allá, ¿no? Aquí tenemos todo lo que podríamos necesitar. Familia, amigos, todos nuestros lugares favoritos. ¿Qué tendríamos allí?

—Oh, no lo sé. ¿Qué tal paz? Tranquilidad. Aire fresco. Kilómetros de espacio abierto para relajarnos. Largos paseos por la playa. Fiestas en el pueblo. Una comunidad real de la que formar parte, en lugar de ser un número más en una zona superpoblada del país. Y lo más importante: por primera vez en mi vida, y en nuestro matrimonio, un equilibrio adecuado entre trabajo y vida privada.

Tuve que darle la razón a Drew. Argumentó de forma convincente por qué debíamos plantearnos la mudanza. Pero fue un argumento que tuvo que afinar y pulir durante varios días antes de que yo empezara a aceptar su forma de pensar.

—Veo que te lo tomas muy en serio —le dije una noche, después de que volviera a casa malhumorado tras otro día agotador—. Sabes que tengo mis dudas al respecto. Pero, si de verdad es lo que quieres, lo haré. Aceptaré mudarme. Pero con una condición. Que encontremos la casa perfecta. Si voy a estar en medio de la nada rodeada de ovejas balando y aldeanos locos, al menos quiero una buena cocina. Me prometiste una barra de desayuno cuando nos comprometimos, y aún no la tengo.

Aquella barra de desayuno era solo una de las muchas grandes ambiciones que albergaba desde que empecé a tener una relación seria con Drew. En los primeros días de nuestro romance, a menudo pasábamos horas juntos en la cama hablando de todo tipo de sueños, algunos sensatos y otros un poco más locos. Lugares que queríamos visitar. Los coches que queríamos conducir. Qué queríamos hacer cuando llegáramos a la edad de jubilación. Me complace decir que muchos de esos sueños se hicieron realidad. Pero, como siempre en la vida, algunos se quedaron por el camino.

Nunca había visto a Drew tan feliz como la noche en la que acepté que dejáramos Manchester y nos mudáramos a Arberness, un lugar que él eligió, según me dijo, porque había estado allí un par de veces al volver de viajes con amigos a Escocia, y siempre había cautivado su imaginación. Yo aún no estaba tan convencida como él de que aquel pueblecito fuese el mejor lugar para empezar el siguiente capítulo de nuestras vidas, pero, una vez que acepté, los planes de mudanza empezaron en serio. Nuestra casa salió al mercado por un precio muy rentable, mientras que nosotros nos pusimos enseguida a

buscar un nuevo hogar en el pueblo. Solo tuvimos que hacer un par de viajes al norte antes de encontrar la casa que queríamos.

—Es perfecta —me dijo Drew antes de que la viera.

Una vez que la vi, sentí lo mismo. Como cualquiera que esté casado sabrá, estar de acuerdo en algo es la mitad de la batalla. Pero no tuvimos que discutir sobre eso. La casa era perfecta. El tamaño, la ubicación, el precio. Cumplía todos los requisitos que teníamos cuando contactamos por primera vez con un agente inmobiliario. Y aquí estamos ahora, con los hombres de la mudanza cargando nuestras cajas.

Y así, mientras Drew y yo salimos de nuestro coche, se hace oficial. Ahora vivimos aquí. No allí, en la ciudad, donde todo es familiar y accesible, sino aquí, donde todo es nuevo, extenso y huele raro, como si mis fosas nasales no acabaran de entender por qué el aire está limpio y no lleno de gases de combustión.

¿He hecho lo correcto o me he equivocado? ¿Me gustará estar aquí o acabaré resintiéndome? ¿Haré nuevos amigos o mi única compañía durante la semana laboral será cualquier oveja que se acerque al muro del fondo de nuestro jardín? ¿Y me enamoraré de las vistas de la playa que hay frente a mi casa o sus arenas empezarán a atormentarme con el tiempo, haciéndome añorar la sensación familiar del duro hormigón de las calles de la ciudad que antes pisaba con tanta confianza?

Supongo que solo el tiempo lo dirá. Pero, mientras entramos en nuestra nueva casa y pensamos en comenzar a desembalar todas las cajas que empiezan a amontonarse en nuestro pasillo, sé que una cosa es segura.

Mi marido está muy muy contento de estar aquí.

Demasiado contento.

2

DREW

Lo he conseguido. He logrado lo que parecía una tarea imposible. Convencí a mi mujer para que dejara atrás la ciudad que ama y me acompañase hasta aquí, y ahora que hemos hecho oficialmente la mudanza, todo sigue su curso. Estoy tan excitado que podría hacer un pequeño baile, pero no es muy apropiado; además, no quiero avergonzarme delante de los chicos de la mudanza, que ya se van, así que por ahora contengo mi emoción. Estoy muy contento, y no tiene nada que ver con esta nueva casa. Es porque me he salido con la mía.

Fern me cree.

Cree que lo sugerí porque busco una vida tranquila.

Si ella supiera la verdad.

—¿Puedes llevar eso arriba, por favor? —me pregunta mi mujer, mientras señala una caja de cartón muy pesada con las palabras "dormitorio principal" garabateadas con rotulador negro—. Supongo que los de la mudanza no se molestaron en leer las notas que les puse y comprobar en qué habitación debían ir estas cajas.

—Es culpa mía. Debería haberlos vigilado más —digo, antes de soltar un gemido de cansancio mientras levanto la caja y me dirijo a las escaleras.

—Supongo que se distrajeron con la charla sobre fútbol —responde Fern con una sonrisa irónica, refiriéndose a cómo me enzarcé en una conversación tan profunda sobre la actualidad del Manchester United con los encargados de la mudanza que acabaron teniendo que darse prisa para terminar a tiempo.

—Solo estaba siendo amable. Imagino que agradecerán una distracción en su trabajo. No todo el mundo ama su trabajo como yo.

Estoy exagerando un poco sobre lo mucho que adoro mi profesión mientras subo las escaleras, aunque hay algo de verdad en ello. Una vez me enorgullecí de ser médico siguiendo los pasos de mi padre, quien fingía que le habría encantado que me dedicara a cualquier cosa, pero albergaba esperanzas de que yo lo siguiera en la profesión médica. Tenía mis dudas, pero, armado con el intelecto necesario no solo para estudiar Medicina, sino también para aprobar todos los exámenes y pruebas del camino, me fui haciendo a la idea de ser médico de cabecera. Me sentí orgulloso el día que obtuve el título, más por mis padres que por mí, y he intentado mantener vivo ese sentimiento a lo largo de mi carrera, aunque la fantasía del trabajo difiere un poco de la realidad. Ahora parece que se trata menos de ayudar a salvar vidas y más burocracia, sin duda más que en la época de mi padre, pero no quiero que la gente lo sepa. Porque me gustan el respeto y la admiración que recibo de los demás cuando se enteran de a qué me dedico, y eso se verá

empañado si descubren que la mayor parte del día me la paso con papeleo en mi escritorio.

O al menos así era antes.

Pero aquí, en Arberness, tendré menos pacientes, lo que significa que podré ofrecer una atención de mejor calidad. También tendré cinco minutos entre consulta y consulta para tomarme un respiro, lo que será una gran ventaja. Se acabaron los días en los que ni siquiera podía ir al baño o comerme un bocadillo sin tener la sensación de estar añadiendo otro retraso a un sistema ya de por sí muy saturado. Las cosas deberían ser más fluidas aquí, más manejables y, en definitiva, más fáciles de lo que eran en Manchester. Aquel lugar era estresante en un buen día y francamente abrumador en uno malo debido a la enorme carga de trabajo que me imponían.

Dejo la pesada caja en el dormitorio principal, junto con las demás que hemos subido antes, y un rápido examen de la habitación pone de manifiesto la cantidad de trabajo que Fern y yo tenemos por delante antes de conseguir que este lugar tenga el aspecto que queremos. Ahora mismo, parece más un almacén que una casa, pero lo conseguiremos, o al menos mi mujer lo conseguirá. Mañana empiezo a trabajar, lo que significa que no estaré aquí para ayudar tanto como debería, pero sé que Fern se las arreglará. Además, la mantendrá ocupada y reducirá las posibilidades de que se aburra, se sienta sola y me pida que volvamos a Manchester. Cuanto más ocupada esté, menos probable será que descubra por qué estoy aquí en realidad.

Debería volver abajo y ayudar a mover la siguiente caja, pero antes me acerco a la ventana y contemplo el agua, que ahora será lo primero que veremos cada día al abrir las cortinas. Mientras admiro la belleza de la zona, pienso en la verdadera razón por la que hice que nos mudáramos aquí, y por muy bonito que sea el paisaje, no tiene nada que ver con eso en absoluto.

En cambio, tiene todo que ver con Alice.

Suelto un profundo suspiro al pensar en la única mujer a la que amo de verdad, la mujer con la que no estoy casado pero que ocupa un lugar tan importante en mi corazón que he estado dispuesto a desarraigar mi vida y empezar de nuevo aquí arriba, en lo que es esencialmente en medio de la nada. Pienso en dónde puede estar ahora y sé que, esté donde esté, no puede estar lejos de donde estoy yo. Porque Alice también vive en este pueblo y, teniendo en cuenta lo pequeño que es, nunca estaré a más de un par de calles de ella. Ese pensamiento me calienta el alma, y estoy seguro de que necesitaré ese calor durante los meses más fríos, cuando la temperatura descienda en picado y haga que este lugar parezca un poco menos tranquilo y mucho más desafiante.

Mis ojos permanecen en el agua mientras pienso en Alice y en lo bien que me sentiré al volver a estar con ella. Han transcurrido seis largos meses desde que vi su hermoso rostro y he pasado todo ese tiempo recordando la última conversación que tuvimos. Fue aquella en la que me dijo que nuestra relación había terminado. Para demostrarlo, se mudaba de Manchester y empezaba de nuevo con su marido, Rory, que no tenía ni idea de que su mujer le había sido infiel. Igual que mi mujer no tiene ni idea de que yo le he hecho lo mismo.

Decir que estaba devastado por la decisión de Alice sería quedarse corto. Por

supuesto, sabía que lo que estábamos haciendo estaba mal —vernos a espaldas de nuestras respectivas parejas y todo eso—, pero no se trataba de una aventura casual que se limitara solo al sexo. No, nuestra relación era mucho más profunda que eso. Me enamoré de Alice en el transcurso de nuestra aventura y, a pesar de lo que dijo la última vez que hablamos, sé que ella también se enamoró de mí.

Nuestra aventura empezó hace un año, en un día normal y corriente de mi vida como médico de cabecera en el centro de la ciudad. Después de pasar doce largas horas repartiendo recetas de analgésicos y convenciendo a la mayoría de los pacientes de que los síntomas leves que me comunicaban no significaban que se estuvieran muriendo, necesitaba un trago fuerte. Por eso entré en el *pub* que estaba a la vuelta de la esquina de mi trabajo, para tomarme una cerveza antes de volver a casa y contarle a mi mujer, Fern, todo lo que había pasado durante el día. Pero mi vida iba a cambiar para siempre poco después de pedir la cerveza, porque, nada más sentarme en la barra y pedirle al camarero que me sirviera una pinta, me fijé en ella.

La larga melena rubia. Las curvas bien proporcionadas. Y la sonrisa, que me hizo sentir como si volviera a ser un adolescente. No tenía ni idea de quién era la mujer guapa del bar porque nunca la había visto por esa parte de la ciudad.

Pero, oh, cómo deseaba haberlo hecho.

Ojalá fuera una de mis pacientes y viniera a verme todas las semanas, aunque no le pasara nada. Los médicos odian a los hipocondríacos, pero yo habría dado cualquier cosa por tenerla como paciente número uno, llamando a mi puerta todos los días con algún nuevo informe de una falsa enfermedad que pudiera tener. Cualquier cosa por estar cerca de ella. Para hablar con ella. Para saber más.

Sabía que las posibilidades de que una mujer como ella acabara en mi consulta eran escasas y no solo porque su aspecto fuera saludable. Era porque, sencillamente, yo no tenía tanta suerte. Solo una suerte increíble podría hacer que me cruzase con alguien como ella y, aunque tenía una buena vida en cuanto a estar casado, tener una carrera estable y suficiente familia y amigos a mi alrededor para no sentirme nunca solo, sabía que conocerla lo superaría todo de alguna manera.

Me senté a observarla desde el otro lado del local mientras charlaba con una amiga en una mesa de la esquina, pero apenas saboreé mi cerveza mientras la bebía porque estaba absorto fantaseando con mi nuevo descubrimiento.

¿Cómo se llamaba? ¿Dónde vivía? ¿En qué trabajaba?

Y lo más importante de todo: ¿le interesaría hablar conmigo?

La visión del pequeño anillo de diamantes en su mano izquierda no me desanimó en absoluto porque yo también llevaba mi propia alianza. Pero, en aquel momento, no pensé en ninguna posible aventura ni, desde luego, en que involucrarme con ella podría hacer que mi vida cambiara de formas impredecibles. Solo quería que se fijara en mí. Que me viera. Que me admirara como yo la admiraba a ella.

No tuve más remedio que pedir otra cerveza, ya que me había sentado a esperar en aquel *pub* a que la guapa mujer de la esquina se acercara, y al final mi paciencia dio sus frutos. Con el local cada vez más concurrido a nuestro alrededor, ella se acercó a la barra para pedir otra ronda de bebidas y, una vez que estuvo más cerca de mí, no perdí la

oportunidad.

Le hice un cumplido sobre su aspecto, yendo directamente al grano porque no tenía tiempo que perder ni quería ser como los demás hombres del lugar, que se limitaban a mirarla sin hacer nada al respecto. Ella aceptó el cumplido antes de devolvérmelo diciéndome que le gustaba mi traje y preguntándome si trabajaba en una oficina.

Como siempre, aproveché la oportunidad para decirle que era médico. Vi que mi profesión la impresionaba por la expresión de sus ojos mientras le hablaba. Me aseguré de mostrar más interés por ella haciéndole muchas preguntas y, muy pronto, pedir otra copa fue lo último en lo que pensó. Después de que su amiga se uniera a nosotros, supuestamente para averiguar por qué su bebida tardaba tanto en materializarse, mintió y le dijo que yo era un viejo conocido de la universidad, y destacó lo improbable que era que los dos nos hubiéramos encontrado después de todos esos años, pero eso era solo una estratagema para conseguir que su amiga nos dejara solos. Una vez que su amiga se marchó, permanecimos juntos en aquel *pub* hasta la hora de cierre, hablando y flirteando hasta que de verdad pareció que éramos viejos amigos y no solo dos personas que acababan de conocerse.

Aquella noche no conseguí que Alice me diera un beso, sobre todo porque ambos sabíamos que el otro tenía pareja y seguíamos intentando hacer lo correcto. Pero conseguí su número de teléfono, y eso fue todo lo que necesité para mantenerme en contacto con ella y concertar futuros encuentros, encuentros que estaba seguro de que acabarían en intimidad.

Y así fue.

Todas mis llegadas tarde a casa eran fáciles de justificar con Fern: le decía que el trabajo era una locura, y ella se lo creía porque para mí el trabajo siempre había sido así. Pero, en lugar de estar atrapado en mi consulta ahogándome bajo una pila de recetas, entraba y salía de hoteles del centro de la ciudad con Alice y me sentía más vivo de lo que me había sentido en años.

Obviamente, me sentía mal por lo que estaba haciendo a espaldas de Fern, igual que Alice se sentía mal por lo que le estaba haciendo a su marido, Rory. Pero no podíamos evitarlo. Como un niño que se encuentra con la llave de una tienda de golosinas, estábamos aprovechando al máximo la oportunidad de hacer lo que quisiéramos. Era peligroso, y sabía que le rompería el corazón a Fern si alguna vez se enteraba, pero confiaba en que eso nunca ocurriría. Lo habíamos mantenido en secreto durante suficiente tiempo, así que ¿por qué no podíamos seguir haciéndolo para siempre?

A mi modo de ver, ni Alice ni yo teníamos la culpa de habernos conocido cuando ya habíamos sentado la cabeza. Era solo la vida. Una vida loca e impredecible. Lo importante era que nos habíamos encontrado y, como estábamos a punto de cumplir los cuarenta, me parecía que aún teníamos mucho tiempo para disfrutar en secreto.

Y entonces Alice me dijo que me dejaba y se mudaba.

Aprieto los dientes mientras permanezco de pie junto a la ventana del dormitorio, observando el agua que se agita y chapotea en la bahía. El dolor que sentí cuando Alice me dijo que debía dejarla en paz y no volver a ponerme en contacto con ella sigue siendo muy real, aunque haya pasado medio año y tal vez piense que ya me he olvidado

de ella. Pero no es así. Estoy tan locamente enamorado de ella como la primera vez que la vi en aquel bar, y por eso he tomado la medida bastante extrema de mudarme aquí. Alice no tiene ni idea de que voy a volver a su vida, pero, cuando se dé cuenta de lo que he hecho, seguro que ve que voy en serio con lo nuestro y le da otra oportunidad a nuestra relación amorosa. Es una pena que solo podamos tener una aventura. Porque nunca podremos estar juntos de verdad, no como una pareja oficial. Eso requeriría que yo dejara a Fern y, a pesar de considerarlo como una opción muchas veces, no creo que sea viable. Porque Fern sabe demasiadas cosas sobre mí.

Cosas de las que no estoy orgulloso.

Y cosas que podrían meterme en serios problemas si alguna vez salieran a la luz.

No veo lo que estoy haciendo como acoso. Lo veo como algo romántico. Espero que Alice lo vea de la misma manera. En cuanto a Fern y Rory, no sabrán lo que está pasando, igual que no tenían ni idea antes, y seguiré así hasta que Alice esté de nuevo en mis brazos. Pero hay una pequeña posibilidad de que Alice no reaccione bien a mi reaparición y, por si acaso, no voy a quemar ningún puente con mi mujer. Mejor ser un hombre casado con una vida amorosa complicada que un médico divorciado al que todo el mundo compadece.

Por ahora, guardaré mi pequeño secreto y veré cómo se desarrolla todo esto.

¿Qué me depara la vida en este pueblo?

Bueno, al igual que en la ciudad, voy a hacer todo lo posible para conseguir lo que quiero.

3

FERN

La primera persona que nos visita en nuestro nuevo hogar es Audrey, nuestra anciana vecina de al lado, y no viene con las manos vacías.

—Os he preparado una lasaña —me dice, mientras la recibo con la fuente caliente que lleva—. Imagino que todos vuestros cacharros están todavía en cajas, así que pensé que necesitaríais algo rápido para cenar esta noche. No tardará mucho en calentarse. Tenéis microondas, ¿verdad?

—Sí, por supuesto. Gracias, es usted muy amable —le digo, mientras entra en mi amplio y bien iluminado vestíbulo y cierro la puerta tras ella.

—Oh, no necesitas preocuparte por cerrar las puertas aquí, querida. No hay delincuencia en Arberness.

—Lo siento, es la costumbre de vivir en la ciudad —digo, sin saber por qué me disculpo por cerrar con llave la puerta de mi casa ni por qué he mentido diciendo que era más por costumbre que por otra cosa. La verdad es que siempre cierro la puerta de casa, esté donde esté, esté con quien esté o sea la hora que sea. Nunca se es demasiado precavido, ni siquiera en una zona de baja criminalidad como esta.

—Ah, así que os habéis mudado aquí desde la ciudad, ¿no? —dice Audrey, mientras acepto agradecida la fuente que me ofrece y la invito a seguirme a la cocina—. Bueno, no te lo tendré en cuenta.

Me hace saber que solo está bromeando y me río, sintiéndome aún más atraída por ella.

—¿Por qué has tardado tanto en entrar en razón y mudarte al campo?

—En realidad, fue idea mía.

Entonces aparece Drew, saliendo del comedor con otra caja en las manos y una gran sonrisa en la cara. Nunca le cuesta cautivar a la gente, y sospecho que va a ponerse manos a la obra para cautivar a nuestra nueva vecina. Y así lo hace. Deja la caja en el suelo para estrechar la mano de Audrey antes de felicitarla por su jersey de lana.

—Gracias. Lo tejí yo misma.

—Una mujer con talento. Entonces, te llevarás bien con mi esposa.

Pongo los ojos en blanco y me pregunto cómo puede halagar a dos personas con un solo comentario. Me dirijo a la cocina y meto la lasaña en la nevera antes de buscar la tetera para prepararnos una taza de té.

Es un placer moverse por esta espaciosa estancia, abrir los armarios de roble para sacar tazas y colocarlas sobre encimeras de piedra, que dan a esta habitación un toque rústico y me hacen creer que han sido creadas e instaladas por alguien que siente pasión

y respeto tanto por el diseño de interiores como por la zona histórica en la que se encuentra esta casa.

—Entonces, ¿desde qué ciudad os habéis mudado? —me pregunta Audrey en la puerta, mientras Drew sube con su caja.

Me alegro de que al menos uno de nosotros siga trabajando en ordenar este lugar.

—Manchester.

—Oh, ya veo. Os llevaréis bien con los Richardson. Son una pareja de una edad similar a la vuestra y se mudaron aquí desde Manchester el año pasado.

—¿Oyes eso, Drew? —llamo arriba—. ¡No somos los únicos mancunianos en el pueblo!

—¡Gracias a Dios! —me contesta en broma.

Pero no se molesta en volver a bajar, así que supongo que me toca a mí llevar toda la conversación con Audrey. Por suerte, es bastante indoloro porque ella es un alma parlanchina que no tiene ningún problema en llenar los silencios antes de que puedan formarse de verdad.

—Se llaman Rory y Alice, y son una pareja encantadora —me dice Audrey, continuando con el tema de la otra pareja de Manchester que ahora llama hogar a este pueblo—. Rory tiene uno de esos lujosos trabajos de informático que le permiten trabajar desde casa. ¿No es increíble? En mis tiempos no había nada parecido. Imagina que te paguen por sentarte en pijama. En mi opinión, el mundo se ha vuelto loco. Pero le debe ir bien, porque Alice no tiene que trabajar.

—Qué bien —le digo, sin mencionar que yo también estoy casada con un hombre con un trabajo lo bastante bien pagado como para no tener que buscar empleo.

Estoy segura de que Audrey me preguntará a qué me dedico en algún momento, pero esperaré a que lo haga porque no quiero que parezca que estoy presumiendo. Sin embargo, sería difícil que no lo pareciera, porque pasar el tiempo dedicándome a mis aficiones de ama de casa y viendo episodios de *reality shows* un poco cutres es una forma de vida mucho más divertida que responder ante un jefe en una oficina mal ventilada. Me encanta tener libertad en mi día a día, aunque sea a costa de no estar rodeada de tanta gente como antes. Pero ¿quién quiere estar con la aburrida Brenda de Contabilidad o con Bill, el bicho raro de la fotocopiadora? Tuve una vida con un horario de nueve a cinco durante varios años y, al final, después de demasiadas noches de llegar a casa estresada por plazos banales y llorando tras un trayecto horrible, Drew me dijo que no tenía por qué seguir trabajando si eso me hacía infeliz.

No pude dimitir lo bastante rápido.

—Pero Alice se mantiene bastante ocupada —continúa Audrey—. Es voluntaria en la biblioteca local y ayuda en el café semanal de la iglesia del pueblo. Deberías venir, querida, a menos que estés trabajando. Es a las diez de la mañana, todos los miércoles, y somos doce las que asistimos regularmente. Es una buena oportunidad para reunirse y cotillear un poco, sobre todo para algunas de las más mayores que ahora vivimos solas.

Le digo a Audrey que me aseguraré de estar presente en el próximo café matutino antes de captar la indirecta de que está sola y preguntarle un poco más sobre su pasado. Resulta que estuvo casada más de cincuenta años antes de que su pareja, Reg, falleciera,

aunque parece lo bastante animada como para no dejarse abatir demasiado por ello en el día a día.

—Tuvimos una relación maravillosa —me asegura Audrey—. Fue una verdadera bendición estar juntos durante tantos años. Es encantador ver a una pareja más joven que se muda al pueblo y que parece ser tan feliz como lo fuimos mi Reg y yo.

Sonrío ante su insinuación de que Drew y yo somos felices, complacida de que lo haya asumido con solo dos minutos en nuestra compañía, antes de que al final encuentre la tetera y me ponga a prepararnos esa taza de té.

Me paso la siguiente hora escuchando a Audrey darme un curso intensivo sobre la vida en el pueblo, escuchando consejos prácticos sobre todo tipo de cosas, desde a qué tienda ir si quiero un buen trozo de queso hasta en qué fecha cae el día de mercado y cómo aprovecharlo al máximo. Es todo muy útil, aunque escucharlo no me ayuda a avanzar más en el desembalaje, así que es un alivio cuando Audrey termina su bebida y me dice que se marcha para que podamos volver al trabajo.

Le doy las gracias por venir cuando sale de casa y me recuerda lo del café semanal una vez más antes de marcharse hasta que, por fin, puedo cerrar la puerta. Entonces vuelvo a la cocina y miro por la ventana las colinas ondulantes que hay detrás de nuestro espacioso —aunque un poco descuidado— jardín trasero, antes de empezar a vaciar otra caja de platos. Mientras lo hago, pienso en lo agradable que ha sido recibir la visita de un vecino. Es muy diferente de la experiencia que tuvimos Drew y yo cuando compramos la casa en Manchester, porque entonces nadie de la calle vino a darnos la bienvenida.

Es una de las muchas diferencias entre estar en una ciudad y estar en un pueblo como este, pienso mientras coloco los platos en su nuevo hogar en el armario encima del fregadero. Pero apenas han pasado cinco minutos cuando cambio de opinión y pongo los platos en otro armario, antes de pensarlo un poco más y decidir que, después de todo, estaban mejor en el primer lugar.

Esto me va a llevar más tiempo del que pensaba.

Si Drew estuviera ahora en la cocina, se lamentaría de mis tendencias obsesivo-compulsivas y se limitaría a decirme que tomara una decisión y me atuviera a ella, pero yo no soy como él. Tengo que pensarlo todo detenidamente, e incluso entonces soy propensa a cambiar de opinión e idear un nuevo plan. No como él. Parece ir a toda velocidad por la vida y ver cómo todo encaja. Pero yo tengo que esforzarme más. Nada me resulta tan natural como a Drew. Me pregunto si por eso terminamos juntos. Los opuestos se atraen, como dicen. Bueno, desde luego somos diferentes, él y yo, y tengo una prueba más de ello cuando subo a ver cómo le va con el desembalaje, solo para descubrir que está sentado en una de las cajas mirando algo en su teléfono.

—¿Qué estás haciendo? No tenemos tiempo para esto —le digo mientras intento echar un vistazo a su pantalla, pero aparta el dispositivo antes de que pueda verlo bien.

—Lo siento, solo estaba mirando las noticias de fútbol —me dice Drew tímidamente, antes de volver a meterse el dispositivo en el bolsillo y bostezar.

—Pensé que habrías adelantado más. Llevas una hora aquí arriba tú solo. No me digas que has estado con el teléfono todo este tiempo.

—No, claro que no. He estado desembalando... un poco. Me aburría. Y, además, has estado charlando con la vecina todo este tiempo, así que no puedes llamarme vago.

—No te he llamado vago. Solo lo he pensado.

Drew me hace cosquillas por burlarme de él, y mis gritos llenan el silencio de esta espaciosa casa antes de que finalmente se detenga y me permita recuperar el aliento. He perdido la cuenta de cuántas veces me hizo lo mismo cuando nos enamoramos, sus delicadas manos sobre mi cuerpo, localizando mis partes más sensibles y provocándome una risa incontrolable. Se podría decir que me tenía en sus manos y él lo sabía. Esa era una de las razones por las que siempre sonreía cuando estaba cerca de mí. Sabía que yo estaba enamorada de él. Y su sonrisa no hacía más que intensificar el hechizo bajo el que me encontraba.

—Basta ya. No tenemos tiempo para juegos. Hay mucho que hacer. Tenemos que empezar a montar la cama.

—Oh, de verdad. ¿Qué tienes en mente?

—Dormir.

Me río de la cara de decepción de mi marido antes de decirle que vaya a buscar su caja de herramientas para que podamos ponernos manos a la obra.

—Sí, podríamos montar la cama. O estaba pensando, ¿qué tal si dejamos todo esto por el momento y salimos a explorar nuestro nuevo entorno? El *pub* ya debería estar abierto. Podríamos ir a tomar algo. Sería una buena oportunidad para conocer a algunos lugareños más.

Quiero decirle que no tenemos tiempo para eso, pero me siento abrumada por el tamaño de las tareas que me esperan en esta casa, así que una copa podría no ser tan mala idea después de todo.

—Vale, vamos. Pero solo una copa —le digo, y parece tan feliz como un niño en la mañana de Navidad mientras se dirige a las escaleras.

¿Qué les pasa a los hombres con los bares?

No necesitan mucho para ser felices, ¿verdad?

Al menos mi marido es predecible.

4

DREW

Me dirijo rápidamente al corazón del pueblo con Fern a mi lado, contento de que haya accedido a ir al *pub* y optimista sobre a quién podríamos ver por el camino. Soy consciente de que Alice podría estar a la vuelta de cualquier esquina, al fin y al cabo, este es el pueblo al que me dijo que se mudaba, y no dejo de buscarla mientras caminamos por las tranquilas calles. Pero, cuando el *pub* está a la vista, todavía no la he visto. Aunque no me voy a preocupar. El día aún no ha terminado.

—Ve un poco más despacio. ¿Por qué tanta prisa? —dice Fern, y solo entonces me doy cuenta de que se ha quedado unos pasos por detrás de mí—. No puedes estar tan desesperado por una cerveza.

—Lo siento —digo, aflojando un poco el paso, pero solo un poco porque me cuesta contener la mezcla de frustración y excitación que se está acumulando en mi cuerpo en este momento.

La emoción surge de preguntarme si será la primera vez que vea a Alice en medio año, mientras que la frustración proviene de que mi inconsciente esposa no tiene ni idea de lo que de verdad me hace feliz en este mundo. Cree que lo único que me preocupa es tomarme una copa, y aunque eso me resulta bastante conveniente para mantener ocultos mis secretos, me irrita un poco que piense que soy tan simple.

Para ella, no soy más que un tipo que prefiere el bar a las tareas domésticas, lo que me convierte en alguien bastante corriente. En realidad, soy una persona que busca aventuras y pasión en su vida, y eso significa que soy mucho más interesante de lo que ella cree. Supongo que tiene un punto ciego cuando se trata de mí, y eso probablemente explica por qué me aburrí de ella y encontré consuelo en los brazos de otra mujer. No estoy seguro de que Fern me haya entendido nunca.

Alice me entiende.

Y muy pronto sabrá que he vuelto.

Se me pasó por la cabeza la idea de enviarle un mensaje a Alice para decirle que estaba en el pueblo y que quería verla. Pensé que así tendría la oportunidad de asimilarlo y no se escandalizaría, pero al final no me atreví a hacerlo. Estuve casi una hora con el teléfono en la mano mientras Fern estaba abajo con Audrey, pensando si debía llamar o no a Alice, y me pasé tanto tiempo dándole vueltas que Fern casi me pilla con los datos de contacto de mi otra mujer en la pantalla. Pero, como siempre, oculté la verdad y fingí que solo estaba mirando las noticias de fútbol antes de guardarme con rapidez el teléfono en el bolsillo, donde ha permanecido desde entonces.

No voy a enviarle un mensaje a Alice porque prefiero encontrarme con ella en algún

lugar del pueblo. Y, cuando lo haga, podré ver cuál es su reacción real ante mi presencia sin que ella tenga la oportunidad de disimularlo. Sé que se sorprenderá, como mínimo, y estoy seguro de que intentará hablar conmigo en voz baja y decirme que no debería haber venido aquí. Pero nada de eso importará si veo lo que espero ver, que es la chispa que tenía en sus ojos la primera vez que me vio en aquel *pub*. Si la veo, a pesar de los recelos que pueda tener, sabré que aún tengo posibilidades de reavivar nuestra relación.

—The King's Head —digo al ver el cartel del *pub*—. ¿Por qué hay tantos bares con nombres de partes del cuerpo de la realeza?

—Es solo un nombre —responde Fern, sin aliento por nuestra enérgica caminata para llegar hasta aquí.

E incluso eso me molesta. No puedo evitar pensar que Alice está mucho más en forma que ella. Quizá esa sea otra de las razones por las que ella ocupó su lugar en mi corazón.

—Supongo —respondo, mientras giro la cabeza y miro el escaparate, preguntándome si Alice estará al otro lado del cristal.

Pero no hay nadie más que un hombre mayor detrás de un mostrador, que se limita a saludarme con la cabeza cuando paso a su lado, reconociéndome a su modesta y masculina manera. Le devuelvo el saludo con la cabeza, decepcionado, pero concentrado en el siguiente lugar de interés, que es una oficina de correos.

Entonces me asalta la idea repentina y quizá paranoica de que he hecho coincidir mi llegada a este pueblo con las vacaciones de Alice. ¿Y si está en el extranjero, tomando el sol en alguna playa? Tendría que esperar a que volviera. ¿Y cuándo podría ser eso? Ya he esperado bastante para verla. No puedo esperar una hora más, y mucho menos un día más.

Hacemos todo el camino hasta el pub y estoy sudando un poco, aunque no tiene nada que ver con el esfuerzo físico. Lo disimulo bien al abrir la puerta y dejar que Fern entre primero. A los dos nos llega de inmediato un aroma que resulta familiar a cualquiera que haya entrado en un pub con al menos cincuenta años de existencia: el olor combinado de la cerveza, los muebles viejos y el humo de los cigarrillos que se ha filtrado en las paredes y que ha sobrevivido a la prohibición oficial de fumar en espacios cerrados que entró en vigor en Gran Bretaña en 2007. Pero, aunque a Fern le moleste un poco, a mí me gusta. Para mí, es mucho mejor que uno de esos bares modernos y de moda que surgieron por todo Manchester los últimos años que vivimos allí, y que solían estar llenos de jóvenes yuppies tomando cócteles.

Esto es de la vieja escuela.

Así es como solía ser.

Pero, por perfecto que sea, aún le falta algo.

Falta Alice. Ella tampoco está aquí. Por otra parte, no hay mucha gente. Solo unos cuantos ancianos en una mesa de la esquina y un tipo en la barra del que aún no puedo decir la edad porque está de espaldas a nosotros. Pero se da la vuelta cuando oye el chirrido de la puerta del pub cerrándose a nuestras espaldas y, cuando lo hace, veo su cara, una visión que hace que se me acelere ligeramente el ritmo cardíaco y me suden un poco las manos.

Es Rory, el marido de Alice.

Por suerte, no tiene ni idea de quién soy y, por supuesto, no puedo hacerle saber que sé quién es. Conozco su cara porque no pude resistirme a buscar una foto suya en las redes sociales cuando empezó mi aventura con Alice. Puede que fuera una curiosidad un poco morbosa la que me llevó a buscarlo, una forma de descubrir cómo era el hombre que estaba casado con mi nueva amante. O puede que simplemente sintiera envidia y temiera que fuera más guapo que yo. Me alegré bastante cuando vi que no era así y sentí que le ganaba en el aspecto físico, al menos en mi humilde opinión. Sin embargo, ese "acoso" *online* no fue por pura vanidad. Me ayudó a sentirme cómodo con Rory, al menos en la red, así que ahora, cuando lo vea en persona —como sabía que sucedería—, podré quedarme tranquilo y no sorprenderme por nada.

Nos dedica a los dos una respetable inclinación de cabeza y vuelve a su cerveza, y supongo que piensa que solo somos un par de turistas que se detienen a tomar un refresco antes de continuar nuestro viaje hasta Escocia. Pero somos mucho más que eso, y cuando llegamos a la barra y le pregunto a Fern qué quiere tomar, lo veo de reojo mirando de nuevo en nuestra dirección.

Espera a que hayamos pedido las bebidas al camarero antes de hablar y, cuando lo hace, sé que será el comienzo de una conversación bastante peliaguda para mí.

—¿Detecto acento de Manchester?

Confirmo que sí, y Rory levanta su copa por los dos.

—Encantado de conoceros. Yo también soy de allí, aunque ahora llamo hogar a este pueblo. ¿Estáis empezando las vacaciones o volvéis a casa?

—En realidad, acabamos de mudarnos aquí —le aclara Fern, y Rory parece sorprendido pero encantado de oírlo.

—¿En serio? ¡Qué bien! Aquí, tomad asiento, ¡soy Rory!

Hace un gesto hacia los taburetes que tiene a su lado antes de tenderme la mano y, aunque me resulta muy incómodo tener que estrechársela, hago una mueca y lo supero de todos modos.

Terminamos de presentarnos, pero ya estoy mirando la mesa vacía del otro lado del bar porque me resultará mucho menos incómodo disfrutar de mi copa allí que aquí. Fern ya se ha sentado en la barra y ahora le pregunta a Rory más cosas sobre su vida anterior en Manchester. La zona en la que vivía. Dónde trabajaba. ¿Conoce el mismo restaurante en el que solíamos comer? Sí, lo conoce, y la conversación continúa mientras Rory nos cuenta con entusiasmo la historia de su vida y descubrimos que todos tenemos muchas cosas en común, la mayor de las cuales es este nuevo lugar al que llamamos hogar.

—En realidad nací aquí —nos dice Rory.

Yo ya lo sabía, porque Alice me dijo que por eso le sugirió que se mudaran aquí cuando su matrimonio empezó a tener dificultades en Manchester. Por supuesto, por lo que Rory sabe, esas dificultades no iban más allá de que ambos no se dedicaban suficiente tiempo el uno al otro en la ajetreada ciudad, y si hubiera sabido que su mujer se había estado acostando con otro hombre, quizá habría reaccionado de otra manera. Pero, al igual que Fern, cree que la vida es buena y que las cosas salen bien.

—¿Tienes pareja? —pregunta Fern.

Y enseguida me tenso porque no estoy seguro de cómo me voy a sentir oyendo a otro

hombre hablar de estar con la mujer que desearía que fuera mía.

—El hombre ha salido a tomar una cerveza tranquilamente. No seas tan cotilla —le digo a Fern con una risita.

Pero Rory no tiene reparos en revelarnos más cosas a los dos.

—Sí, estoy casado. Mi mujer se llama Alice. Llevamos juntos más de diez años. Tienes que conocerla. Estoy seguro de que os llevaréis bien.

—Sería estupendo —chilla Fern, apenas capaz de ocultar su alegría, y estoy seguro de que es porque está encantada de tener aquí a una amiga de su edad.

—¿Está Alice en casa ahora? —pregunto, intentando que parezca una pregunta casual y no una cuya respuesta me urge conocer.

—Sí.

—¿Y dónde vivís?

—¿Ahora quién es el entrometido? —se burla Fern de mí.

—Vivimos en la calle William. La casita del final. ¿Y vosotros? ¿A dónde os habéis mudado? ¿No me digáis que es esa casa grande y lujosa con vistas a la playa? Sé que ese lugar lleva un tiempo en venta.

—Esa es —confirmo alegremente, contento de haber conseguido tanto la dirección de Alice como de poder admitir haber derrochado en la que creo que es la mejor propiedad del pueblo.

—Vaya, debe haberte costado una pequeña fortuna.

—No fue barata —admito—. Pero valió la pena cada centavo.

Valió la pena cada centavo para estar cerca de Alice de nuevo.

—Bueno, estoy muy celoso.

Oh, no tienes ni idea.

—Bueno, me encantaría sentarme aquí y beber con vosotros toda la noche, pero será mejor que vuelva. Alice está preparando un guiso y se enfada conmigo si llego tarde.

Rory se termina su cerveza y se levanta de su asiento, pero, antes de marcharse, se asegura de indicar su interés en que esta charla se convierta en algo más habitual.

—Ha sido un placer conoceros. Seguro que tenéis muchas cosas que hacer en vuestra nueva casa, pero, cuando os hayáis instalado, quizá podríamos quedar los cuatro para comer y tomar algo. Creo que sería divertido.

—Sería maravilloso —exclama Fern—. Nos encantaría.

—Sí —murmuro con los dientes apretados—. Suena bien.

También sabía que vería a Rory y que me vería obligado a interactuar con él hasta cierto punto cuando viniera aquí, pero esa anticipación no significa que sea más fácil, ni puedo decir que disfrute ni un solo segundo cuando ocurre. Era mucho más sencillo mantener una conversación con él en mi mente que en persona, eso seguro. Pero no era más que uno de los muchos riesgos que sabía que tendría que correr cuando tomé la decisión de venir aquí, lo mismo que saber que, inevitablemente, Fern y Alice se conocerán en algún momento. Mientras sus conversaciones sean tan breves y civilizadas como la que acabo de tener con Rory, todo irá bien.

Rory se despide de nosotros y sale del *pub*, dejándonos a Fern y a mí en la barra, bebiendo lo que nos queda.

—Apenas lo has tocado —observa, señalando con la cabeza mi vaso lleno—. ¿Va todo bien?

—Todo va bien —respondo antes de obligarme a dar un sorbo, y lo digo en serio. Ahora que Rory se ha ido, ya no tengo que fingir amistad con un chico al que envidio.

No sabe lo afortunado que es de estar casado con una mujer como Alice. Se nota porque, si lo fuera, ¿por qué demonios estaría sentado aquí, en el *pub*, cuando podría haber estado en casa con ella?

No voy a sentirme mal por lo que le voy a quitar, no si él no lo aprecia. Solo voy a seguir con mi plan.

Voy a recuperar a Alice.

5

FERN

Hoy es el primer día de trabajo de Drew, así que estoy en la nueva casa sin más compañía que la de las cajas que quedan por desembalar. Consigo pasar la mañana sin demasiados problemas porque hay mucho que ordenar en el piso de arriba, incluido el intento de reconstruir la cama de invitados que tenemos y que desmontaron en Manchester. Ya hemos montado la cama principal, una tarea que hicimos después de volver del *pub* y que se volvió más difícil porque juguetear con tuercas y tornillos no es fácil después de un par de copas. Para cuando la cama estuvo hecha, los dos nos desplomamos sobre ella, agotados por los esfuerzos del día, aunque solo unos de los dos cogió el sueño con facilidad.

Los ronquidos de Drew me decían que estaba descansando, pero yo estuve despierta durante horas hasta que acabé por quedarme dormida y, cuando lo hice, no oí a Drew salir de casa esta mañana, aunque eso no es nada raro.

Siempre ha sido silencioso al irse a trabajar, y yo no soy una persona madrugadora.

Sé por qué me costó dormirme. Fue este lugar. He intentado ignorarlo desde que me desperté, pero el silencio y la soledad de la casa vacía empiezan a ser demasiado para mí por la tarde. A pesar de poner música en el móvil para romperlo un poco, no puedo evitar sentir que sigue ahí, persistiendo en el fondo, royéndome como un problema que no se puede ignorar.

Estoy acostumbrada a oír el ruido de camiones, sirenas y bocinas de coches. Estoy acostumbrada al ruido de los aviones y de los trenes a lo lejos, chirriando sobre las vías camino de una estación abarrotada de gente. Normalmente oigo las voces de algunas de esas personas: unas hablando por teléfono, otras riendo a carcajadas entre ellas o gritando para llamar la atención de otra persona. Niños que vuelven a casa después de la escuela, adultos que van y vienen del trabajo, repartidores que dan marcha atrás en la calle porque se han perdido y no encuentran la dirección correcta.

Ruido. Conmoción. Acción.

No hay música que pueda distraerme del hecho de que, si ahora apagara la canción, no oiría nada. Ni un solo sonido. Ni siquiera una maldita gaviota. E incluso eso me molesta, porque deberían estar por aquí en alguna parte, teniendo en cuenta la proximidad del agua.

Sabes que te estás volviendo loca cuando empiezas a enfadarte con los pájaros.

La primera vez que me di cuenta de que el silencio era un problema fue anoche, cuando estábamos tumbados en la cama después de volver del *pub*. Drew no tuvo problemas para dormirse a mi lado, sin duda, ayudado por la cerveza que había bebido y

el letargo producido por la *pizza* que pedimos poco después de volver del *pub* del pueblo. Pero a mí me costaba mucho descansar, y cuanto más tiempo pasaba allí tumbada sin escuchar absolutamente nada, peor empezaba a sentirme.

Arrepentirse es una palabra fuerte, y a mucha gente le gusta rehuirla, pero yo no tengo problemas para enfrentarme al tema. Por eso pasé varias horas de la noche reflexionando sobre si había hecho bien o no al mudarme aquí con Drew. Para el amanecer, ya me había quedado dormida y me perdí ver a Drew vestirse para ir a trabajar, poniéndose uno de esos elegantes trajes suyos mientras se preparaba para ir a hacer lo que mejor sabe hacer. Si hubiera estado despierta, me habría asegurado de fingir que todo iba bien. Le habría dado un beso de despedida y le habría dicho que lo vería más tarde, y él se habría marchado sin ninguna pista de que en realidad había estado despierta la mayor parte de la noche preguntándome en qué me había metido. Aún no estoy segura de si me arrepiento de haber venido aquí o no, pero estoy segura de que la respuesta se me revelará en los próximos días y semanas. Hasta entonces, no me queda más remedio que elegir entre quedarme aquí, en esta casa, realizando una tarea tediosa tras otra, o salir y disfrutar del aire fresco.

Al final, no hay duda.

Me abrocho los cordones de las botas de montaña y me subo la cremallera del chubasquero. Estoy decidida a disfrutar de este nuevo lugar, ¿y qué mejor manera de hacerlo que dando un paseo por la playa? El cielo está gris y el viento es lo bastante fuerte como para enfriar el ambiente, pero eso no me va a desanimar y, una vez fuera, salgo en dirección al agua.

Cruzando con facilidad la tranquila carretera que pasa por delante de la casa, pronto cambio el cemento por la arena, y eso no es algo que pueda decir que hiciera en Manchester. Mientras vivía allí, solo pisaba la playa durante las dos o tres semanas al año que nos íbamos a algún lugar cálido, como Grecia o Italia, o de vez en cuando a algún sitio más lejano, como Barbados. A lo largo de los años, Drew y yo hemos tenido unas vacaciones estupendas, pero el año pasado no viajamos al extranjero. Y los planes de vacaciones quedaron en suspenso indefinidamente cuando él empezó a hablar de repente de hacer una drástica mudanza de casa. Ahora estoy en la playa y, aunque caminar con botas no es lo mismo que tener la arena bajo los pies, es mejor que nada.

Hago una mueca cuando el helado viento de enero me azota mientras camino hacia la orilla del agua, sin dejar de notar que soy la única persona en un largo trecho en ambas direcciones. Ni siquiera hay un solo paseador de perros a la vista, lo que no hace sino aumentar mi sensación de soledad cuanto más avanzo.

Continúo mi viaje, decidida a seguir hasta descubrir por qué tanta gente codicia este tipo de vida alejada de todos los demás seres humanos, pero, cuando llego al punto en el que el agua se une a la arena, sigo sin tener ni idea de por qué a la gente le gusta esto. Nunca me he sentido tan aislada en toda mi vida, y el enorme abismo de esta parte de la costa parece burlarse de mí mientras estoy de pie al borde y lo contemplo.

Pienso en todo lo que ha tenido que suceder para que yo esté aquí y, por supuesto, lo principal fue que conociera a Drew. Nuestros caminos se cruzaron en una fiesta de

Navidad en una gran carpa en Manchester, uno de esos eventos de trabajo en los que varias empresas pagan para celebrar sus fiestas anuales en el mismo lugar. Eso significaba que había todo tipo de empleados juntos, desde vendedores, administrativos, contables hasta personal de hostelería y, como pronto descubriría, médicos. Fue muy emocionante para mis colegas y para mí descubrir que los integrantes de la mesa llena de hombres atractivos eran médicos y, una vez terminada la aburrida comida, todo el mundo se lanzó a la pista de baile, lo que me brindó una mejor oportunidad para relacionarme. Había echado el ojo a varios hombres guapos y estaba deseando divertirme esa noche, siendo soltera y veinteañera, cuando un hombre que bailaba a mi lado me ofreció una copa de champán. Acepté, no solo porque tenía sed, sino porque la persona que me la ofrecía estaba muy atractiva vestida de esmoquin. Mientras charlábamos, me enteré de que se llamaba Drew, era médico y lo más importante de todo: estaba soltero.

Lo más que esperaba en ese momento era un beso, o quizá algo más, pero desde luego no esperaba que acabáramos teniendo una relación seria. No creía que un hombre con una carrera tan prestigiosa como la suya se interesara nunca por una mujer como yo, con un trabajo anodino y básico, más allá de un morreo rápido y un revolcón en la parte de atrás de un taxi. Pero ahí fue donde Drew me sorprendió, porque se mostró supercomprometido conmigo, interesado en todo lo que tenía que decirle y, al conocerme mejor, lo demostró aún más cuando me pidió mi número de teléfono para asegurarse de que volvería a verme. Y así fue como me convertí en la mujer de un médico, una vez que me lo propuso y me llevó al altar, por supuesto, pero eso fue una mera formalidad después de que pasásemos varios meses estrechando lazos y me diera cuenta de que no solo había atrapado a un hombre guapo, sino también honesto, trabajador y humilde.

Y pensar que mi vida sería muy diferente si no hubiera ido a aquella fiesta de Navidad o aceptado aquella copa de champán... Pero lo hice y aquí estoy. Aunque aquella noche fue el comienzo de mi vida con Drew, no es la razón principal por la que estoy aquí. Mientras miro el agua, pienso en los demás factores que han contribuido a que acabe en un lugar como Arberness, y hay uno que prevalece por encima de todo lo demás.

La verdadera razón por la que vine aquí es un secreto que nadie conoce, sobre todo mi marido.

Drew tiene sus secretos y yo tengo los míos, y mi secreto es este:

Lo sé todo sobre su aventura con Alice.

Me enteré en Manchester, y así supe por qué quería mudarse a este pueblo. Se ha mudado para estar más cerca de ella, seguro que para poder retomar la relación. Como el tonto que es, cree que todavía no me he enterado de nada, pero lo sé desde hace mucho tiempo.

Entonces, ¿por qué no le he dicho lo que sé?

Y lo que es más importante: ¿por qué sigo con él?

Puede que sea estúpida, pero intento darle una oportunidad a mi marido. Por supuesto, se me rompió el corazón cuando descubrí que estaba con otra mujer, pero,

después de enterarme de que ella se había mudado, tenía la esperanza de que se diera cuenta de lo que había hecho y decidiera volver a serme fiel. Entonces me propuso que nos mudáramos, y de todos los sitios que podía haber elegido, eligió venir aquí, donde estaba ella, demostrándome que no había cambiado ni había visto el error de su conducta en absoluto.

Sin embargo, sigo dándole una oportunidad. Solo porque él está en el mismo lugar que Alice de nuevo no significa que vayan a volver a las andadas. Todavía tienen una opción. No tienen por qué engañarme a mí o a Rory, el pobre marido de Alice, a quien fingí no conocer cuando lo vi el otro día. Ese par de mentirosos aún tienen una oportunidad de salvarse. Está por verse si hacen lo correcto o no.

Pero, por su bien, espero que lo hagan.

Doy un paso adelante para que meter los bordes de mis botas en el agua y, una vez que lo están, me paro y dejo que la corriente arrastre los granos de arena que tienen pegados a los lados. Enseguida mis botas están limpias, pero mi mente no puede limpiarse con tanta facilidad. Solo puedo imaginármelos juntos, riéndose a mis espaldas, pensando que se están saliendo con la suya.

Quizá debería haberme quedado en Manchester. Quizá nunca debí venir aquí. Podría haberle pedido el divorcio y haberlos dejado solos.

Pero elegí esta opción. Elegí venir aquí. Elegí seguir jugando.

Y, por eso, no se sabe qué puede ocurrir a continuación.

6

DREW

Hasta ahora, todo bien. Ser médico en un lugar como este es mucho más fácil que serlo en la ciudad. Para empezar, no hay una sala de espera abarrotada al otro lado de la puerta cerrada de mi consulta que me baja el ánimo cada vez que se abre la puerta y echo un vistazo rápido al exterior. Lo único que he visto a lo largo del día han sido varias sillas de plástico, casi todas desocupadas, lo que demuestra que no solo no hay mucha gente en este pueblo, sino que tampoco hay muchos enfermos. Una consecuencia de ello es que tengo menos papeleo que hacer, porque no puede haber recetas que firmar ni volantes que mecanografiar si apenas entra nadie por la puerta, ¿verdad?

Mis manos nunca lo habían tenido tan fácil y han pasado la mayor parte del tiempo apoyadas en mi regazo en lugar de escribir en un teclado o coger un bolígrafo. Ahora que lo pienso, mi estetoscopio también lo ha tenido fácil, porque ha estado todo el día encima de mi mesa y no lo he cogido ni una sola vez, lo cual es ciertamente una rareza.

El mayor problema de mi último lugar de trabajo era que había demasiados pacientes y muy pocos médicos. Pero, aunque estaría bien tener uno o dos colegas aquí con los que poder charlar sobre la profesión médica tomando un café, el hecho de que yo sea el único médico del pueblo demuestra lo poco exigente que es este lugar. Antes casi me reí al imaginarme a mis antiguos colegas en la ciudad desbordados por todas las revisiones que tendrían que hacer mientras yo estaba aquí sentado con los pies sobre el escritorio, una manzana entre los dientes y las páginas de un periódico abiertas delante de mí.

Me sorprende que el médico al que sustituí se molestara en jubilarse. Podría haber seguido cobrando un sueldo fijo porque este trabajo no es muy exigente y, aunque probablemente esté ahora mismo en algún campo de golf, apuesto a que yo estoy tan relajado como él.

Hoy he trabajado un poco para alejar el peligro de que mis facultades médicas empiecen a echarse a perder. Mi primera paciente fue una joven madre que quería que le echara un vistazo a su hijo de cinco años porque le preocupaba que su lengua tuviera un color extraño y había leído mucho en Internet sobre la meningitis y se preguntaba si esa enfermedad en particular se estaba manifestando en la boca de su hijo. Me alegré de informarle de que no tenía nada de qué preocuparse y de que la lengua de su hijo tenía un aspecto perfectamente normal, antes de preguntarme en voz alta si tal vez sería mejor que fuese al dentista. Era evidente que su hijo había comido muchos dulces en su corta vida.

Después llegaron unos cuantos pacientes más, entre ellos una mujer mayor que parecía haber venido a verme solo para tener alguien con quien hablar y un hombre con

sobrepeso que se quejaba de que le dolía la espalda, para luego admitir que podía tener algo que ver con haberse pasado todo el fin de semana cavando el parterre de su jardín. Le di a la mujer lo que necesitaba, una charla de diez minutos y un par de sonrisas para recordarle que no estaba tan sola después de todo, mientras que me deshice del hombre diciéndole que se lo tomara con calma durante unos días y dejara la jardinería a alguien un poco más acostumbrado al ejercicio físico.

Soy consciente de que con más días como este corro el riesgo de aburrirme en algún momento, pero no me mudé aquí para estimularme mentalmente, o al menos no a nivel laboral.

Busco estimularme de formas mucho más excitantes.

Llegó la hora de comer y, por primera vez en mucho tiempo, pude disfrutar de un descanso completo, e incluso salí de mi consulta y di un paseo al aire libre. Nada que ver con la ciudad, donde me comía un bocadillo y una bolsa de patatas fritas entre consulta y consulta, y me quitaba las migas de la camisa con torpeza mientras preguntaba a mis pacientes por sus hábitos de defecación.

Después de mi descanso, pasé varios minutos charlando con la recepcionista, Julie, una mujer que parecía muy aburrida de estar en una consulta tan tranquila, solo para que yo la hiciera sentirse más agradecida por su suerte en la vida después de que le llenara la cabeza con historias de terror de mi época en Manchester. Solo tuvo que oír mis historias de cómo era trabajar en una consulta médica allí para darse cuenta de que ella no habría durado ni cinco minutos en ese ambiente. La tarde transcurre a un ritmo razonable y ahora el reloj me dice que se acerca el final de la jornada. Con una sala de espera vacía y sin pacientes que atender, supongo que he superado mi primer día aquí sin problemas.

Y entonces recibo una llamada.

—Hola, Drew. Tenemos una visita de última hora y me preguntaba si podrías verla. No tiene cita, así que avísame si es mucha molestia y le pido que vuelva mañana.

El tono nervioso de Julie me hace sonreír porque, aunque puede que le preocupe que vaya a estar demasiado ocupado si hoy atiendo a un paciente más, la verdad es que nunca he disfrutado de un día tan fácil en toda mi carrera. Por eso le digo que no sea tonta y que envíe enseguida al paciente inesperado, que le echaré un vistazo encantado antes de apagar el ordenador y colgar mi polvoriento estetoscopio hasta mañana. Antes de que pueda cerrar el periódico y fingir que he estado ocupado, la puerta de mi consulta se abre de golpe sin que hayan llamado primero, y cuando levanto la vista para ver quién ha entrado, es como si de repente todo el aire de la habitación fuera succionado.

Es ella.

La mujer por la que me mudé aquí.

Alice.

—Dios mío, es verdad —dice Alice, al verme sentado en mi escritorio.

Me levanto rápidamente de mi asiento y corro hacia ella, en primer lugar para cerrar la puerta y que Julie no pueda oírnos hablar, pero en segundo lugar porque quiero estar lo más cerca posible de ella ahora que la he encontrado de nuevo. Pero ha sido ella

quien me ha encontrado a mí, y no parece contenta, aunque no es que el ceño fruncido en su cara pueda desmerecer demasiado su aspecto, al menos a mis ojos.

Pómulos altos, una bonita nariz respingona y unos ojos tan verdes que me hacen pensar en el campo, todo ello enmarcado por una cabellera de deliciosos mechones rubios, cuyo color y volumen fue lo que me llamó la atención de ella en primer lugar. Una vez le dije a Alice que podría ser modelo mientras estábamos juntos en la cama y se rio de mí, pero no bromeaba. Realmente es así de guapa, y el hecho de que eligiera estar conmigo me hizo sentir como si yo fuera una especie de antiguo explorador que hubiera desenterrado un tesoro oculto cuya verdadera belleza aún no había descubierto el resto del mundo.

—¿Qué demonios haces aquí? —me pregunta justo antes de que consiga cerrar la puerta.

Rezo para que Julie no haya oído esa pregunta.

—Alice, hola. ¿Cómo estás?

—¿Qué haces aquí?

No es la bienvenida que esperaba, pero debería intentar verlo desde su punto de vista. Debe ser un poco abrumador.

—Entiendo que sea una sorpresa, pero siéntate y te lo explicaré todo —le digo para tranquilizarla, e intento tocarle el brazo, pero ella se aparta de mí. No se ha echado atrás del todo, lo que habría sido horrible, pero se ha estremecido ligeramente, lo que no deja de ser malo. Porque es la mujer que solía derretirse en mis brazos cuando nos tumbábamos juntos en la cama, y pensar que puede que nunca vuelva a sentir lo mismo por mí hace que me duela el corazón. Pero aún es muy pronto. Aún está tratando de procesar todo esto, así que le daré todo el espacio que necesite.

—¿Por qué estás aquí?

La pregunta de Alice está formulada en un tono más bajo que la anterior, lo cual agradezco y tomo como prueba de que se está calmando un poco, o al menos de que tiene presente que darle a la recepcionista algo para cotillear no es una buena idea en un lugar tan pequeño como este.

—Sabes por qué estoy aquí —digo con calma y con un atisbo de sonrisa—. Estoy aquí por nosotros.

—¡No hay un nosotros! Ya no.

—Puede haberlo. Podemos empezar de nuevo. Retomarlo donde lo dejamos. Solo di que sí.

Puede que parezca necesitado, pero es el momento de poner todas las cartas sobre la mesa. No hay que darle vueltas al asunto. Tengo que decir lo que quiero y por qué lo quiero.

Pero Alice no se lo toma bien.

—No puedo creer que hayas hecho esto. ¡No puedo creer que me hayas seguido!

Alice empieza a pasearse por la habitación mientras yo permanezco de pie junto a la puerta, y una parte de mí mantiene esa posición porque temo que salga corriendo de aquí antes de que hayamos tenido la oportunidad de hablar.

No me resultaría difícil detenerla si intentara marcharse antes de que yo estuviera

preparado para ello, teniendo en cuenta que apenas mide un metro setenta y está muy delgada. Podría levantarla y cargarla si quisiera, aunque nunca lo he intentado.

—Rory volvió anoche del *pub* y me dijo que había conocido a una pareja de Manchester que se acababa de mudar a la zona —dice Alice, todavía moviéndose con urgencia—. Cuando me dijo los nombres, casi no me lo podía creer. Luego, cuando me dijo que eras médico, supe que eras tú. Pero tenía que venir hasta aquí para verlo con mis propios ojos. Así que es verdad. Te has mudado aquí. ¡Estás loco!

—No, no estoy loco. Estoy enamorado. Enamorado de ti, Alice, y sé que sientes lo mismo por mí porque ya me has dicho esas mismas palabras antes, ¿lo recuerdas?

—¡Eso fue hace mucho tiempo! Ahora las cosas han cambiado.

—¿En qué han cambiado?

—Te dije que quería hacer lo correcto por Rory. Deja de mentirle. Intentarlo de nuevo. Cuando sugirió que nos mudáramos aquí, supe que era lo que necesitábamos. Y ha funcionado. Las cosas están bien entre nosotros ahora.

—¿Bien? ¿Eso es todo lo que quieres de una relación? ¿Solo que vaya bien?

—¡No somos niños, Drew, somos adultos! No podemos jugar y actuar según nuestros caprichos. Tenemos que madurar, y eso es lo que hice al mudarme aquí. ¡Ahora me has seguido y lo has arruinado todo!

Este reencuentro no está yendo en absoluto como había imaginado. En mis fantasías, Alice me hacía una gran declaración de amor y me besaba con pasión. Pero supongo que esto no es como en las películas. Esto se está convirtiendo rápidamente en una pesadilla y, si no tengo cuidado, lo único que me va a quedar es un corazón roto, un trabajo muy aburrido en un pueblo y la certeza de que la mujer a la que de verdad amo no soporta verme.

—Alice, por favor, siéntate un momento y deja que te explique por qué he hecho esto —lo intento de nuevo. Y, por suerte, esta vez hace lo que le pido.

Alice toma asiento en la silla de plástico que hay junto a mi escritorio, y que suele estar reservada para los pacientes, mientras yo me siento en mi silla de oficina, más cómoda, y respiro hondo antes de volver a intentarlo.

—Sé por qué pusiste fin a lo nuestro y por qué te fuiste —empiezo a hablar despacio y en voz baja, como si estuviera entregando los resultados de un mal análisis a un paciente preocupado—. Intenté dejarte ir y seguir adelante, de verdad. Pero no podía dejar de pensar en ti. En nosotros. En lo bien que estábamos juntos. Todos los momentos divertidos que pasamos y cuando hablábamos de las cosas que podríamos hacer si no estuviéramos con nuestras parejas. Por más que lo intentaba, no podía olvidarlo. La idea de Rory aquí, contigo, empezó a carcomerme. El que te conformaras con él en vez de conmigo. Y el pasarme el resto de mi vida preguntándome qué hubiera sucedido, hasta que fuera un anciano enfermo tumbado en la cama, lleno de remordimientos y pensando en lo que podríamos haber tenido.

Alice va a hablar, pero levanto la mano para hacerle saber que no he terminado y que tiene que oírlo todo antes de tomar una decisión.

—Así que se me ocurrió un plan. Pensé en mudarme aquí y, aunque al principio solo era una quimera, cuando leí que el pueblo iba a necesitar un nuevo médico, sentí como

si el universo me dijera algo. Solicité el puesto y, cuando lo conseguí, supe que no podía volver atrás. Convencí a Fern de que debíamos mudarnos, y aquí estamos. Sé que es un *shock*, pero entiende que vine aquí con la intención de reavivar lo que teníamos. Sabes que haré lo que sea necesario para hacerte feliz. Lo sabes, ¿verdad? Porque te quiero, Alice. Y me he dado cuenta de que siempre te querré.

Una vez terminado mi bien ensayado discurso, me preparo para la respuesta. Pero tarda un momento en llegar porque Alice se limita a mirarme con lo que solo puede describirse como incredulidad en los ojos.

—Lo siento —dice finalmente, rompiendo el silencio, pero también haciendo que parezca que va a seguir rompiéndome el corazón—. No deberías haber venido. Estás perdiendo el tiempo y arriesgando nuestros matrimonios. Lo que sea que hayas venido a hacer, necesito que lo olvides porque no va a suceder.

Alice se levanta, y aunque intento frenarla y hacerla cambiar de opinión, no lo consigo.

—Por favor, si me quieres tanto como dices, respeta mis deseos —me dice, tan triste como me siento yo por dentro. Luego se marcha, de mi consulta y de mi vida, como ya hizo una vez.

Y todo lo que puedo pensar es que he cometido un gran error.

7

FERN

Con la jornada laboral terminada y Drew llegando a casa en cualquier momento, me pongo manos a la obra para recalentar la lasaña que Audrey tuvo la amabilidad de traernos ayer. Me alegro mucho de no tener que cocinar nada todavía, porque la preciosa cocina aún está en mal estado, con cajas de utensilios a medio desembalar por todas partes, así que este generoso regalo de nuestra nueva vecina me está ayudando mucho. Poner la comida caliente en un plato todavía no es tan fácil como debería. El desorden de la casa y mi estado de ansiedad —por lo que mi marido podría estar haciendo ahora que está otra vez en el mismo lugar que Alice— significan que estoy cometiendo errores tontos.

Por ejemplo, tardo mucho más de lo debido en darme cuenta de que el microondas no calienta la comida porque no me he molestado en enchufarlo a la corriente. Igual que cuando decidí hacer pan de ajo casero para acompañar la lasaña y me di cuenta de que no tenía ni ajo ni ingredientes para hacer pan. Tendré que espabilarme un poco antes de que Drew entre por la puerta principal, porque no puedo permitirme que se dé cuenta de que estoy distraída y empiece a hacerme preguntas. Necesito que siga pensando que sigo siendo la mujer leal, obediente y, sobre todo, inconsciente durante el mayor tiempo posible, o al menos hasta que sepa cuáles son sus planes con Alice.

Cuando oigo la llave en la puerta, la lasaña ya está caliente y he sacado una botella de vino tinto de una de las cajas para abrirla y servir dos copas que, sospecho, nos ayudarán a relajarnos a los dos.

—¿Qué tal tu primer día, cariño? —le pregunto a mi marido, mientras entra en la cocina y deja la chaqueta del traje sobre una de las cajas.

—Ha estado bien —responde con tono cansado, dando a entender que ha sido cualquier cosa menos eso.

—¿Qué ha pasado? ¿No me digas que has estado muy ocupado? Aquí no puede haber más enfermos que en Manchester, ¿verdad?

—No, no los hay. He estado tranquilo.

—Oh, ya veo. ¿Demasiado tranquilo?

—Yo no diría eso. Me costará acostumbrarme, eso es todo.

—Bueno, puedes contármelo todo mientras cenamos. Toma.

Le doy a Drew un plato con una generosa porción de lasaña y le señalo una de las copas de vino que hay al lado.

—He pensado que podríamos tomarnos una copita con la cena. Brindar por ti y tu nuevo trabajo.

—Estupendo —responde Drew con todo el entusiasmo de alguien a quien le acaban de decir que esta será la última comida que saboreará en su vida, así que más le vale aprovecharla al máximo.

No le quito ojo de encima mientras se deja caer en una de las sillas de nuestra mesa de caoba, que trajimos de nuestra antigua casa, antes de empezar a pinchar la comida con el tenedor, y es evidente que algo va muy mal en su mundo, aunque aún no estoy segura de qué. ¿Tiene que ver con el trabajo o ya ha pasado algo con Alice? Supongo que nunca me dirá la verdad si es lo segundo, pero eso no significa que no pueda curiosear un poco y, en el peor de los casos, hacerle sentir tan incómodo como se merece después de lo que me ha hecho.

—Cuéntamelo todo —le digo, mientras tomo asiento frente a él y deslizo una de las copas de vino en su dirección—. ¿A cuántos pacientes has visto?

—Siete.

—Oh, no está tan mal, ¿verdad? Un comienzo suave.

Empiezo a comer, me meto el primer trozo de lasaña en la boca y, como esperaba, está deliciosa.

—Supongo.

—¿Y todos han sido amables?

—Sí, supongo.

—¿Alguien te ha dado la bienvenida al pueblo?

—Unos cuantos lo han hecho.

—Qué bien. Aquí todo el mundo es muy amable, ¿verdad?

—Sí.

Si tuviera que describir el comportamiento de Drew, diría que se parece mucho al de un adolescente malhumorado al que acaban de decirle que deje de jugar a sus videojuegos en el piso de arriba y baje a reunirse con el resto de la familia en la mesa del comedor. El hecho de que Drew sea un hombre de cuarenta años, con camisa y corbata, que ha terminado el día haciendo un trabajo muy serio y que ahora está sentado en una casa bastante cara de la que tiene que pagar la hipoteca, significa que está lejos de ser un adolescente malhumorado. Es un adulto con responsabilidades, lo que significa que toda esta actitud suya es bastante desconcertante.

—¿Alguien ha sido grosero contigo hoy? —pregunto, por si esa fuera la causa de su mal humor—. Sé que en Manchester tenías algunos pacientes horribles. ¿Aquí también hay algunos malos?

—No, todo el mundo ha sido amable conmigo —responde Drew. Pero empieza a pinchar su comida un poco más agresivamente, lo que sugiere que se siente peor, no mejor.

—¿Qué tal es tu recepcionista? ¿Cómo se llama?

—Julie.

—¿Es simpática?

—Sí.

Creo que le sacaría más palabras a un adolescente malhumorado si esta conversación siguiera por el mismo camino.

—Vale, el trabajo ha ido bien, lo que significa que algo más te está molestando. ¿Qué es?

Dejo el cuchillo y el tenedor y espero la respuesta, demostrándole a Drew que tiene toda mi atención. Ese gesto lo obliga a dejar de comer y, cuando levanta la vista hacia mí, parece un poco incómodo.

—No es nada, no te preocupes.

—No, vamos. Quiero saberlo. Tienes algo en la cabeza, así que dime qué es. ¿Es la comida? ¿El vino? ¿Algo más que he hecho?

—No.

—Entonces, ¿qué?

Drew suelta un profundo suspiro antes de dejar sus propios cubiertos y beber un gran trago de vino, como si necesitara el valor extra del alcohol antes de iluminarme por fin.

—¿Crees que hicimos lo correcto mudándonos aquí?

—¿Perdón?

—Nosotros. Este pueblo. Esta casa. Dejando Manchester. ¿Crees que hicimos lo correcto?

—Es un poco tarde para preguntarte eso.

Mi tono brusco hace que Drew se estremezca ligeramente.

—Lo sé. Lo siento. No importa.

Drew intenta volver a comer, pero no le dejo.

—Si hay algún problema, tienes que decírmelo.

—No hay ningún problema.

—¿Estás seguro? Porque parece que sí.

—Solo estoy cansado. Supongo que es el estrés de todo. Las despedidas y los saludos. La agitación de la mudanza. Mi nuevo trabajo. Querer encajar y causar una buena impresión. Supongo que no estaba preparado para lo agotador que sería todo.

Estudio la cara de mi marido para ver si me está diciendo la verdad, pero, como siempre, es difícil de leer. Aunque no tan difícil de leer como él cree.

—¿Piensas que podríamos haber cometido un error?

—Yo no he dicho eso.

—Pero ¿lo piensas?

—No.

Drew se ríe entonces, presumiblemente para intentar romper la tensión que se ha ido creando en la habitación desde que entró, y me pregunta cómo me había ido el día. Le cuento cómo ha ido el desembalaje antes de mencionarle mi paseo por la playa.

—Suena bien —me dice entre bocados de carne y salsa.

—Sí, ha estado bien —miento, pero él se da cuenta porque, a diferencia de él, yo tengo que esforzarme mucho cuando digo una mentira, y es evidente que no me he esforzado tanto como debería.

—¿Qué te pasa? ¿No estás disfrutando aquí?

—Yo no he dicho eso.

—Puedo sentir que te pasa algo.

—Hay mucha tranquilidad, sobre todo cuando estoy aquí sola todo el día. Supongo

que nunca me sentí sola en la ciudad, sabiendo que había tanta gente en cualquier dirección.

—Tienes a Audrey al lado.

—No es lo mismo.

—Lo siento, estaba bromeando. ¿Qué tal si mañana vas al pueblo? Así saldrás un rato de casa, y seguro que te pones a charlar con algún lugareño.

—Sí, puede que lo haga.

Seguimos comiendo en silencio hasta que los dos acabamos. Drew se ofrece a fregar los platos y yo no protesto. Mientras está ocupado en el fregadero, lamentándose de que aún no hayamos puesto el lavavajillas, miro su chaqueta encima de la caja y me pregunto si su teléfono estará ahí. Más concretamente, me pregunto si habrá estado enviando mensajes a Alice, pero no puedo saberlo con seguridad sin echar un vistazo.

Decido no arriesgarme mientras esté en la misma habitación que yo y espero tener la oportunidad de echar un vistazo a su dispositivo cuando suba a ducharse. Sale de la habitación después de fregar los platos y estoy a punto de ir a investigar cuando vuelve y me dice que se ha olvidado la chaqueta, lo que termina con mis posibilidades de quedarme a solas con su teléfono.

—No es propio de ti recoger tus cosas —comento mientras coge su chaqueta y, con ella, su móvil.

Drew se limita a suspirar y a decirme que la casa ya está lo bastante desordenada como para que él la desordene más. Luego sale de la cocina y, mientras lo oigo subir las escaleras, me pregunto si habrá vuelto a por el móvil porque tiene algo que no quiere arriesgarse a que yo vea.

Y así empieza todo de nuevo. La vida de una mujer que no puede confiar en su marido. No le desearía esto a nadie. Pero, si la aventura va a empezar de nuevo, entonces una cosa es segura.

Yo tampoco le desearía a nadie lo que le va a pasar a Drew.

8

DREW

Cuando uno intenta instalarse en un nuevo hogar, se encuentra con muchas molestias, y una de ellas es intentar conseguir la temperatura correcta del agua de la ducha. Aunque ayer creí que lo había descifrado, parece que no logro acertar esta vez y, a pesar de ajustar y jugar mucho con el grifo, el agua está demasiado caliente o demasiado fría.

Cualquier otro día, esto sería apenas una molestia.

Después de lo de hoy, es francamente exasperante.

—¡Vamos, maldita sea! —grito, mientras golpeo la pared de azulejos con la palma de la mano antes de volver a intentarlo, hasta que de repente el agua me escalda después de haber estado a punto de congelarme con ella hace un segundo—. ¡Cosa estúpida! —grito mientras mi temperamento hierve, y no es ninguna sorpresa cuando oigo un golpe en la puerta del baño, seguido de la voz de Fern preguntándome si todo está bien.

—¡Estoy bien! —grito por encima del rugido del agua, que resuena alrededor de mis oídos y salpica junto a mis pies. Por fin, después de mucho esfuerzo, encuentro la temperatura perfecta. Es una pena que me haya hecho daño en la mano y que mi mujer haya tenido que venir a verme.

Es una victoria menor, pero la acepto, y mientras empiezo a lavarme, intento recordar que lo que he sufrido hoy es solo un contratiempo y no el resultado final. Vale, Alice no ha reaccionado bien al enterarse de que me he mudado al pueblo, pero lo atribuiré a lo inesperado que debe haber sido para ella verme y le daré un poco de margen. Solo necesita unos días para asimilarlo y, cuando se calme, se dará cuenta de la demostración de afecto que he hecho. Espero que sea entonces cuando recapacite y vuelva a hablar conmigo.

Hasta entonces, estoy varado en una especie de tierra de nadie, sin poder avanzar ni retroceder, completamente a merced de la decisión de otra persona. Si Alice se calma y decide que está interesada en darnos otra oportunidad, todo irá bien. Pero, si no lo hace —que es mi mayor temor en la vida ahora mismo—, no tengo ni idea de cuál será mi siguiente paso. Lo único que sé es que me quedaré atrapado en un pueblecito cerca pero a la vez lejos de la mujer con la que quiero estar, y potencialmente condenado a una vida de miseria, ganándome la vida tratando a los residentes de este pueblo y volviendo a casa con una mujer que es bastante agradable, pero que ya no hace arder mi mundo.

Como me ha sucedido a menudo en el pasado, desearía que Fern pudiera hacerme sentir como Alice. Entonces, las cosas serían mucho más fáciles. Nunca habría sido necesario mentir, escabullirme y tener mi teléfono cerca para que ella no pudiera husmear en él. Y, desde luego, no habría tenido la necesidad de mudarme aquí, a este

lugar, a esta casa, con esta ducha desconocida.

Las cosas que hacemos por amor verdadero, ¿eh?

Por desgracia, mi mujer nunca ha sido capaz de encender en mí el fuego que arde cada vez que estoy cerca de Alice. Pensaba que ella era todo lo que necesitaba en una mujer, de verdad, pero entonces conocí a Alice y me di cuenta de que Fern ni siquiera se había acercado. La intensidad de los sentimientos que experimento con cada una es muy diferente y no hay comparación.

Alice es la que me atrae.

En retrospectiva, Fern nunca lo hizo.

No pienso salir pronto de esta ducha porque, en cuanto salga del baño, tendré que volver a fingir ante Fern que estoy bien. Ver la tele con ella. Charlar durante las pausas publicitarias. Tomar una aburrida taza de té mientras intento no mirar el móvil por si Alice decide ponerse en contacto conmigo.

Tal vez sea eso. Debería llamarla o, al menos, enviarle un mensaje. Tenderle la mano en lugar de dejar las cosas como están. Pero, si lo hago, corro el riesgo de que no me responda, y no quiero que eso ocurra porque solo conseguiría parecer débil y desesperado. Ella tiene todo el poder en esta situación, pero no quiero que eso sea evidente. Mejor quedarme callado y dejar que su mente empiece a preguntarse qué puedo estar tramando. Puede que esté sentado junto al teléfono como un perdedor esperando a que me mande un mensaje, pero no tiene por qué saberlo. Podría imaginarme divirtiéndome con Fern, tal vez haciendo el amor, y con suerte eso pondría celosa a Alice y despertaría algunos de esos viejos sentimientos que ella ha logrado reprimir muy bien en su interior.

Sé que Alice solía sentir curiosidad por saber si seguía intimando con mi mujer mientras salía con ella y, aunque apenas tuve contacto físico con Fern durante ese tiempo, de vez en cuando le insinuaba que sí porque sabía que eso volvía loca a Alice y la hacía desearme aún más. Recordándolo ahora, me parece infantil haber jugado así con ella, pero lo hice y lo disfruté en su momento, probablemente porque siempre conseguía más de lo que quería, que era a ella.

Me da miedo admitirlo, pero nunca he deseado nada tanto como a Alice. Ni dinero, ni poder, ni respeto. Ya no me importan los coches bonitos ni las casas grandes, aunque soy muy consciente de que esta casa no es pequeña y de que no voy al trabajo en un vehículo destartalado. Tampoco me importan otras cosas a las que la gente suele aspirar, como formar una familia. Prefiero no tener hijos con Alice que tenerlos con Fern o con cualquier otra mujer. Me alegro de que mi mujer no haya sacado ese tema desde hace tiempo.

A los cuarenta, el tiempo no está de parte de Fern en lo que a eso se refiere, y aunque me siento un poco culpable por pasar lo que presumiblemente es la última parte de su ventana de fertilidad obsesionado con otra mujer, en realidad me siento aliviado de que no hayamos tenido hijos propios antes. Eso solo habría complicado las cosas. Ya me ha costado bastante mantener mi otra vida en secreto para una sola persona. No hay necesidad de añadir uno o dos niños a la mezcla y complicar aún más este matrimonio. Fue fácil durante los primeros nueve años de casados, pero entonces no llevaba una

doble vida. En cuanto apareció otra mujer, me di cuenta de que los votos que había pronunciado ante más de cien de nuestros seres queridos y a los ojos de Dios significaban muy poco en la práctica.

Sin embargo, me he preguntado por qué Fern ha dejado de hablar de la perspectiva de la paternidad en estos últimos seis meses más o menos, pero, si tuviera que adivinar, diría que es porque se ha dado cuenta de que puede que ahora no ocurra, así que se está protegiendo de que le duela demasiado no hablando de ello. Es una pena, porque hubo un tiempo en el que eso era lo que ambos queríamos. Pero fue una época en la que yo no tenía ni idea de lo que de verdad quería en la vida y pensaba que con una pareja, dos hijos y una carrera decente bastaba. No me daba cuenta de que me estaba perdiendo mucha pasión y diversión, aunque al menos al final me di cuenta. Pero que Fern ya no saque el tema de los niños me ayuda porque significa que no tengo que inventar excusas sobre por qué no quiero tener contacto físico con ella en momentos clave del mes, ni le causaré aún más angustia un día en el futuro si finalmente consigo estar con Alice. Pero eso es una posibilidad lejana, porque incluso si Alice cambia de opinión y dice que me quiere de nuevo, sé que no puedo dejar a Fern. No es tan simple como eso. Hay una razón por la que sigo con ella y no es solo porque me sienta obligado como marido.

Pero es una razón en la que no me gusta pensar demasiado.

Ojalá pudiera quedarme en la ducha toda la noche, pero Fern no tardará en sospechar y empezará a aporrear la puerta otra vez, así que cierro el grifo de mala gana, no sin antes tomar nota mental de la posición exacta en la que tengo los diales, para que no haya drama con la ducha de mañana por la noche. Después de secarme y ponerme una camiseta y un viejo pantalón de chándal, me reúno con mi mujer abajo en el sofá, donde la encuentro cambiando de canal con el mando a distancia y me pregunta qué me apetece ver.

—Me da igual —le digo, mientras echo un vistazo furtivo a mi teléfono, y siento la decepción en lo más profundo de mi ser cuando veo que Alice aún no se ha molestado en ponerse en contacto conmigo.

—No puedo decidirme. Necesito tu opinión.

—No me importa. Veré lo que sea.

—Estaría bien que ayudaras.

—Da igual. Elige un canal y ya está.

—¿Por qué me gritas?

—¡No te estoy gritando!

Fern niega con la cabeza antes de salir furiosa de la habitación y, aunque lamento lo que acaba de ocurrir, no tengo fuerzas para ir tras ella y disculparme. Prefiero salir de casa y respirar aire fresco, y eso es exactamente lo que hago. A pesar de gritar para preguntar a Fern si quiere venir conmigo, no responde.

—Bien, como quieras —murmuro, antes de salir de casa y empezar a caminar por la calle en dirección al centro del pueblo.

No estoy caminando con ningún destino en particular en mente; solo estoy caminando porque aumenta las posibilidades de lo que podría ver o, más bien, a *quién podría ver*.

¿Sería malo encontrarme con Alice y volver a hablar con ella? Creo que no. E incluso si no consigo hablar con ella, solo verla sería agradable y alegraría lo que rápidamente se ha convertido en una noche terrible.

A pesar de caminar por todo el pueblo durante casi una hora, no veo a Alice por ninguna parte, y mis esfuerzos no se ven favorecidos por la temprana puesta de sol en esta época del año, así que sé que es una causa perdida. Vagando desganado de vuelta a casa, hago una parada en la playa para arrojar unos guijarros al agua e intentar encontrar algo de consuelo en las estrellas. Pero sigue sin animarme mucho. Por eso dirijo mi atención a mi teléfono y escribo un mensaje privado a Alice en una de sus redes sociales, en el que le digo que siento haberla sorprendido antes, pero que no me arrepiento de lo que he hecho porque, al final, vale la pena arriesgarlo todo por amor.

Me paseo nervioso por la playa mientras rezo por una respuesta, pero nunca llega, y mientras me alejo de la arena y vuelvo al cemento bajo un cielo negro, cualquier optimismo que tuviera de que esto fuese a salir bien se ha desvanecido tan rápido como el débil sol de invierno que una vez brilló tenuemente en el horizonte.

Fern no me dice nada cuando llego a casa, prefiere ignorarme mientras ve algún documental sobre chimpancés en libertad. Si lo hubiera puesto antes, nos habríamos ahorrado una discusión, pero no me atrevo a decírselo. En lugar de eso, me dejo caer en el sofá de enfrente y sigo mirando el móvil.

Pero, cuando llega la hora de subir a la cama, recibo el mismo trato de Alice que de Fern.

Silencio.

9

FERN

Anoche no fue divertido. Me di cuenta de que Drew estaba de mal humor casi en cuanto entró por la puerta, y nada de lo que pasó después me hizo cambiar de opinión. Tras una cena incómoda, una ducha muy larga y una discusión, que acabó conmigo subiendo las escaleras mientras él salía enfadado de casa, acabamos durmiendo en la misma cama, aunque no dejé de notar que, a pesar de estar cerca el uno del otro físicamente, había una enorme distancia mental. Ahora él ha vuelto al trabajo y yo vuelvo a estar sola, aunque no por mucho tiempo. Porque hoy voy a seguir su consejo y voy a ir al pueblo y, como es miércoles, hay un café por la mañana al que pienso asistir.

El paseo hasta el centro del pueblo es rápido e indoloro. No hay cuestas que subir ni largas esperas para cruzar la carretera, solo un poco de lluvia, pero nada que mi fiel paraguas no pueda soportar. Es un alivio llegar a la calle principal y ver un poco de actividad por estos lares, aunque solo sea en forma de un gran camión que lleva un cargamento de barriles de cerveza al *pub* y un cartero que charla con un paseador de perros al otro lado de la carretera. No es mucho, pero es la mayor actividad que he visto en la zona en los últimos días. Si cierro los ojos y escucho cómo descargan los barriles con bastante ruido, casi podría estar de vuelta en la ciudad.

Casi.

No sé dónde está el salón parroquial donde se celebra el café matutino, pero supongo que no me costará encontrarlo en un lugar tan pequeño como este si estoy dispuesta a buscar, y efectivamente lo encuentro. Es un pequeño edificio escondido junto a la única tienda de comestibles de la ciudad. Como los demás edificios del centro del pueblo, su arquitectura sugiere que está cargado de historia y que fue construido hace siglos. Aporta carácter, mucho más del que se encuentra en una ciudad moderna, así que supongo que es un punto a favor de este lugar. Pero no es que las comodidades modernas no hayan llegado hasta esta parte del mundo, porque alrededor del anticuado centro del pueblo están todas las casas nuevas y enormemente caras que han surgido en los últimos tiempos, casas que han hecho este lugar muy atractivo para gente adinerada que busca jubilarse o comprar una segunda propiedad y alquilarla como residencia de vacaciones. Y, por supuesto, algunas de las franquicias comerciales más conocidas a nivel internacional se han instalado aquí, algunos lugares especializados en café o comida rápida, claramente no contentos con dominar el mercado en lugares como Los Ángeles, Nueva York y Tokio y sintiendo la necesidad de obtener algo de beneficio de un lugar como Arberness también.

Al acercarme a la puerta de entrada, veo un cartel que anuncia el café matutino

pegado en el interior de la ventana y, tras mirar el reloj, me doy cuenta de que llego unos minutos antes. Pero la puerta ya está abierta y, como no quiero seguir esperando fuera bajo la lluvia, decido entrar a ver si hay alguien.

Cuando entro en la sala, cuento al menos seis personas de pie junto a la larga mesa cubierta con un mantel blanco, y veo que todas están ayudando a colocar las tazas y los platillos para el acto de esta mañana. Una de ellas es Audrey, que me saluda con la mano al verme antes de decirme lo contenta que está de que haya venido, y no tarda en presentarme a las demás asistentes.

Me reciben con un aluvión de nombres y sonrisas amistosas, estrecho varias manos y recibo una calurosa bienvenida al pueblo. Hay una Dorothy y una Ethel, y creo que también una Margaret. En cuanto a los demás nombres, ya los he olvidado porque mi cerebro no puede recordar tantos nombres nuevos a la vez. Todo el mundo parece simpático, que es lo principal, aunque no puedo evitar darme cuenta de que parezco la más joven de la sala con al menos treinta años de diferencia. Pero entonces veo un destello de pelo rubio por el rabillo del ojo y, al girarme para ver quién entra en la sala, me doy cuenta de que hay alguien mucho más cercano a mi edad.

Y es alguien que reconozco.

Es Alice.

A pesar de saber que iba a estar aquí después de que Audrey me hablara de ella, y a pesar de haberme mentalizado antes de mudarme a este pueblo para estar más preparada para este momento, sigue siendo difícil contener la mezcla de emociones que siento ahora que estoy en su presencia. Esta es la mujer que me ha robado el corazón de mi marido, un corazón que en su día aprecié con todo mi ser; y el verdadero alcance de las mentiras de Drew hizo que la rotura de mi propio corazón fuera dolorosa cuando se produjo.

A pesar de saber lo que Drew hizo con esta mujer en Manchester y de haber tenido todo el tiempo del mundo para procesarlo, sigue siendo difícil no compararme con ella.

Diría que es más guapa que yo, y no solo porque se esfuerce más que yo en peinarse y maquillarse. No, tiene una belleza natural que yo nunca he tenido y por eso se desenvuelve con una seguridad que yo tampoco he tenido nunca. Se mueve sin esfuerzo, como si la vida siempre le hubiera resultado fácil, y puede que así sea. Imagino por su buen aspecto que es el tipo de mujer que está acostumbrada a conseguir lo que quiere. Mientras se abre paso por la sala, sonriendo y saludando a algunas de las asistentes, me entran ganas de quitarle esa sonrisa de la cara y decirles a todas estas mujeres exactamente con quién están siendo amistosas. Pero no lo hago porque lo estropearía todo, así que vuelvo a la mesa y ayudo a colocar algunas tazas y platillos más, fingiendo estar ocupada y esperando a que Alice venga a verme.

Pero ella no lo hace. Mantiene las distancias, y sospecho que es porque su marido ya le ha hablado de la nueva pareja del pueblo y sabe bien quién soy. ¿Cómo puede no conocerme? Drew le habrá hablado de mí durante su aventura, y es probable que haya mirado fotos mías en Internet para medir a su rival, igual que yo he hecho con ella. Puede que ya haya visto a Drew desde que llegamos, quién sabe, así que no me extraña que se sienta un poco incómoda ahora que estoy aquí.

Es la idea de incomodarla lo que me permite cambiar de mentalidad y pasar de ser la que se siente víctima a ser la que podría ejercer un poco de control en esta situación. Alice sabe quién soy, pero no sabe que yo sé quién es ella, así que ¿por qué no divertirme un poco?

Termino de colocar las tazas y me ofrezco a ayudar a Audrey con la caja de galletas que está abriendo, pero ella me dice que está bien, así que me acerco a Alice, que está colocando varias sillas en un pequeño semicírculo.

—Hola, ¿necesitas ayuda?

Alice casi deja caer la silla que lleva al oír mi pregunta, antes de serenarse y esbozar una sonrisa.

—Oh, eh, sí, eso estaría genial, gracias.

Señala con la cabeza una pila de sillas y yo las separo rápidamente, aumentando el semicírculo hasta que hay sillas suficientes para todas las presentes y las que lleguen tarde. Entonces me presento a Alice.

—Soy Fern. Me acabo de mudar aquí. Estoy casada con Drew, el nuevo médico.

Le tiendo la mano con fuerza y confianza y miro a Alice a los ojos, diciéndome a mí misma que no romperé el contacto visual ni le daré un débil apretón de manos cuando llegue el momento, aunque el tacto de su piel me haga sentir incómoda.

—Encantada de conocerte. Soy Alice.

Nos estrechamos las manos. Sonreímos. Ambas hacemos un gran trabajo de interpretación.

Y ahora somos oficialmente amigas.

Sí, claro.

—Creo que conocí a tu marido en el pub la otra noche. Rory, ¿verdad? Parece un tipo muy agradable.

El tipo de hombre que no se merece lo que le hiciste a sus espaldas.

—Ah, sí, me dijo que había conocido a otra pareja de Manchester. Y que tu marido y tú erais simpáticos.

Ya sabes lo bueno que es mi marido.

—Me alegro mucho de conocerte. La verdad es que lo estaba deseando. Aunque debo admitir que he estado un poco nerviosa.

—¿Nerviosa? ¿Por qué?

Alice parece incómoda mientras espera a oír mi respuesta, y me encanta.

—Bueno, esperaba que pudiéramos ser amigas. Mira, no conozco a nadie aquí y no quiero ser grosera, pero puede que seas la única persona que tiene una edad similar a la mía.

Es una ligera exageración, porque, aunque este pueblo es pequeño, hay gente de todas las edades. Mantengo la voz baja en esta última parte para no ofender a las otras mujeres que nos rodean si nos oyen, lo que también tiene el beneficio añadido de hacer que Alice sienta que le estoy contando un pequeño secreto que podemos compartir. Estoy decidida a hacerme amiga de esta mujer y hacerla sentir lo peor posible, porque se merece sentirse culpable. De momento, va bien.

—Ya veo —responde Alice con una risita—. Estoy segura de que podemos ser amigas.

Pareces encantadora.

Sí, ¿verdad? Pero las apariencias engañan. Lo sé mejor que nadie.

—¿Llevas haciendo esto mucho tiempo? —le pregunto a Alice, señalando las sillas y las tazas.

—Sí, desde que llegué al pueblo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos seis meses.

Su referencia a la cronología de cuándo terminó su aventura con mi marido me obliga a apretar los dientes antes de hacerle otra pregunta.

—¿Por qué te mudaste aquí?

—Fue idea de mi marido, que creció en el pueblo.

—Ya veo. ¿Y estabas contenta con mudarte?

—Sí, pensé que era una buena oportunidad.

Una buena oportunidad para poner fin a su aventura antes de que saliera a la luz, más bien.

—Lo siento, si me disculpas un momento —dice Alice, muy dispuesta a alejarse de mí—. Tengo que ayudar por ahí.

Sonríe antes de escabullirse hacia la mesa, donde coge un paquete de galletas y se pone manos a la obra para colocarlas en los platos. No es nada con lo que Audrey y el resto del grupo no hubieran podido arreglárselas, y es obvio que Alice estaba deseando dejar de hablar conmigo. Pero no se me escapará tan fácilmente. Voy a estar aquí toda la mañana, y estoy segura de que tendremos la oportunidad de volver a hablar. Eso espero, porque tenemos mucho de qué hablar. Pero, por ahora, iré a charlar un poco con algunas de las otras mujeres que están aquí.

Mujeres con sonrisas genuinas e intenciones honorables.

Mujeres que no mienten ni dan respuestas vagas.

Mujeres que no tienen nada que ocultar.

Yo solía ser una de esas mujeres. Pero las cosas cambiaron. Ahora soy como Alice, con mis secretos y mis segundas intenciones. Pero todavía hay una gran diferencia entre ella y yo.

Cree que ya ha ganado.

Yo, en cambio, sé que el juego no ha hecho más que empezar.

10

DREW

Mi mal humor de ayer se ha prolongado hasta hoy, pero no solo porque Alice no respondiera a mi mensaje de anoche. Es porque estoy teniendo grandes dificultades para conseguir que mi ordenador haga lo que se supone que tiene que hacer. No importa cuántas veces pulse el ratón, el teclado o el monitor, nada parece funcionar.

La conexión a Internet aquí parece ser terrible.

Bienvenido a la vida en medio de la nada.

—Julie, por favor, ¿podrías venir a echar un vistazo a esto? —le pido por teléfono a mi recepcionista, después de haberme pasado los últimos diez minutos intentando enviar sin éxito un solo correo electrónico.

Julie aparece enseguida para ayudarme, pero lo único que hace es intentar todas las cosas que yo ya he intentado, y es obvio que ninguno de los dos somos expertos en informática.

—A veces, tenemos problemas con Internet si hace mal tiempo en la zona —me dice después de que quede claro que no funciona.

—Entonces, ¿será así cada vez que llueva?

—Eh.

—En Manchester llovía mucho, pero las cosas seguían funcionando.

—Entiendo. Creo que también tiene que ver con la intensidad de la señal. No es muy buena aquí.

—¿Cómo se supone que la gente va a trabajar así?

—Puedo llamar a alguien para que le eche un vistazo. Aunque suele mejorar cuando se despeja el tiempo, y esta tarde hará bueno.

—Vale, como quieras —le respondo enfadado, antes de decirle a Julie que haga entrar al siguiente paciente, porque no hay mucho más que pueda hacer aquí sin acceso a la red.

Me siento mal por ser brusco con mi recepcionista, porque está claro que es una mujer agradable que se esfuerza al máximo, pero este es un problema de más. Podría soportar la arcaica conexión a Internet si todo lo demás fuera bien en mi vida, pero no es así, por lo que esto es casi la gota que colma el vaso.

La llamada a mi puerta me obliga a salir de mi momento de autocompasión y a poner mi cara profesional mientras me preparo para recibir a otro paciente. Entonces veo quién es y me resulta casi imposible no poner cara de sorpresa.

—Hola, Drew. ¿Cómo te va? —me dice Rory, tomando asiento en la silla al lado de mi escritorio—. ¿Te estás adaptando bien?

Solo espero que el marido de Alice esté aquí por razones médicas y no porque se haya enterado de la conversación que mantuvimos ayer su mujer y yo en esta misma habitación.

—Oh, hola, Rory. Sí, me estoy adaptando bien, gracias. ¿Tú estás bien?

—No exactamente. He tenido algunos problemas, por desgracia.

¿Con tu salud o con tu mujer?

—Ya veo. ¿Y cuál parece ser el problema? —pregunto nervioso.

Estoy jugueteando con la tapa de uno de mis bolígrafos, aunque también me doy cuenta de que Rory está jugueteando con su anillo de boda en el dedo, y está claro que está tan incómodo aquí como yo. O puede que solo esté preocupado, basándome en lo que me dice a continuación.

—Empezó hace un mes más o menos. Me di cuenta de que estaba perdiendo un poco de peso, aunque no hacía ejercicio ni comía menos. Lo he estado vigilando, pero parece que el peso sigue bajando. No me malinterpretes, me habría venido bien perder unos centímetros de cintura, pero esto es más que eso. A este ritmo, tendré un abdomen marcado para Pascua.

La pérdida de peso inexplicable es siempre un síntoma preocupante que justifica una investigación inmediata, pero, como me han enseñado a hacer, me aseguro de no mostrar mi preocupación de ninguna manera para mantener al paciente tranquilo y relajado.

—Ya veo. ¿Y tu apetito? ¿Ha cambiado?

—No creía que lo hubiera hecho, pero mi mujer ha notado en la última semana o así que no he estado comiendo tanto como de costumbre. Dejando sobras donde normalmente no las había. No sugiriendo que compremos comida para llevar los fines de semana como hacía antes. Ese tipo de cosas.

—Vale —digo, procesando las respuestas mientras intento no imaginármelo acurrucado en el sofá con Alice un fin de semana, disfrutando de una *pizza* o un *curry*, porque ojalá fuera yo y no él—. ¿Algún otro problema? ¿Has ido al baño más o menos de lo habitual?

—Yo diría que menos de lo habitual.

Otra bandera roja, pero no digo nada.

—¿Tienes algún dolor en alguna parte?

—No que yo haya notado. Aunque últimamente he tenido algunos dolores de cabeza fuertes.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Creo que ya está.

—Ya veo. Bueno, vamos a echarte un vistazo rápido entonces. Primero, te tomaré la tensión.

Cojo el esfigmomanómetro, o tensiómetro, como se conoce en lenguaje coloquial, y se lo pongo en el bíceps antes de comprobar la lectura mientras Rory echa un vistazo a mi consulta, escasamente decorada. Todavía no tengo ningún objeto personal aquí, pero quizá debería añadir algo solo para darle un poco más de vida a la sala. De momento, todo son historiales médicos y material esterilizado. Antes, en Manchester, tenía una foto

de Fern en la mesa, aunque al final tenía la sensación de que solo estaba ahí para guardar las apariencias y no porque quisiera ver la cara de mi mujer mientras trabajaba. Y, curiosamente, esa foto no ha salido de la caja en la que la metí cuando me fui. Nuestro matrimonio ha cambiado tanto en los últimos años que las fotos antiguas ya no le hacen justicia. Las sonrisas que ponía al posar para las fotos eran auténticas, pero dejaron de serlo, hasta el punto de que no recuerdo la última vez que sonreí de verdad cerca de Fern. En realidad, sí me acuerdo. Fue cuando me dijo que podíamos mudarnos aquí, pero incluso eso fue solo porque sabía que volvería a estar más cerca de Alice. De alguna manera, no creo que eso cuente.

—La tensión parece estar bien. Ahora, si puedes subirte la otra manga, te sacaré un poco de sangre.

Rory hace lo que le digo y le extraigo sangre cuidadosamente, algo que ya he hecho infinidad de veces, pero es un acto que también requiere una gran concentración para no causar dolor al paciente.

—Vale, si te subes a esa báscula, comprobaré tu peso.

Rory de nuevo sigue mis órdenes, y estoy disfrutando de la dinámica de poder que existe entre nosotros. Aunque, fuera de esta habitación, sigue teniendo ventaja sobre mí en cuanto a Alice.

—Estupendo, gracias —digo, una vez que he tomado nota de los números de la báscula. Aunque sé que no es estupendo, porque no necesito medir la altura de Rory para saber que sin duda su peso es bajo.

—¿Tienes antecedentes de cáncer en tu familia? —le pregunto, deseando que hubiera alguna forma de formular esa pregunta sin hacer evidente qué enfermedad es la que más me preocupa.

—Creo que sí. Tendría que comprobarlo, no estoy seguro.

—Ya veo.

—¿Es eso lo que crees que puede ser?

—No, en absoluto. Solo tengo que preguntar.

Rory asiente nervioso antes de que lo invite a volver a sentarse.

—¿Cuánto alcohol dirías que consumes a la semana?

—¿Alguna vez la gente te dice la verdad cuando se lo preguntas?

—Eso espero.

—Teniendo en cuenta que me conociste en el *pub*, ya sabes que me gusta beber.

—Háblame como a un médico, no como a un tío con el que te has tomado una pinta.

Rory sonríe antes de admitir que unas ocho cervezas, lo cual estoy seguro de que es mentira, pero lo apunto de todos modos. Luego le hago más preguntas sobre su dieta, y él las contesta todas mientras yo garabateo algunas notas.

—Creía que las teclearías en el ordenador —dice Rory, dándose cuenta de mi forma anticuada de hacer las cosas, pero lo entiende en cuanto le digo que hoy tengo problemas con la red.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —se ofrece.

Entonces recuerdo que trabaja en informática, pero me limito a darle las gracias antes de negarme con educación. De algún modo, me sienta mal que me haga un favor

teniendo en cuenta lo que le he hecho a sus espaldas, así que le digo que probablemente sean interferencias del tiempo, y él está de acuerdo.

—Sí, es un problema aquí. Si sigue así, avísame y bajaré a echarle un vistazo. Gratis.

Rory es un buen tipo, lo que no hace que lo que ha pasado entre su mujer y yo sea más fácil de pensar, pero no puedo desanimarme por eso. ¿Y qué si es un buen tipo? Estoy enamorado de Alice y, si ella lo amara, no se habría liado conmigo. ¿Y si tal vez solo es agradable en público? Quién sabe cómo es a puerta cerrada. Pensar en Rory como un mal tipo en lugar de uno bueno me ayuda a seguir persiguiendo a su esposa.

—¿Qué pasará ahora? —me pregunta Rory, una vez que he terminado de escribir.

—Enviaré tu análisis de sangre y te haré saber los resultados, por si hay algo que debamos analizar más a fondo.

—¿Crees que lo habrá?

—Lo más probable es que no, pero es mejor comprobarlo para estar seguros.

—¿Qué crees que puede ser?

—Tal vez no sea nada.

—Pero perder peso sin motivo no es bueno, ¿verdad?

—No significa que sea nada grave. Haremos algunas pruebas para estar seguros.

—Entonces, ¿qué pasará ahora? —insiste Rory, probablemente preocupado.

—Como te he dicho, enviaré el análisis de sangre y te llamaré con los resultados. Mientras tanto, vigila tus síntomas y ven a verme si algo cambia. Aparte de eso, puedes irte.

—Gracias —dice Rory, que se baja la manga de la camisa y juguetea con el botón de la misma—. Estoy seguro de que no es nada, pero pensé en venir por si acaso. Supongo que la salud es importante, ¿no?

—Si no fuera así, me quedaría sin trabajo.

Rory se ríe de mi broma, y me alegro de haber podido tranquilizarlo, al menos por unos momentos. También estoy orgulloso de mí mismo por haber actuado profesionalmente a pesar de mi historia secreta con este hombre. Tal vez pueda actuar con madurez acerca de todo esto después de todo. Pero no puedo resistirme a preguntarle por Alice de una forma u otra.

—¿Le has dicho a tu mujer que venías hoy?

—No. No quería preocuparla. ¿Debería haberlo hecho?

—No, mejor no. Como dices, no tiene sentido preocuparla.

Me alegro de que Alice no tenga ni idea de que su marido ha venido a verme y de que ahora esté oficialmente a mi cargo.

Rory se levanta para marcharse, y decido acompañarlo hasta la puerta solo para ser amable y asegurarme de que se va de aquí un poco menos preocupado que cuando llegó.

—Que tengas un buen día —le digo mientras abro la puerta.

Pero justo antes de irse me pregunta si iré al *pub* este fin de semana porque le gustaría invitarme a una pinta.

—Es probable —digo—. Y gracias, sería muy amable por tu parte.

Rory se marcha y me despido de él con la mano antes de echar un vistazo a la sala de espera y ver que todas las sillas están vacías. Eso significa que tengo algo de tiempo

antes de mi próxima cita, así que cierro la puerta y vuelvo a mi mesa.

Vuelvo a mirar el ordenador y veo que la conexión a Internet parece haberse restablecido, lo cual es una buena noticia y significa que puedo escribir el informe de mi último paciente. También puedo anotar que he tomado una muestra de sangre y que la enviaré a analizar. Pero dudo antes de escribir nada en el servidor y, mientras miro el frasco de sangre que hay junto al teclado, tengo una idea. Es un pensamiento que no debería tener en mi calidad de profesional, pero que no puedo ignorar ahora que me ha venido con tanta fuerza.

¿Y si no pido el análisis de sangre? ¿Y si simplemente tiro este vial? ¿Y si llamo a Rory dentro de una semana y le digo que todo va bien?

Eso sería arriesgado y peligroso si, como sospecho, sucede algo malo en el cuerpo de Rory que merece más atención. También sería arriesgarse mucho con un hombre que ha venido hoy a pedirme ayuda. Si le sucede algo malo, y algunos de sus síntomas así lo sugieren, necesitará atención médica más pronto que tarde. Entonces, ¿por qué estoy pensando en retrasarlo? ¿Por qué estoy pensando en la idea de reducir potencialmente las probabilidades de que esté bien, si resulta que está enfermo de gravedad?

Ya sé por qué. Alice. La quiero tanto que estaría dispuesto a arriesgar la vida de su marido para tenerla. ¿Es tan malo que Rory pueda tener una enfermedad mortal? No sería lo peor del mundo que ya no estuviera, ¿verdad?

Recojo el vial y miro el líquido rojo que contiene antes de tomar una decisión. Luego lo guardo en el bolsillo de mi chaqueta, donde pienso llevarlo a casa antes de tirarlo a la basura. Ese es el mejor lugar para él ahora, o al menos es el mejor lugar para asegurarme de que, si Rory está enfermo, no recibirá ayuda pronto.

11

FERN

El café matutino ha sido agradable, aunque un poco aburrido. Después de sentarnos todas en semicírculo y empezar a sorber de nuestras tazas de té, no había un orden del día. Se trataba de entablar conversación con la persona de al lado y, aunque lo conseguí con facilidad, las personas sentadas junto a mí no contaban historias que pudieran calificarse como “entretenidas”.

La señora que estaba a mi izquierda, Agatha, era el tipo de persona capaz de encontrar lo negativo en cualquier situación, y estuvo veinte minutos quejándose de que había pasado muchísimo tiempo esperando a que un constructor fuera a ver sus planos para una posible reforma de un garaje, antes de sorprenderse por el presupuesto que le había dado por el trabajo necesario. Luego se lamentó del tiempo, del estado del asfalto de su calle y, por si fuera poco, de las recientes decisiones políticas del primer ministro. Cinco minutos más escuchándola me habrían llevado a buscar una botella de vodka en lugar de otra taza de té, así que busqué la manera de entablar conversación con la mujer que estaba a mi derecha, aunque no me fue mucho mejor.

Era un poco más alegre, pero también estaba un poco chiflada, en el sentido más amable de la palabra. Se reía a carcajadas de todo lo que decía, sin importarle si pretendía ser gracioso o no, antes de quedarse muy callada y no decir nada durante unos minutos. Me resultaba difícil hablar con ella porque no sabía si disfrutaba de la charla o la odiaba. Obtuve mi respuesta cuando terminé de contarle todo sobre mi reciente mudanza y me di cuenta de que se había quedado dormida en algún momento de mi historia y se había perdido todo lo que acababa de decir.

Pero, por supuesto, no había ido para conversar o hacer amigos, no de verdad. Había ido para acercarme a mi rival amoroso. Por desgracia, la disposición de los asientos lo hizo un poco difícil.

Alice estaba sentada en el lado opuesto del semicírculo al mío y, a pesar de mirar varias veces en su dirección, hizo muy bien en no establecer contacto visual. Se limitó a mantener la atención en las personas que estaban a su lado, charlando, mordisqueando unas galletas de chocolate y levantándose una vez para traer otra tetera para el grupo.

Me aseguré de darle las gracias mientras me rellenaba la taza, y ella me sonrió antes de pasar rápidamente a la bella durmiente que estaba a mi lado, pero hasta ahí había llegado nuestra interacción en la reunión. Al final, me siento aliviada cuando se acaba la hora, y mientras algunas personas empiezan a alejarse de la sala, me aseguro de alcanzar de nuevo a Alice antes de que ella también pueda marcharse.

La sorprendo junto a la mesa ordenando algunas tazas de té sucias y, al saludarla de

nuevo, se estremece un poco al darse cuenta de que estoy a su lado.

—Ha sido interesante —digo con una sonrisa irónica—. Creo que voy a tener que trabajar en mis habilidades de conversación. La mujer que estaba a mi lado se quedó dormida en medio de una de mis historias.

—Oh, así es Barbara, siempre está dormitando.

Alice vuelca una de las tazas por las prisas y derrama el té por todo el mantel, causando más desorden que antes de empezar a limpiar.

—No te preocupes, yo me encargo —digo, y recojo la taza antes de asegurarme de que el té derramado no cae al suelo.

—Lo siento, yo también estoy un poco cansada —admite Alice—. No dormí bien anoche.

—Oh, ¿por algún motivo?

—Eh, no. Creo que solo fue una mala noche.

Alice sigue recogiendo las tazas y apilándolas en una bandeja, que supongo que llevará de aquí a la cocina, al fondo de la sala.

—Bueno, gracias por venir —me dice Alice, antes irse con la bandeja.

Pero no la dejo escapar tan fácilmente.

—Si quieres, te ayudo a fregar —le ofrezco.

—No hace falta, hay un lavavajillas ahí detrás.

—Entonces, te ayudaré a meter las tazas.

Alice debe saber que no puede seguir rechazando mis ofrecimientos de ayuda sin parecer rara o, en el peor de los casos, maleducada, así que accede a regañadientes y la sigo hasta la cocina mientras el resto de las asistentes abandonan la sala.

—Si no te importa que te pregunte, ¿por qué ayudas aquí? —le digo a Alice, mientras empezamos a cargar el lavavajillas—. Quiero decir, no es precisamente el lugar en el que esperaría encontrarme con alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Me refiero a que eres mucho más joven y glamurosa que las demás, si no te importa que te lo diga. No esperaba que estuvieras interesada en tomar el té y galletas con algunas señoras mayores, no parece que sea algo que normalmente encajaría contigo.

—Me gusta estar aquí. Todo el mundo es amable.

—Sí, lo son. Pero supongo que eres voluntaria, así que no tienes obligación de hacerlo, ¿verdad?

—No, supongo que no. Pero no trabajo, así que es agradable mantenerme ocupada y ayudar. La comunidad es algo importante por aquí.

—Ya lo veo. Bueno, quizá tenga que implicarme más. Podríamos organizar algo juntas si quieres.

Me esfuerzo demasiado. Soy demasiado entusiasta. Un poco desesperada. Pegajosa, incluso. Pero todo esto hace que la mujer que está a mi lado se retuerza, así que no hay ninguna posibilidad de que afloje.

Alice parece muy incómoda ante mi sugerencia y no dice nada mientras enciende el lavavajillas y limpia la encimera.

—Gracias por ayudarme. Puedo terminar el resto yo sola —me dice.

—No seas tonta, aún tienes que ocuparte de las sillas —le recuerdo, y vuelvo a la sala principal, donde empiezo a apilar los asientos que acabamos de utilizar para la reunión.

Alice debe estar deseando que la deje en paz, pero estoy disfrutando haciéndola retorcerse, y mientras viene a ayudarme de mala gana, tengo otra idea de cómo hacerla sentir aún peor por lo que ha hecho con mi marido en el pasado.

—Ya sabes, una taza de té está bien, pero ¿qué tal algo más fuerte? —digo con despreocupación—. Podríamos ir a comer al *pub*. ¿Qué te parece?

Alice deja caer la silla que sujeta, que golpea con fuerza contra el suelo de esta sala vacía.

—¿Estás bien? —le pregunto, fingiendo preocupación.

—Sí, se me ha escapado. Lo siento.

Vuelve a coger la silla y la lleva hasta la pila, donde estoy yo.

—Déjame ayudarte con eso —le digo, cogiéndosela, y la añado al montón.

—Creo que ya está —dice Alice, mirando a su alrededor la sala ordenada.

—Eso parece. ¿Qué tal esa bebida?

—Oh, eh. No puedo.

—¿Estás segura?

No podría fingir más decepción aunque lo intentara. ¿Cuándo se anuncian de nuevo las nominaciones a los Oscar?

—Eh, tengo algunas cosas que hacer —dice Alice, posiblemente haciendo un trabajo de interpretación igual de bueno a su manera.

—Es solo una copa. No tenemos que ir a comer.

—Lo siento.

—¿Qué tienes que hacer?

—Eh… unos recados.

—¿Cuáles?

—Eh…

Me divierte ver cómo Alice busca una excusa para no ir al *pub* conmigo, y es interesante ver lo mala que es mintiendo. Debe pensar que soy muy entrometida por hacer tantas preguntas, pero me divierto demasiado jugando con ella como para dejar de indagar.

—Tengo que ir a correos. Y a hacer la compra para la cena de esta noche —me dice al final, y supongo que es una respuesta válida, aunque le haya costado mucho tiempo dar con ella.

—Oh, vale. Es una pena. Tendremos que hacerlo en otro momento, entonces.

—Sí, en otro momento.

Alice coge su abrigo y se dirige a la puerta, y yo la sigo, poniéndome mi propio abrigo y llevando mi paraguas.

Sigue lloviendo cuando salimos y me doy cuenta de que Alice no lleva paraguas, lo que me da otra oportunidad de hacer que se sienta incómoda conmigo.

—¿A dónde vas? Podría acompañarte si quieres y compartir esto —le digo, levantando mi paraguas.

—No, no hace falta. Estaré bien, gracias —me dice, manteniendo la distancia conmigo mientras las gotas de lluvia empiezan a golpear su abrigo—. Será mejor que me vaya. Ha sido un placer conocerte.

Alice se da la vuelta y se marcha tan rápido como puede, pero no mira por dónde va y pisa un gran charco, salpicándose las piernas con el agua.

—¿Estás bien? —La persigo, pero se limita a hacerme un gesto con la mano y sigue su camino, alejándose a toda prisa hasta que dobla la esquina de la calle y desaparece de mi vista.

Permanezco un momento fuera de la iglesia, mientras la lluvia golpea el paraguas sobre mi cabeza, y pienso en lo que acaba de ocurrir. Está claro que a Alice no le gustaba estar cerca de mí, ¿y quién puede culparla? Tampoco puedo decir que me gustara estar cerca de ella, porque me cuesta no ceder a mi deseo más fuerte, que es darle un puñetazo en esa carita tan bonita. Pero yo no soy la mala aquí, lo es ella junto con Drew, así que no voy a dejar que la incomodidad de todo esto me disuada. No he conseguido que se tome una copa conmigo, pero tengo otra idea para hacer que se retuerza, y es incluso mejor que la del *pub*.

Estoy deseando que llegue Drew para contárselo todo.

12

DREW

He atendido a cinco pacientes más desde que Rory entró en mi consulta, pero, a diferencia de lo que he hecho con él, he seguido todos los protocolos. He solicitado todas las pruebas que había que hacer y he prescrito toda la medicación que había que administrar, así que la única prueba de mi mala praxis hasta ahora es el frasco de sangre en la chaqueta de mi traje.

Aunque se acerca el final de la jornada laboral, soy consciente de que aún estoy a tiempo de cambiar de opinión, sacar la muestra de sangre del bolsillo y procesarla para enviarla a analizar. Nadie sabrá que he tenido un breve lapsus moral, y Rory tendrá los resultados que se merece. O podría dejarlo donde está y seguir como si no hubiera hecho nada malo, con la esperanza de que mi conciencia no me remuerda demasiado en los días siguientes.

El hecho de que la sangre siga en mi poder y no esté ya de camino a ser entregada en otro lugar es la prueba de que, a pesar de mis recelos, no me he echado atrás en mi oscura acción. Para cuando Julie me dice que la consulta está cerrada y que hemos terminado por hoy, ya no hay forma de que vuelva atrás. Lo único que tengo que hacer es mantener la calma mientras me llevo la muestra a casa y me deshago de ella allí, y se acabó. Pero, antes de ponerme la chaqueta y marcharme, decido enviar otro mensaje a Alice.

Aún no me ha respondido al primero, pero sé que lo ha leído. Al menos no me ignora por completo, y eso me da valor para intentarlo una vez más.

Hola. Espero que hayas tenido un buen día. Todavía tenemos que hablar. ¿Nos vemos en la playa esta noche a las ocho? ¿Cerca del cartel de los socorristas? Dile a Rory que vas a dar un paseo o algo así. Le diré a Fern lo mismo. De verdad necesito verte. Drew x

Estoy contento con lo que he escrito, así que pulso enviar y espero lo mejor. Para mi sorpresa, recibo una respuesta casi de inmediato.

Vale. Estaré allí. Necesito hablar contigo también.

Genial, ha accedido a quedar conmigo. Vale, no hay beso ni ninguna muestra de cariño al final de su mensaje, pero esto servirá por ahora. Es un comienzo. Está dispuesta

a hablar. Es algo sin importancia, pero al instante siento cómo se disipa la nube oscura que se cernía sobre mí. De repente, la vida no parece tan sombría después de todo.

Gracias. No puedo esperar a verte x

Me pregunto si responderá a eso, pero no lo hace. No importa, tengo lo que quería: una reunión. Ahora, todo lo que tengo que hacer es asegurarme de que salga bien.

Salgo de la consulta y me despido de Julie con la mano, aunque tengo cuidado de no hacer movimientos bruscos por si se me cae la muestra de sangre del bolsillo de la chaqueta al irme. Me siento mejor una vez que estoy en mi coche y empiezo a conducir, y para cuando llego a casa, estoy seguro de que me saldré con la mía. Solo tengo que asegurarme de que Fern no me ve con la sangre, pero está en la ducha cuando vuelvo, así que aprovecho para deshacerme de las pruebas.

Coloco el frasco sobre el fregadero, lo abro y vierto el contenido por el desagüe, antes de abrir el grifo para asegurarme de que todo el líquido rojo se ha ido. Luego lo meto en el cubo de la basura, enterrándolo debajo de algunos de los residuos que ya hay, y, una vez hecho esto, cojo la bolsa de basura y la saco fuera, donde la tiro al cubo y calculo cuánto falta para que la recojan. Los basureros vendrán mañana, así que perfecto. Ahora, todo lo que tengo que hacer es volver dentro y fingir que no acabo de hacer algo que habría horrorizado al joven e inocente médico que era. Aunque, en realidad, no soy ese médico desde hace tiempo, mucho antes de llegar a este pueblo y añadir otra mancha negra a mi historial profesional.

Me sirvo una copa de vino y me siento a la mesa, oyendo el crujido de la silla de mimbre que sostiene mi cuerpo cansado mientras espero a que Fern termine de ducharse y baje. Esto me da el tiempo que necesito para procesar mis acciones y justificarlas en mi cabeza un poco más.

Rory probablemente esté bien. Lo que acabo de hacer no marcará ninguna diferencia en el gran esquema de las cosas. Y, si está enfermo, tal vez ya sea demasiado tarde de todos modos.

Sintiéndome mejor, pero quizá solo por el vino, me sirvo otra copa antes de que Fern haga acto de presencia y me pregunte cómo me ha ido el día.

—Bien. Sin dramas —le digo—. ¿Y el tuyo? ¿Fuiste al pueblo?

—En realidad, sí —me dice. Toma nota de mi bebida y se prepara una para ella antes de unirse a mí en la mesa—. Fui a la reunión para tomar café en el salón parroquial.

—¿Cómo fue?

—Estuvo bien. Más o menos lo que esperaba.

—¿Hiciste alguna amiga?

—Una, en realidad. Alice, la mujer de Rory.

Trago saliva antes de sonreír con inquietud. Sabía que se encontrarían en algún momento. Tranquilo, Drew.

—Estupendo. Me alegro de oírlo.

—Sí, es encantadora. Tuvimos una agradable charla. La ayudé a recoger al final.

—Bien. Muy bien.

Vuelvo a coger la botella de vino, las manos me tiemblan ligeramente al pensar en las repercursiones de que Fern se haga amiga de Alice. Había supuesto —o más bien esperado— que Alice sería lo bastante sensata como para mantener las distancias con mi mujer, pero quizá sea más fácil decirlo que hacerlo si Fern está desesperada por hacer una amiga. Mi mujer debe estar poniendo todo su empeño en entablar amistad, mientras que mi examante solo tiene que sonreír y soportarlo, al igual que estoy haciendo yo en este momento.

—Sí, creo que podríamos llegar a ser buenas amigas.

—¿En serio?

Me tiembla la mano mientras me sirvo otra copa.

—Sí, ¿por qué no? Tenemos una edad similar, ambas venimos del mismo lugar y las dos hemos acabado viviendo aquí. Creo que sería raro si no nos hiciéramos amigas, ¿no te parece?

—No lo sé. Que tengáis algunas cosas en común no significa que os vayáis a llevar bien.

—Supongo. Imagino que el tiempo lo dirá. Estaba pensando que, para ayudar a que las cosas avancen, podría invitarla a cenar. A Rory también. ¿Qué piensas?

La botella de vino se me escapa de las manos y, a pesar de mis esfuerzos, no consigo atraparla a tiempo, por lo que rueda por la mesa antes de estrellarse contra el suelo, creando una mancha roja sobre las baldosas blancas, una mancha de un color tan vivo que no se diferencia demasiado de la sangre que había en el fregadero hace un momento.

—¿Qué haces? —grita Fern, mientras se levanta de un salto y corre a coger el rollo de cocina.

—Espera. Ten cuidado. Yo lo haré —le digo mientras me hago cargo, no queriendo que se arriesgue a cortarse con los cristales rotos.

—¿Cómo ha ocurrido?

—No lo sé. Solo se me ha escapado.

No pensaba montar semejante lío, pero al menos ha impedido que Fern hable de invitar a Alice y a Rory. Para cuando termino de limpiar, espero que se haya olvidado de lo que ha dicho. Pero no hay suerte.

—Entonces, ¿qué piensas?

—¿Sobre qué?

—¿Sobre invitar a Alice y Rory a cenar aquí? Podría preparar una buena comida y tomaríamos algo de vino. Esperemos que no se vuelva a caer la botella al suelo.

Está bromeando, pero no puedo reírme porque nada de lo que acaba de decir es gracioso. Pensar en Alice y Rory en esta casa, sentados a la mesa con Fern, es mi idea del infierno. No solo sería increíblemente incómodo para Alice y para mí, sino que las dos tendríamos que fingir que todo va bien, y no estoy seguro de que seamos capaces de hacerlo. Tal vez lo seamos, pero no me gustaría correr ese riesgo, no cuando hay tanto en juego.

—No lo sé. Acabamos de mudarnos. Apenas hemos tenido tiempo de instalarnos.

Creo que es un poco pronto para empezar a planear cenas.

—Solo intento ayudarnos a hacer amigos aquí. No conocemos a nadie.

—Aún es pronto. Tenemos todo el tiempo del mundo. Y, si quieres relacionarte con la gente, hay un *pub* muy bueno en el pueblo para eso. Allí podemos comer y beber hasta hartarnos, pero sin las molestias de organizar y recoger después.

—No entiendo por qué no los quieres aquí. ¿Pasa algo malo?

—No, claro que no.

Maldita sea, no se me ocurre otra forma de hacer que Fern desista sin que parezca raro.

—Entonces, ¿por qué no puedo invitarlos?

—Bien. Puedes invitarlos. Pero todavía no, ¿vale?

—¿Por qué no?

Ya lo tengo. Una excusa para que no vengan aquí todavía.

—Porque Rory vino a verme hoy y creo que puede sucederle algo malo.

—¿Cómo?

No debería hablar de este tipo de cosas, pero es necesario.

—Ha venido hoy para una revisión. No puedo decirte nada más, pero no estoy seguro de que una cena sea lo que necesita ahora.

—¿Se va a poner bien?

—Sí, estoy seguro de que estará bien. Aunque parecía un poco estresado. Muy distraído, lo cual es comprensible. No creo que sea una gran compañía en este momento. Tal vez deberíamos posponer los planes para una invitación por ahora, ¿de acuerdo?

Me siento aliviado cuando Fern lo toma como una razón lo bastante buena para abandonar la idea, y con el desastre potencial de una cena evitado al menos por un tiempo, me ofrezco a ayudar a preparar la cena. Fern acepta y cocinamos juntos un poco de pollo y arroz con algunas verduras antes de sentarnos a cenar. Me aseguro de mirar el reloj porque tengo una cita con Alice y no quiero arriesgarme a llegar tarde.

Una vez terminada la cena y después de limpiar, Fern sugiere que veamos una película, pero yo tengo otras ideas.

—Estaba pensando en dar un paseo esta noche.

—Ah, vale, iré contigo. ¿A dónde vamos?

Maldita sea.

—Bueno, en realidad, es menos un paseo y más correr.

—¿Correr? ¿Desde cuándo haces footing?

—Quiero empezar a hacerlo. Tengo que ser más activo. No puedo decirles a mis pacientes que hagan más ejercicio si no sigo mis propios consejos.

—Pero odias hacer ejercicio.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Me dijiste que no es tan importante como lo pintan otros profesionales de la medicina. ¿Te acuerdas? Dijiste que es cuestión de suerte si enfermamos o no, y que, por mucho que corramos, levantemos pesas o comamos ensaladas, eso no cambiará.

—No creo que fuera tan directo.

—Lo fuiste.

—Bueno, tal vez me equivoqué. Puedo cambiar de opinión, ¿no? Me refiero a que está claro que todas esas cosas son importantes.

—¿Por dónde vas a correr?

—No lo sé. Tal vez por el pueblo. O a lo mejor por la playa.

—Ten cuidado. Está oscuro ahí fuera.

—Estaré bien.

Subo a ponerme los pantalones cortos y la camiseta y me muevo deprisa, porque temo que Fern se ofrezca a correr conmigo. Tiene razón, odio el ejercicio y nunca he sido una persona muy activa, aunque en parte se debe a que siempre he tenido un metabolismo rápido, así que el aumento de peso no deseado nunca ha sido un problema para mí.

Claro que puede que desconfíe de mi deseo de salir a correr, pero es una buena razón para que salga de casa un rato, y eso es todo lo que necesito. No estoy seguro de cuánto tiempo voy a estar con Alice en la playa, pero estoy dispuesto a estar allí el que haga falta. Y quién sabe: si hacemos algo de ejercicio, al menos podré volver algo sudoroso y Fern creerá de verdad que acabo de salir a correr.

Perfecto.

13

FERN

Mi marido está “saliendo a correr”.

Sí, claro. Y los cerdos pueden volar.

No me creo ni una palabra de lo que me ha dicho Drew de que quiere hacer algo de ejercicio esta noche, y aunque tiene el aspecto adecuado para hacerlo, con camiseta, pantalones cortos y zapatillas de deporte, cuando está junto a la puerta y se prepara para salir, sospecho que la única actividad física que tiene en mente involucra a esa mujer.

Debe dirigirse a ver a Alice. Que así sea.

Aunque solo hay una forma de averiguarlo.

Me despido de él con la mano mientras desaparece por la puerta principal antes de ponerme en acción, coger mis zapatos y ponerme el abrigo, para después asomarme al exterior para ver hasta dónde ha llegado.

Puedo ver su silueta en la oscuridad. Acaba de girar a la izquierda en nuestro camino de entrada y ahora camina calle abajo. Camina, no corre. Ni siquiera hace el esfuerzo de seguir con su mentira. Debe pensar que soy estúpida.

Espero unos segundos más antes de abrir la puerta principal y salir sigilosamente, cerrándola con cuidado para no hacer ruido y no avisar a Drew de que lo estoy siguiendo. Luego salgo en la misma dirección que él, manteniéndome a una distancia prudencial, pero sin perderlo de vista mientras camina delante de mí.

Lo sigo por la calle y doblo la curva antes de que se acerque a la playa. Lo veo mirar hacia atrás por encima del hombro en un momento dado, pero me agacho detrás de un coche aparcado y mantengo mi presencia en secreto.

Así que se va a encontrar con ella en la playa, ¿no? ¿Una pequeña cita junto al agua bajo las estrellas?

Qué romántico.

Qué asco.

Decido no seguirlo hasta la playa por la falta de lugares donde esconderme en caso de que se dé la vuelta y mire de nuevo hacia atrás y permanezco en la carretera, pero sin perderlo de vista. Cuando finalmente se detiene, lo veo de pie junto al letrero de los socorristas, y supongo que ese es el lugar donde ha quedado con Alice.

Pero ¿dónde está?

Pasan diez minutos y no hay ni rastro de ella, y me pregunto si habrá dejado plantado a mi marido. Parece tan patético allí solo... Supuestamente está corriendo y, sin embargo, está parado junto a la señal, buscando a alguien con la mirada. Al final, la encuentra.

Veo el destello rubio a la luz de la luna y sé que es ella, aunque todavía no puedo verle la cara. También reconozco ese andar seguro, y mantengo la mirada en Alice mientras se acerca a Drew antes de que por fin vuelvan a estar juntos.

Ahora que lo están, ¿se abrazarán? ¿Se besarán? ¿Empezarán a revolcarse juntos por la arena? No, no hacen nada de eso, aunque parece que Drew está más que deseoso de salvar la distancia que los separa. Alice parece un poco más tímida y, mientras veo cómo empiezan a hablar, me gustaría poder oír lo que dicen. Por desgracia, no hay forma de que me acerque a ellos sin delatarme, así que me quedo donde estoy y me conformo con tenerlos a la vista.

La conversación se alarga un rato y, en un momento dado, parece que se acalora un poco, a juzgar por cómo Drew alza las manos en el aire con exasperación. Ahora también está alzando la voz, pero sigo sin distinguir las palabras, lo cual es muy frustrante. Me alegra el hecho de que parezca que no todo va bien entre estos dos tortolitos, y ciertamente lo parece, ya que la reunión termina sin que ninguno de los dos se abrace.

Alice se da la vuelta para marcharse y, aunque Drew intenta que se quede, ella lo rechaza y se marcha, dejándolo de nuevo solo en la playa.

Vaya, no me lo esperaba. ¿Se acabó la aventura? ¿Drew se mudó aquí pensando que podría retomarlo donde lo dejaron, solo para descubrir que Alice tiene otras ideas? Si es así, parece que ella ha cambiado, mientras que mi marido no. Si ese es el caso, entonces supongo que Rory tiene suerte, porque puede que su mujer lo quiera después de todo. Pero está claro que mi compañero sigue siendo tan canalla como antes de mudarnos aquí, y ahora que lo tengo tan claro como el agua, tendré que decidir qué voy a hacer al respecto.

Primero, tengo que llegar a casa antes que Drew.

Resulta que, después de todo, al menos uno de los dos va a hacer algo de ejercicio esta noche, porque no tengo más remedio que empezar a correr calle abajo para asegurarme de llegar antes a casa. Al igual que mi marido, nunca he sido demasiado activa, pero tengo algo de fondo y consigo llegar a casa sin quedarme sin aliento. Estoy sudando un poco, así que me quito rápidamente los zapatos y el abrigo antes de ir al baño y echarme un poco de agua en la cara para refrescarme. Luego me tumbo en el sofá y enciendo la tele, que es donde estoy cuando Drew vuelve quince minutos después, con un aspecto mucho menos sudoroso que el mío hace un momento.

—¿Qué tal tu carrera? —le pregunto despreocupada, antes de volver la cabeza hacia la pantalla.

—Bien. Voy a darme una ducha.

Lo oigo subir las escaleras y desvestirse ruidosamente antes de cerrar la puerta del baño y abrir el grifo. Está de mal humor. Igual que ayer. Me pregunto si fue la primera vez que se dio cuenta de que Alice no era tan receptiva a sus encantos como antes.

Hay problemas en el paraíso.

Intento concentrarme en la tele mientras espero a que se reúna conmigo, pero no vuelve a bajar después de ducharse y acabo teniendo que subir a buscarlo. Cuando lo hago, ya está en la cama, tumbado bajo el edredón y mirando algo en el móvil.

—¿Qué haces? —le pregunto, mientras baja el teléfono al verme entrar.
—Nada. Estoy cansado después de correr. Necesitaba descansar un poco.
—No te habrás pasado, ¿verdad?
—No, estoy bien. Solo me estoy relajando.
—¿Está todo bien?
—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?
—Parecías un poco malhumorado cuando volviste.
—¿De verdad?
—Sí.
Drew se encoge de hombros antes de volver a decirme que está bien.
—Vale. Puede que yo también me acueste pronto.
Recorro rápidamente la casa apagando las luces antes de reunirme con él en la cama. Aunque no dice nada, percibo su desesperación. Debe sentirse como un idiota por haber venido a buscar a Alice para que ella lo rechace. La pregunta es: ¿qué va a hacer al respecto?
—He estado pensando que, después de todo, quizá no estoy hecho para la vida de pueblo —me confiesa de sopetón unos minutos más tarde.
—¿Qué?
—Esto es muy tranquilo, ¿verdad?
—¿Qué esperabas?
—No lo sé. Ha sido todo un cambio.
—¿No te gusta?
—No estoy seguro. ¿Y a ti?
—Está bien.
—Sí...
La voz de Drew se va apagando, pero yo mantengo la conversación.
—¿Qué estás diciendo? ¿Quieres irte? ¿Volver a Manchester?
—No lo sé.
—Te das cuenta de que fue idea tuya venir aquí, ¿no?
—Sí.
—Yo era feliz allí. Tú fuiste quien hizo que nos mudásemos. No estaríamos aquí si no fuera por ti.
—Vale, cálmate.
—Me cuesta entender cómo has podido cambiar de opinión de repente. No podías estar más feliz cuando llegamos aquí. ¿Qué ha pasado desde entonces?
—Nada.
—¿Me estás diciendo la verdad?
—Sí.
Otra oportunidad para que mi marido se sincere conmigo. Otra mentira más que ha salido de su boca.
—Si ha pasado algo, lo que sea, puedes decírmelo —le digo, dándole otra oportunidad de hacer lo correcto—. Soy tu mujer. Puedes ser sincero conmigo.
Ja. Lo absurdo del asunto casi me hace reír, pero me mantengo en mi papel.

—No ha pasado nada —vuelve a mentir Drew—. Solo estoy pensando en voz alta. Pero soy feliz aquí. De verdad que lo soy.

Supongo que ha decidido no renunciar a Alice todavía. Parece que nos quedamos. Y lo que es más importante: parece que no va a renunciar, a pesar de no las cosas no van como él esperaba, en lugar de tomar una decisión más prudente.

—El sábado hay una fiesta en el pueblo —le digo, mientras apagamos las luces y nos hundimos más en las almohadas—. Quizá podríamos ir a echar un vistazo. Podría ser divertido.

—Claro —responde Drew, antes de darse la vuelta y darme la espalda.

Miro su torso en la oscuridad hasta que oigo sus suaves ronquidos, antes de darme la vuelta e intentar descansar un poco. Pero es difícil cuando lo único en lo que puedo pensar es en que mi marido sigue siendo el mismo hombre que era cuando empezó su aventura.

Tal vez haya una oportunidad para que Alice evite mi ira, pero ¿Drew? Se la merece, eso está claro. Aceptar mudarse aquí era una prueba, y ha fallado miserablemente. No importa que su amante parezca estar harta de él.

Aún no he terminado con él.

Ni de lejos.

14

DREW

Siempre es agradable cuando brilla el sol el fin de semana, y el cielo es de un azul perfecto cuando Fern y yo salimos de casa y nos dirigimos a la fiesta del pueblo, que debería estar empezando ahora mismo. Por lo que Fern me ha contado, va a haber un montón de puestos de comida y bebida, así como diversos artículos a la venta, como velas y otras tonterías que nadie necesita pero que seguramente comprarán. Al parecer, también habrá música en directo, lo que contribuirá al ambiente, así como una carpa de la cerveza, que estoy deseando explorar, y mientras camino junto a mi mujer en dirección a la música, casi se me podría perdonar que piense que va a ser un sábado agradable.

Casi.

Nunca dejo de pensar en Alice y, si soy sincero, la única razón por la que voy a esta fiesta es porque tengo la esperanza de verla allí. No podré hacer mucho si está allí, no con Fern y probablemente con Rory también, pero solo verla ya será algo. La echo mucho de menos, y las palabras que me dijo en la playa la otra noche aún resuenan en mis oídos, repitiéndose una y otra vez mientras intento darles algún sentido.

La reunión con Alice no fue nada bien. Me alegré de que se presentara a la hora y en el lugar acordados, pero eso fue lo único bueno, porque a continuación volvió a insistir en lo que ya me había dicho durante nuestra primera reunión en mi consulta.

"Vine aquí para alejarme de ti".

"Intento hacer que mi matrimonio funcione".

"Déjame en paz".

"Se acabó".

Probé todos los trucos posibles para hacerla cambiar de opinión, desde rogarle hasta incluso amenazarla con contarle a su marido lo que había pasado entre nosotros. Lo único que no hice fue hablarle de la consulta que me hizo Rory y de mis sospechas de que le pasa algo grave. Estuve a punto de hacerlo, pero decidí guardármelo para mí por el momento, sobre todo después de lo que había hecho con el análisis de sangre. Si la situación no mejora para mí, entonces no tengo miedo de jugar esa carta, usando la idea de que ella está casada con un hombre enfermo para hacer que vea que ha cometido un error y me elija después de todo. Eso sería romper los límites de la confidencialidad médico-paciente, pero al diablo con eso cuando hay mucho más en juego para mí aquí.

Teniendo en cuenta lo tranquilo y casi inerte que ha estado este pueblo desde que llegué aquí, me sorprende verlo tan concurrido cuando llegamos a la fiesta y vemos cuánta gente ha venido. Debe haber un par de cientos de personas aquí. Seguro que

también hay algunos turistas, y todos se mezclan en los puestos mientras un músico toca la guitarra en un gran escenario.

—Esto tiene una pinta increíble —dice Fern, antes de sentirse atraída inmediatamente hacia un puesto que vende tablas de cortar decorativas.

Me quedo detrás de ella mientras curiosea, detectando un fuerte olor a cebollas fritas procedente de uno de los muchos puestos cubiertos de banderines rojos y azules, mientras oteo a la multitud en busca de cualquier señal de Alice, aunque sé que intentar localizarla en un lugar tan concurrido como este será como tratar de encontrar una aguja en un pajar. Es difícil no sentir que hoy voy a sufrir otra decepción más en una larga lista de ellas.

—¿Qué te parece esta para nuestra cocina? —me pregunta Fern, sosteniendo una tabla de cortar con la forma de una rosa tallada en ella.

—Sí, está bien —digo, encogiéndome de hombros. La verdad es que no me interesa. Pero sí me interesa cuando Fern me dice cuánto cuesta.

—¡Cincuenta libras! —exclamo un poco más alto de lo que había planeado, y noto la expresión malhumorada de la mujer que está detrás del puesto, que obviamente considera que sus artículos tienen un precio justo.

—No seas tacaño, tenemos que apoyar al comercio local —me dice mi mujer, antes de ordenarme que saque la cartera y le entregue el dinero.

Hago lo que me dice, aunque sigo sin estar contento, sobre todo porque la dueña del puesto ahora tiene una gran sonrisa en la cara después de recibir mi dinero, lo que me hace pensar que, después de todo, puede habernos estafado.

Seguimos deambulando entre la multitud, aunque me alegra ver que Fern no tiene ningún interés en gastar más de mi dinero duramente ganado en cosas que no necesitamos. Nos apetece beber algo y, cuando llegamos a la carpa de la cerveza, estoy deseando ponerme a la cola. Pero, justo antes de hacerlo, recibimos otra calurosa bienvenida al pueblo, esta vez de Pat y su mujer, Sheila. Pat me dice que dirige la carnicería local y que tendré que ir a comprar allí las salchichas ahora que vivo cerca.

Le prometo que lo haré antes de responder a algunas de sus preguntas sobre cómo es ser médico, antes de separarme para comprarme una pinta y saciar mi sed. Una cerveza se convierte rápidamente en dos y, aunque todavía tengo muchas cosas en la cabeza, empiezo a relajarme un poco, ya que no solo me ayuda el alcohol, sino también la potente combinación del sol y el ambiente bullicioso del lugar. Fern también se está divirtiendo y está hablando con una pareja que parece un poco mayor que nosotros, así que espero que se prende de ellos y esté interesada en invitarlos a cenar, olvidándose en el proceso de Alice y Rory.

Y entonces los veo. Caminando de la mano por el puesto de pasteles. Él, diciéndole algo a ella y ella, riendo en respuesta. Parecen felices. Contentos. Como una pareja casada.

Me siento mal solo de verlos, pero no me han visto, así que puedo seguir castigándome siguiéndolos con la mirada mientras se mueven entre la multitud. Solo cuando se acercan me doy cuenta de que se dirigen a la carpa de la cerveza, la misma en la que estoy yo, y de repente se me ha hecho demasiado tarde para quitarme de en

medio antes de que me pillen mirando.

—Hola, Drew. ¿Cómo te va? —me pregunta Rory, extendiendo la mano para saludarme.

—Oh, hola, Rory. Estoy bien, gracias. ¿Y tú?

Nos estrechamos las manos mientras Alice y yo establecemos contacto visual, pero ella baja enseguida la mirada y es evidente que no tiene ningún interés en quedarse a charlar. Por desgracia para ella, su marido sí.

—No es una mala manera de rematar tu primera semana aquí, ¿verdad? —dice Rory, señalando toda la actividad que nos rodea.

—No, no me puedo quejar —digo antes de volver a mirar a Alice, que sigue optando por evitarme.

—Esa cerveza tiene buena pinta. Puede que me tome una —dice Rory—. ¿Quieres un trago?

Mira a su mujer, y ella niega con la cabeza, pero parece que se arrepiente cuando Rory le dice que va al bar y que se reunirá con ella de nuevo aquí. Entonces la deja a solas conmigo y, aunque a ella no le guste, aprovecho mi oportunidad.

—Estás estupenda —le digo, mientras tengo cuidado de comprobar que Fern sigue ocupada con la otra pareja y no puede oírnos.

—Gracias —murmura Alice en un susurro apenas audible por encima de la música del escenario.

—¿Sabes?, no tienes que ser tan fría conmigo. Creo que merezco algo mejor que esto.

—No estoy siendo fría.

—Apenas me miras.

Eso es quedarse corto. Los ojos de Alice están puestos en todos los que están aquí, excepto en la persona que está hablando con ella.

—Intento que no sea evidente.

—¿Que no sea evidente el qué?

—Que tenemos un pasado.

—Va a ser más evidente si sigues actuando como si no me soportaras.

—No estoy haciendo eso.

—Ah, ¿no?

La distancia entre nosotros parece un abismo.

—Tenemos que mantenernos alejados el uno del otro.

—¿Por qué?

—Porque sí.

—Eso no tiene ningún sentido. Bien, si no me quieres, tendré que aceptarlo. Pero nos vamos a ver mucho porque vivimos en un pueblo pequeño, y eso no puedo evitarlo.

—No me refiero a eso.

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Ya sabes lo que quiero decir.

Tengo que pensarlo un momento antes de ver a dónde quiere llegar Alice. La forma en la que me mira. Ahora lo veo. No me odia, en absoluto. Tan solo no confía en sí misma cerca de mí.

—Sigues sintiéndote atraída por mí —me doy cuenta, y me cuesta disimular la alegría que surge de mi interior.

—Estoy tratando de hacer lo correcto por Rory.

—¿Negándote a ti misma lo que quieres en realidad?

—Siendo una mejor persona. La persona con la que se casó.

—¿Y siendo infeliz en el proceso? Eso me parece estúpido.

—Mejor ser estúpido que mentir.

—Es un poco tarde para eso.

Le dirijo una sonrisa irónica a Alice, pero ella no me la devuelve.

—Esa cola ha ido más rápido de lo que pensaba. ¡Salud!

Me doy la vuelta y me doy cuenta de que Rory se ha vuelto a unir a nosotros, ahora armado con una pinta de cerveza y acercando su vaso de plástico al mío.

—Oh, salud —respondo, y chocamos los vasos antes de que él beba un sediento trago. Entonces reaparece Fern, y me molesta no poder continuar mi conversación privada con Alice. Me enfado aún más cuando Fern vuelve a sacar el tema de la invitación a cenar.

—¡Me alegro de veros! La otra noche le dije a Drew que deberíamos invitaros a cenar alguna vez.

—Eso sería maravilloso —responde Rory con entusiasmo—. ¡Cuando queráis!

—Espera un momento —digo, tratando de impedir cualquier plan por el momento.

Pero Fern está demasiado ansiosa y lo demuestra sugiriendo una cita para cenar con muy poca antelación.

Esta noche.

—Seguro que ya tienen planes para esta noche —digo.

Alice me da la razón diciendo que cree que ya tienen algo en la agenda. Pero Rory no está tan convencido.

—Estoy bastante seguro de que esta noche estamos libres —nos dice Rory antes de consultarlo con Alice, pero es evidente que no se le ocurre nada para sacarnos de este lío.

—Estupendo. Bueno, si no tenéis planes, nos encantaría invitaros. ¿Qué tal a las ocho?

—¡Allí estaremos! —dice Rory, antes de levantar su cerveza hacia mí otra vez.

Esta vez, no tengo ganas de chocar el vaso con él. En lugar de eso, me gustaría poder tirarle mi bebida a la cara y largarme de aquí, porque, a pesar de pensar que venía a este pueblo para volver a hacer mi vida más emocionante, hasta ahora, lo único que he conseguido es juntar en el mismo sitio a cuatro personas que siempre deberían haber estado separadas.

Esta noche va a ser complicada, no me cabe duda.

Pero intentaré ver el lado positivo. Es una noche con Alice, aunque no estemos solos.

Eso es mejor que nada.

¿Verdad?

15

FERN

Es la primera vez que soy anfitriona en mi nueva casa, así que estoy un poco nerviosa, pero no solo porque espero que mis invitados disfruten de la cena que les he preparado. Es porque será la primera vez que esté cerca de Alice durante un periodo prolongado de tiempo y en un entorno mucho más íntimo que el café matutino de principios de semana.

Las mariposas en el estómago me ponen nerviosa, pero dudo que me sienta tan ansiosa como mi marido. ¿Qué estará pensando ahora? ¿Se siente obligado a sentarse con su amante y el marido de esta a la mesa mientras yo me siento a su lado y finjo que todo va bien? Me sorprende que aún no se haya puesto enfermo. O tal vez sí. Volvimos de la fiesta hace un par de horas y apenas lo he visto desde entonces.

—¿Va todo bien ahí arriba? —le pregunto por las escaleras.

—No —me grita Drew.

Y decido subir a investigar. Cuando llego al dormitorio, lo encuentro tumbado en la cama con un paño húmedo en la frente.

—¿Qué te pasa?

—No me encuentro bien.

—¿Estás enfermo?

—Tal vez.

Voy a tocarle la cara para comprobar su temperatura, pero se aparta y no puedo.

—¿Qué ha pasado? Estabas bien en la fiesta.

—No lo sé. Me duele la cabeza y me siento un poco mareado. Tal vez fue algo que comí.

—Hemos comido lo mismo y yo estoy bien.

—Tal vez sea otra cosa.

Miro con el ceño fruncido a mi marido, que claramente está fingiendo estar enfermo para intentar librarse de lo que sería una cena muy incómoda para él. Pero, al igual que un padre que sabe que su hijo está jugando solo para tratar de librarse de un día en la escuela, no tengo paciencia para ello.

—Bueno, será mejor que te levantes y te encuentres mejor porque nuestros invitados llegarán en breve —digo, dando una palmada y demostrándole que no tengo tiempo para estas tonterías.

Pero Drew no se rinde tan fácilmente.

—No estoy seguro de estar lo bastante bien para la cena —se queja antes de tocarse la frente “febril”—. Puede que tengamos que cancelarla.

—¿Qué? ¿Hablas en serio?

—Lo siento, pero no es culpa mía que esté enfermo.

—No puedo cancelarlo ahora, es demasiado tarde. Casi es la hora. Seguro que ya están de camino. Será grosero.

—No, no lo será. Todavía hay tiempo.

—He hecho la cena. Está casi lista para servir.

—Lo siento.

—Bueno, yo también lo siento, pero no voy a cancelarlo. Todavía no tenemos amigos aquí y esta noche es una oportunidad perfecta para hacer algunos, así que no me lo voy a perder.

—¿Estás de broma? Yo lo cancelaría si estuvieras enferma.

—¿Lo harías? ¿Qué me dices de la fiesta con los Harper en Manchester aquella vez? Estuve vomitando toda la tarde, y aun así insististe en ir.

—Era una fiesta de cumpleaños. Fue diferente.

—Esto también es diferente. Es nuestra primera oportunidad de tener amigos en nuestra nueva casa, y no pienso perdérmela. Ahora, o te levantas, te duchas y bajas a acompañarme, o tendré que decirles que no estás bien y puedes quedarte aquí arriba. Pero no voy a cancelarlo.

Salgo a grandes zancadas de la habitación, sin sentirme en absoluto culpable por lo poco comprensiva que acabo de ser con la “difícil situación” de mi marido. Sé que no es más que una fachada y que intentará lo que sea para alejar a Alice de mí esta noche. Lástima que no le vaya a funcionar.

De vuelta en la cocina, compruebo la comida en el horno y veo que está casi lista, así que bajo un poco la temperatura y miro la hora. Nuestros invitados llegarán en cualquier momento. Me pregunto cómo estará Alice. Imagino que tan enferma como Drew. También me pregunto si habrá intentado algún truco de última hora, como fingir una enfermedad y esperar que su pareja cancele por ella. No me extrañaría. Tanto ella como Drew son pequeñas almas retorcidas. Pero tengo la sensación de que Rory tiene tantas ganas de hacer nuevos amigos como yo, así que espero que él tampoco la deje cancelar.

La llamada a la puerta cinco minutos después me dice que la cena sigue en pie, y me quito rápidamente el delantal antes de lavarme las manos y respirar hondo.

Ya está.

Que comience el espectáculo.

—¡Muchas gracias por venir! —exclamo, mientras abro de par en par la puerta principal y recibo a mis invitados con los brazos abiertos.

—Gracias por invitarnos —dice Rory mientras me saluda con la misma calidez, y veo que ha traído una botella de champán para la ocasión.

Alice se muestra menos entusiasmada mientras se queda detrás de él, pero me aseguro de darle un fuerte abrazo al entrar, apretándola lo justo para, con suerte, hacerle un poco de daño, antes de decirles a mis invitados que se pongan cómodos.

—Drew estará con nosotros en un minuto —les digo—. ¿Qué tal si nos sirvo unas copas mientras tanto?

—Eso suena muy bien. Podemos abrir esto si quieres.

Rory me da el champán y yo asiento con la cabeza en señal de aprobación, antes de ir corriendo a la cocina y sacar cuatro copas de champán.

El sonido de un corcho al descorchar una botella suele indicar el comienzo de una celebración, pero Drew no parece estar de humor para fiestas cuando aparece en el piso de abajo, con un aspecto notablemente pálido, aunque sospecho que tiene que ver con la presencia de Alice y no con nada que haya consumido hoy.

Fingir una intoxicación alimentaria. Debe pensar que nací ayer.

—¡Salud! —digo, después de entregar a cada uno una copa, y todos brindamos, aunque algunos con más entusiasmo que otros.

Le pido a Drew que tenga la amabilidad de sentar a nuestros invitados en la mesa mientras yo sirvo la comida, y él hace lo que le digo a regañadientes, guiando a la pareja fuera de la cocina mientras Rory parlotea sobre lo maravillosa que es nuestra casa y Alice lo sigue en silencio.

—Esto tiene una pinta estupenda —dice Rory, una vez que he empezado a llevar la comida a la mesa.

Como sospechaba, la combinación de carnes cocidas y ensalada que he preparado parece que va a ser un éxito.

—Servíos vosotros mismos —digo, mientras indico a mis invitados que vayan a comer, y ambos empiezan a añadir comida a sus platos, a la vez que Drew se sienta desganado frente a Rory y mira lúgubremente su copa de champán.

Me hace gracia que mi marido haya podido pensar que podía venir aquí, a este pueblecito, y reavivar su relación con Alice sin considerar la posibilidad de que yo pudiera entablar amistad con ella e invitarlos a cenar. Pero así es mi marido. Nunca piensa en los demás, solo en sí mismo. Y mira en el lío en el que se ha metido ahora.

Como era de esperar, somos Rory y yo los que llevamos el peso de la conversación durante la cena, mientras que Drew y Alice se dedican sobre todo a picotear la comida en sus platos y a sorber sus bebidas con cuidado de que no les pillemos mirándose demasiado. Hablamos de la vida en Manchester y de todo lo que eso conlleva, así como de lo cerca que está Escocia ahora y de cómo ofrece la oportunidad perfecta para escapadas rápidas de fin de semana.

—¡Deberíamos ir todos a la frontera a pasar un fin de semana en pareja! —digo, como si la idea se me hubiera ocurrido al azar y no fuera algo que estoy diciendo para que Drew y Alice se retuerzan aún más.

—¡Me parece una idea fantástica! —me dice Rory, y levanta su copa hacia mí antes de volver a su comida.

No he dejado de notar que no está comiendo demasiado rápido, ni mucho.

—¿Está todo bien con tu comida? —le pregunto tras observarlo un rato más.

—Oh, sí, está muy buena, gracias. Me temo que últimamente no tengo mucho apetito.

Entonces no puedo evitar mirar a Drew porque sé que me dijo que Rory había ido a verlo y me pregunto si esto tendrá algo que ver. Mi marido también está mirando la comida en el plato de Rory y está claro que ha notado que no está comiendo como debería hacerlo un hombre adulto.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto a Rory—. Si no, Drew podría echarte un vistazo.

—Oh, no, no hay necesidad de eso. Dejemos que el buen doctor disfrute de su tiempo libre.

—No le importa, ¿verdad, Drew?

Pongo a mi marido en un aprieto, y veo que tiene que hacer lo más educado y decir que estaría encantado de echar un vistazo a Rory si le apetece.

—¿Qué tal si terminamos de comer y luego las chicas os dejamos un momento juntos? —sugiero con despreocupación, y de verdad debería ser nominada para algún premio de interpretación basado en mi actuación aquí esta noche. Hago todo lo que está en mi mano para que los dos tramposos de la mesa se sientan lo más incómodos posible y, sin embargo, para ellos solo debo parecer una mujer demasiado interesada en causar una buena impresión.

Una vez terminada la cena, recojo tres platos vacíos, y uno bastante lleno que pertenece a Rory, antes de pedirle a Alice que me acompañe a la cocina, dejando a los hombres en el comedor. Una vez allí, le cuento a Alice lo maravilloso que es haber hecho una nueva amiga aquí antes de charlar animadamente sobre que tenemos que ir de compras juntas algún día a Carlisle y, por supuesto, empezar a planear ese fin de semana para los cuatro en Escocia. Y todo el tiempo esa zorra se limita a sonreír, dar sorbos a su champán y fingir que me corresponde como amiga, a pesar de saber lo que ya me ha hecho antes incluso de conocernos. Quizá sea ella quien merezca el premio de interpretación. Por otra parte, hay otro gran contendiente en el comedor en este momento: Drew.

¿Quién va a ganar?

¿Quién está jugando mejor aquí?

Estoy impaciente por saberlo.

16

DREW

Por muy mala que sea esta horrible cena, al menos me dice una cosa de la que estoy agradecido. Está claro que mi mujer no tiene ni idea de que le he sido infiel con Alice. Si la tuviera, no habría forma de que tuviera a esta mujer en su casa y se comportara tan amigablemente con ella.

Al menos eso es algo. Algo positivo que surge de esta farsa. Supongo que he sido tan bueno cubriendo mis huellas como pensaba, y está claro que Alice ha hecho lo mismo con Rory, o él tampoco estaría aquí. Nuestras respectivas parejas piensan que somos los compañeros perfectos, tanto que creen que deberíamos irnos todos juntos a Escocia y pasar un fin de semana fuera. Aunque esa es mi idea del infierno, demuestra que son tan estúpidos como los demás. Si supieran lo que Alice y yo hemos hecho a sus espaldas, dejarían de beber champán y de hacer bromas. Pero más tontos son ellos.

Además de saber que mi secreto sigue a salvo, esta cena me ha enseñado otra cosa, y es que definitivamente a Rory le pasa algo. Ver lo poco que ha comido durante la cena, cuando estaba deliciosa y merecía ser consumida, es otra señal de que algo no va bien en su cuerpo. Tampoco he sido el único en notarlo. Fern también lo ha hecho, tanto que ha insistido en que haga un rápido chequeo del "paciente" después de los platos principales. Ahora, a regañadientes, estoy haciéndole una revisión a Rory: le palpo el estómago, vuelvo a preguntarle por sus deposiciones y, básicamente, hago ver que me importa. Por su parte, parece tan incómodo como yo y me dice que no me preocupe antes de agradecerme que no le dijera a Alice que fue a verme el otro día.

—Por supuesto, amigo. Confidencialidad médico-paciente. No se me ocurriría decir ni una palabra —le tranquilizo, antes de comprobar sus pupilas.

—Gracias, amigo. No tiene sentido preocuparla. Seguro que no es nada. Apuesto a que el análisis de sangre sale limpio.

¿El análisis de sangre que se me fue por el fregadero?

—Sí, seguro que sí, amigo.

Concluyo mi revisión diciéndole que parece estar bien y le vuelvo a recordar que venga a verme si algo cambia, y me promete que lo hará. Pero tengo claro que está mucho más preocupado por su posible estado de lo que parece, y creo que debería estarlo, porque no habría aceptado la oferta de una revisión adicional si se sintiera bien.

A pesar de todo, no puedo evitar sentir un poco de lástima por él en este momento, así que intento animarlo sugiriéndole que vayamos a tomar una cerveza a la cocina.

—Me parece bien, amigo —me dice, dándome una palmada en la espalda como si fuera un amigo perdido que acaba de volver a su vida después de muchos años de

ausencia.

Aunque me apetece tomar otra copa, parte de la razón por la que quiero entrar enseguida en la cocina es para echar un vistazo a las dos mujeres que ya están allí. Encuentro a Fern y a Alice charlando mientras preparan el postre.

—¿Cómo va todo por aquí, chicas? —les pregunto, sintiendo que poco a poco me he ido acostumbrando al papel que tengo que interpretar esta noche y que estoy haciendo un mejor trabajo fingiendo que todo está bien ahora. O quizá estoy empezando a sentirme borracho. He bebido bastante champán con la cena.

—Estamos muy bien. El postre está casi listo —me dice Fern, antes de que Rory pregunte dónde está el baño porque le vendría bien ir antes de que sirvan el siguiente plato.

—Está arriba, segunda puerta a la derecha —le digo.

Pero Fern se ofrece a enseñárselo, creo que porque le preocupa que tropiece accidentalmente con la habitación equivocada y se encuentre con todas las cajas que aún no hemos desembalado. Así es mi mujer, siempre guardando las apariencias.

Mientras conduce a Rory escaleras arriba, aprovecho la oportunidad para hablar en privado con Alice. Envalentonado por el alcohol en mi organismo, pongo mis manos alrededor de su cintura y la atraigo hacia mí ligeramente.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grita en voz baja, intentando apartarme.

Pero me niego a soltarla y la mantengo cerca, aunque solo sea para intentar recordarle cómo solíamos ser siempre.

—Estás muy guapa esta noche —le susurro al oído—. Lo bastante guapa para devorarte.

—Drew, basta. Podrían entrar en cualquier momento.

—No me importa. Tal vez sea lo mejor. Al menos pondría fin a esta farsa.

—Drew, por favor. Para.

—¿Por qué? Sé que te gusta.

Entonces beso el cuello de Alice, y aunque al final me aparta, tarda un segundo o dos en hacerlo, confirmándome que efectivamente le gusta y que estoy más cerca de recuperarla de lo que pensaba.

—Tengo una idea —le digo, manteniendo la voz baja mientras oigo crujir las tablas del suelo sobre nuestras cabezas, lo que me indica que Fern y Rory aún están arriba y fuera del alcance del oído—. Deberías reunirte conmigo en mi consulta una noche, cuando mi recepcionista se haya ido. Podríamos estar solos allí. ¿Sabes?, todos los médicos tenemos una camilla en la consulta para examinar a los pacientes. Podría examinarte. Y, por supuesto, tendrías derecho a la confidencialidad del paciente. Nadie lo sabría. Lo que pasa en esa consulta se queda en esa consulta.

Me acerco de nuevo a Alice y vuelvo a besarle el cuello, y esta vez tarda aún más en detenerme. Funciona. La estoy recuperando. Pero aún se resiste un poco, aunque solo sea para que yo me siga esforzando.

—No estoy segura de que sea una buena idea —dice.

Para mí eso es como un sí, y mi sonrisa le hace saber que ya cuento con ello. Pero entonces dice algo que empaña un poco el ambiente:

—¿Qué le pasa a Rory? ¿Está bien?

—¿Rory?

—Sí, acabas de echarle un vistazo, ¿no? ¿Está bien o le sucede algo?

—No lo sé. Es difícil saberlo. No puedo hacer mucho por él en mi comedor.

—Apenas ha tocado su comida. He notado que tampoco ha estado comiendo mucho en casa. Creo que puede pasarle algo.

—¿Sería un problema si así fuera?

—¿Qué se supone que significa eso?

—Vamos, Alice, es conmigo con quien estás hablando. No tienes que fingir. Sé que él no te hace feliz. Ya me lo has dicho antes.

—Eso no significa que quiera que esté enfermo. Es un buen hombre.

—Sí, pero no es tan bueno como yo, ¿verdad?

Tiro suavemente del pelo de Alice y ella suelta un suave gemido antes de volver a serenarse.

—¿De verdad has venido aquí por mí? —me pregunta, acostumbrándose a toda la atención que está recibiendo ahora, una atención que estoy seguro de que su marido no le presta de la misma manera.

—Claro que sí —respondo mientras miro sus labios, y veo cómo se muerde nerviosa el inferior. Está cayendo de nuevo bajo mi hechizo, como al principio, en los días divertidos. Pero ¿quién dice que la diversión tiene que acabar ahora?

—Sabes que estamos hechos el uno para el otro —le digo, ganando confianza a cada segundo que pasa—. Rory es un buen tío, pero tú no quieres eso, ¿verdad? Quieres un hombre que sepa cómo tratarte. Un hombre como yo.

Otro tirón del pelo. Otro gemido suave. Alice es ahora masilla en mis manos.

—Y, además, si Rory está enfermo, sería una pena, pero no elegirías a un hombre enfermo antes que a mí, ¿verdad? —continúo, siendo ligeramente cruel, pero asegurándome de plantar en la cabeza de Alice la idea de que no tiene sentido apostar al caballo equivocado en esta carrera.

—¿Crees que está enfermo?

—Vino a verme el otro día —confieso—. Y, entre tú y yo, sí, creo que le pasa algo.

—¿Se lo has dicho?

—No, no me corresponde a mí decírselo. Tendré que derivarlo y que otro le dé las malas noticias si las hay.

—¿Lo has derivado?

—No, pero lo haré.

—¿Lo prometes?

—Sí.

Y entonces ocurre. Mis labios tocan los de Alice y se me erizan todos los pelos del cuerpo.

El sonido de la cisterna del váter sobre nuestras cabezas hace que nos separemos, y me voy al otro lado de la cocina antes de que Fern y Rory vuelvan, asegurándome de que no sospechen que ha pasado algo mientras estaban fuera.

Fern retoma enseguida el postre donde lo dejó, mientras que yo cojo de la nevera la

cerveza que le prometí a Rory. Luego volvemos todos al comedor, donde disfrutamos de más comida, o al menos tres de nosotros, porque Rory rechaza su ración.

Pobre hombre. Pero siempre tiene que haber perdedores en la vida, y mientras yo esté en el círculo de los ganadores, no puedo quejarme.

—Salud —digo, aprovechando mi primera oportunidad de brindar esta noche—. Gracias por venir, chicos. Ha sido divertido.

Y luego miro a Alice a los ojos mientras chocamos las copas porque quiero que sepa lo que estoy insinuando.

La diversión no ha hecho más que empezar.

17

FERN

Creo que la cena fue un éxito. Mis dos invitados salieron de mi casa con una sonrisa en la cara. No tuve ninguna queja sobre la comida, la bebida o la hospitalidad que ofrecí, así que me siento bastante bien mientras cierro la puerta principal y me preparo para subir a la cama. Parece que no soy la única que se siente bien, porque Drew está bailando en el salón al ritmo de una canción en la tele, sosteniendo en alto por encima de su cabeza una copa de vino, y ya he perdido la cuenta de cuántas se ha tomado esta noche.

—Alguien se siente mejor —digo, mientras bajo un poco la música—. ¿Qué ha pasado para que ya no estés enfermo?

—Me sentí mucho mejor en cuanto salí de la cama. Creo que la comida ayudó.

—Y supongo que el vino también.

Drew se ríe antes de terminar su copa y dejarse caer en el sofá.

—Ha sido divertido —comenta como si lo dijera en serio, lo que hace saltar las alarmas en mi cabeza, porque se suponía que para él iba a ser cualquier cosa menos divertido.

—¿En serio? ¿Te lo has pasado bien?

—Sí, son una buena pareja, ¿no?

Vale, definitivamente ha pasado algo entre él y Alice, y supongo que ha sido mientras Rory y yo estábamos arriba. Ella debe haber estado más receptiva a él que aquella noche en la playa, de otra forma, él no estaría tan animado ahora.

Estoy segura de que si mi marido estuviera más sobrio controlaría mejor sus emociones, porque, aunque haya pasado algo con Alice, preferiría no tener que pasar más horas los cuatro juntos. Con eso en mente, decido traerlo de vuelta a la tierra con un golpe recordándole el potencial de un viaje a Escocia.

—Creo que es una buena idea. ¿Tú qué opinas? —le pregunto, mientras ordeno la habitación donde está tumbado.

—No sé, tal vez. No hay prisa por organizarlo, ¿verdad?

—No, pero imagino que ahora pasaremos mucho tiempo con los dos, así que podríamos hacer planes más divertidos.

Lo he conseguido. He conseguido apagar el buen humor de Drew hablando de futuras citas de pareja entre nosotros, y ahora parece un poco más gruñón otra vez.

—¿De qué estuvisteis hablando Alice y tú mientras estábamos arriba?

—¿Qué?

—Cuando fui a mostrarle a Rory dónde estaba el baño. ¿De qué estuvisteis hablando?

—Oh, eh. No mucho.

—Debisteis hablar de algo. A menos que hubiera un silencio incómodo.

—No, no lo hubo.

—Entonces, ¿de qué hablasteis?

—Eh, del tiempo.

—¿Del tiempo?

—Sí.

—¡Vaya, qué emocionante!

A Drew no le gusta que me ponga sarcástica, pero en esta ocasión no puede hacer mucho para evitarlo.

—¿Y qué teníais que decir sobre el tiempo? —continúo, burlándome más de él.

—No mucho. Solo que hoy ha hecho bueno.

—¡Dios mío, parece que me he perdido la conversación más emocionante del mundo!

Más sarcasmo. Drew parece incómodo. Pero estoy disfrutando fingiendo que él y Alice juntos son una combinación aburrida, y solo estoy empezando. Es hora de ver cuánto le gusta ella en realidad.

—Tengo que decir que Rory parece mucho más divertido que Alice.

—¿Qué quieres decir?

—Oh, no me malinterpretes, ella es encantadora. Pero es un poco...

—¿Qué?

De verdad quiere saber lo que pienso de ella.

—No lo sé. ¿Simple? ¿Es esa la palabra correcta?

—¿Simple?

Veo que le duele que califique a su amante con una palabra tan aburrida y corriente. Pero, si no le gusta, voy a empeorar las cosas.

—Sí, quiero decir que ella no es la persona más carismática, ¿verdad? Rory es divertido y tiene cierta energía, pero ella es un poco, digamos, sosa.

—¿Sosa?

—No lo sé. Tal vez estoy siendo dura. Quiero decir que es guapa, pero supuse que tendría algo más.

Me gusta ser mala con Alice delante de Drew. Ojalá pudiera ser más dura, pero me arriesgaría a delatarme.

—Eso no es muy agradable.

—Solo lo estoy comentando.

—¿Te gustaría que dijera esas cosas de ti?

—Cálmate, ¿por qué te pones tan a la defensiva?

—¡No lo estoy!

—Sí, lo estás. La estás defendiendo. ¿Estás en desacuerdo conmigo?

—No lo sé.

—Tú eres el que me acaba de decir que tuvisteis una charla sobre el tiempo, así que no es el argumento más convincente contra lo que he dicho, ¿no?

—Da igual, no importa —refunfuña Drew, y está claro que quiere dejarlo. Pero estoy disfrutando demasiado como para parar ahora.

—¿Qué pasa? ¿Alguien está un poco enamorado de nuestra nueva amiga? ¿Es eso?

—¿Qué? ¡No!

Drew parece horrorizado ante la sugerencia, o más bien horrorizado de que yo haya estado a punto de descubrir su pequeño secreto.

—Lo entendería si la encontraras atractiva. Es guapa.

—¡No, no me parece atractiva!

—¿Estás siendo sincero?

—¡Sí!

Es tan patético. Ni siquiera puede admitir algo tan simple como eso. Prefiere negar algo que es descaradamente obvio solo para seguir con sus otras mentiras.

—Vale, cálmate, solo te estoy tomando el pelo —digo riéndome para mis adentros. Pero dejo de reírme cuando salgo de la habitación y vuelvo a estar sola. Me preocupa el hecho de que Drew parecía estar de buen humor antes de que yo empezara a provocarle. Sospecho que ahora voy a tener que vigilarlo más de cerca. Si la aventura va a reanudarse, necesito saberlo enseguida porque, a diferencia de la última vez, voy a hacer algo al respecto.

Termino de ordenar la cocina antes de subir a acostarme, y Drew no se queda atrás. De hecho, lo oigo silbar en el baño mientras se cepilla los dientes, y es una prueba más de que está de buen humor. Sería fácil lamentarme de haberlos dejado solos a primera hora de la noche porque podría haberlos acercado de nuevo, pero no me beneficia nada intentar mantenerlos separados. Al final harán lo que quieran, así que tengo que dejar que sigan adelante y ver hasta dónde quieren llegar.

Drew se mete en la cama a mi lado y deja de silbar, pero eso no significa que esté listo para dormir. Sus manos empiezan a vagar bajo el edredón, recorriendo mi cuerpo y haciéndome saber que le apetece un poco de diversión antes de que apaguemos las luces y demos por terminado el día.

Todo lo que puedo pensar es que, con Alice en la cabeza, por no hablar de la cantidad de alcohol que lleva en el cuerpo, se siente juguetón, pero no estoy segura de cómo se supone que debo hacerle el amor cuando sé que estará pensando en otra mujer todo el tiempo. Por otra parte, no será la primera vez que tenga que hacerlo. Y es que, a pesar de su actividad extramatrimonial, Drew se las ha arreglado en parte para hacer el esfuerzo de mantener el ritmo en nuestro dormitorio, probablemente consciente de que perder todo interés en el sexo conmigo solo levantaría una bandera roja y me haría empezar a sospechar de él. Así que, como buen deportista que es, siempre se ha asegurado de intentar mantener contentas a dos mujeres y no solo a una.

—¿Te apetece? —me pregunta mientras empieza a besarme el cuello, y está tan acostumbrado a salirse con la suya con las mujeres que es probable que no se le haya pasado por la cabeza que yo pueda decirle que no.

Pero lo hago, aunque no de una forma tan brusca. En lugar de eso, le digo algo que sé que le bajará los humos, porque hablar de mala salud no es muy afrodisíaco.

—Estoy preocupada por Rory. Lo cuidarás bien si va a verte, ¿verdad?

—¿Qué?

—Como su médico, ¿lo cuidarás?

—Por supuesto que lo haré, como haría con cualquier otro paciente.

—Bien.

Drew ya ha dejado de besarme y tocarme, y yo aprovecho para apagar la luz y darme la vuelta.

—Duerme bien, maridito —digo apretando los dientes.

No contesta.

18

DREW

Llevo diez minutos mirando el cursor parpadeante de la pantalla del ordenador mientras me planteo si seguir escribiendo el volante que ya he empezado. Es un volante de derivación para Rory, y me he visto obligado a empezar a trabajar en él después de que viniera a visitarme hoy y me dijera que ahora le estaba empeorando el dolor en el abdomen.

Durante la consulta me preguntó si ya había recibido los resultados de los análisis de sangre, así que tuve que engatusarlo con la excusa de que había un retraso y las cosas no iban tan rápido como de costumbre. Me creyó, como cualquier paciente cree lo que le dice su médico, y lo dejó estar. De hecho, su siguiente pregunta fue si me lo había pasado bien en la cena, aunque puede que cambiara de tema para no preocuparse por el deterioro de su salud.

Está claro que necesita que lo vea un especialista, no solo un médico de cabecera como yo, y a pesar de lo que hice con el análisis de sangre, no puedo seguir jugando. Voy a conseguirle la ayuda que necesite, que obviamente es lo correcto. Pero soy consciente de que mi repentina disposición a ayudar a un hombre al que consideraba mi rival amoroso solo se ha producido cuando me he dado cuenta de que, después de todo, en realidad le estaba ganando. La cercanía del momento que compartí con Alice el sábado por la noche en la cena me hizo creer que volvíamos a estar bien, así que ahora me preocupa menos Rory y que se interponga en nuestro camino.

Así que, dicho todo esto, ¿por qué no he terminado el volante? Puede que tenga algo que ver con el hecho de que también estoy esperando a que Alice me devuelva el mensaje.

Le he enviado una invitación para que se reúna conmigo en mi consulta esta tarde después del horario de apertura, cuando todo el mundo se haya ido a casa y tengamos el edificio para nosotros solos. Como le dije el sábado, podríamos divertirnos en mi consulta, nadie tendría por qué enterarse, y no he perdido el tiempo haciéndole saber que sigo deseando que concretemos una cita.

Aún no he recibido respuesta, así que mientras tanto añadiré algunas palabras más al volante.

Cuando suena mi teléfono, lo cojo del escritorio y lo compruebo. Al leer el mensaje, levanto el puño y muevo un poco las piernas en la silla. Alice ha quedado conmigo esta noche.

Ahora, todo lo que necesito hacer es inventar una excusa para Fern.

Podría decirle que tengo que trabajar hasta tarde, pero eso conlleva el riesgo de que

ella me sorprenda trayéndome la cena o simplemente venga a saludarme. Es mejor decirle que he salido del trabajo y me he ido a otro sitio. Tal vez podría decirle que he ido a tomar una copa con Julie. Llámalo unión de equipo o algo así. A Fern no le parecerá sospechoso ni se pondrá celosa, porque sabe que Julie es mucho mayor que nosotros. Ya está. Esa es la excusa que usaré. Y así es como mantendré a mi mujer en la oscuridad mientras traigo a mi amante de vuelta a la luz.

Después de enviar mensajes tanto a Alice como a Fern, vuelvo para terminar la carta de Rory. Pero hay otro contratiempo. El servidor parece estar caído otra vez. Incluso cuando intento ayudar a Rory, el destino parece conspirar contra él.

Al final tengo que dejar la carta mientras atiendo a los últimos pacientes del día, y cuando Julie asoma la cabeza por la puerta y me dice que se va, ya me he olvidado de todo. Porque, ahora que se va a casa, Alice tiene vía libre para entrar.

Despido a mi amable recepcionista con la mano antes de enviar un mensaje a Alice para decirle que me espere en la puerta principal. Tengo el tiempo justo para aplicarme un poco del *aftershave* que guardo en el cajón del escritorio y peinarme con el peine que siempre tengo a mano, antes de salir de la consulta con energía y dar la bienvenida a mi invitada.

—Alguien huele bien —dice cuando me ve, pero es todo lo que puede decir antes de que la meta dentro, cierre la puerta y junte mis labios con los suyos.

Técnicamente, no es el primer beso que nos damos desde que me mudé aquí, porque la otra noche nos dimos uno en la cocina. Pero este es el primero en el que no tenemos que preocuparnos de que nadie nos pille y, mientras nuestros labios se entrelazan, es una sensación maravillosa saber que nadie se va a interponer entre nosotros hasta que hayamos hecho lo que ambos necesitamos desesperadamente hacer.

Tardamos un poco, pero al final llegamos a mi consulta, donde cierro la puerta antes de desabrocharme la camisa y tirarla al suelo, para comenzar a desabrochar los botones de la blusa de Alice. Me dice una vez más que no deberíamos estar haciendo esto, pero esa es toda su resistencia antes de unirse a mí semidesnuda, ni mucho menos tan tímida como la mayoría de los pacientes que permanecen incómodos en esta sala cada vez que les pido que se quiten alguna prenda para poder examinarlos más a fondo.

Nos quitamos el resto de la ropa antes de dirigirnos a la camilla, el lugar donde suelo pedir a mis pacientes que se tumben si tengo que hurgar un poco como parte de mis investigaciones. Pero ahora la camilla se utiliza para otra cosa y va a servir de cama improvisada. Mientras Alice y yo lo retomamos por donde lo dejamos en Manchester, todas mis preocupaciones desaparecen. Me olvido de Fern y de que estoy rompiendo los votos que le hice el día de nuestra boda. Me olvido de Rory y de que no he actuado profesionalmente mientras ha estado a mi cargo. Y me olvido de que tuve que dejar atrás todo lo que conocía solo para estar aquí y tener la oportunidad de volver a experimentar este placer. Pero ese es el poder que Alice tiene sobre mí. Ella hace que me olvide de todo y exista en el momento, y eso es algo muy poderoso, mucho más poderoso que cualquier droga que haya probado en mi vida. Aunque se supone que soy un defensor de la buena salud, tengo que confesar que he probado algunas.

Una vez que ambos hemos hecho lo necesario para sentirnos de nuevo completos, nos tumbamos en la camilla con nuestros cuerpos entrelazados, nuestros pechos subiendo y bajando mientras esperamos a que se reanude nuestro ritmo respiratorio normal. Parece como si ninguno de los dos quisiera hablar y romper el silencio perfecto que existe entre nosotros, porque hacerlo podría deshacer el hechizo bajo el que estamos. Al final, Alice tiene algo que decir, recuesta la cabeza sobre mi pecho desnudo y me deja que le acaricie su precioso pelo.

—¿Qué nos pasa? —pregunta, sonando preocupada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no podemos contentarnos con lo que tenemos? ¿Por qué sentimos la necesidad de correr estos riesgos?

Son buenas preguntas, pero para mí tienen fácil respuesta.

—Porque sabemos que la vida es para vivirla, no para lamentarse.

—Fern y Rory son buenas personas.

—Puede ser, pero eso no significa que nosotros seamos malos.

—¿No lo somos?

—No, porque no es tan simple. Es turbio y gris, como todo en la vida.

—Supongo. Pero ¿no te sientes mal por hacer que Fern se mudara aquí bajo falsos pretextos?

—No —digo con seguridad—. Porque lo que no sabe no puede hacerle daño.

19

FERN

¿Me creo el mensaje de Drew sobre que esta noche va a tomar algo con su recepcionista? Tal vez si todavía tuviera la ilusión de que es un hombre fiel. Pero esa ilusión se rompió hace mucho tiempo, así que ahora creo que todo lo que me dice es mentira, incluido esto. Por eso he salido de mi casa y me he aventurado en el pueblo para demostrar que tengo razón. Estoy a la caza de mi marido y, más concretamente, a la caza de pillarle con *ella*.

Pero ¿dónde los busco? He descartado la playa porque, aunque está oscuro, se arriesgarían a ser vistos juntos en público, así que no serían tan estúpidos como para verse allí. También he pensado que no serían tan tontos como para intentar reservar una habitación de hotel, porque aquí no hay muchos, y no quedaría bien que el médico del pueblo fuera visto reservando una habitación con una mujer que no fuera su esposa.

Eso es algo que apuesto a que echarán de menos ahora que han dejado atrás la ciudad. Había muchos sitios en los que podían disfrutar de su sórdida relación en Manchester, pero no hay tantos aquí.

¿Dónde más podrían estar?

Se me ha pasado por la cabeza la posibilidad de que se encuentren en su consulta, por eso estoy caminando en dirección al trabajo de Drew. Pero, por si acaso —y por algún milagro— está diciendo la verdad, planeo pasar por el pub por si está tomando algo con Julie. Después de todo, si es así, es el único sitio del pueblo al que podrían ir, así que atravieso la puerta con la pequeña esperanza en el corazón de que, por una vez, haya sido sincero conmigo. Sorpresa, sorpresa. Drew no está aquí, ni tampoco Julie. Pero hay una cara conocida. Rory está sentado junto a la barra y, cuando me ve entrar, me saluda con la mano. No tengo tiempo que perder, así que le devuelvo el saludo antes de salir y seguir hacia la consulta.

Cuando llego, no me sorprende ver que el edificio está cerrado porque son las seis y, a diferencia de Manchester, aquí los sitios cierran a las cinco en punto. Pero que parezca que el local está vacío no significa que lo esté, así que empiezo a dar vueltas por el edificio, asomándome a algunas ventanas con cuidado de no perder de vista a nadie que pueda estar al otro lado del cristal.

La mayoría de las ventanas están cerradas, pero encuentro una abierta, y aunque las persianas están echadas por dentro, hay un pequeño resquicio cada vez que sopla la brisa. Al asomarme, veo una pierna desnuda, y aunque no puedo ver mucho más desde este ángulo, no necesito saber a quién pertenece la pierna. Es la de Alice, porque oigo su voz. Está hablando con alguien y preguntándole qué va a pasar a continuación.

—Tomémonos las cosas con calma —responde una voz masculina que conozco demasiado bien.

Es Drew. Está ahí dentro con ella. Y, como la persiana se agita ligeramente con el viento, puedo ver mejor la consulta. Y entonces los veo a los dos desnudos y abrazados, felices y contentos, sin duda porque acaban de intimar.

Esa es toda la confirmación que necesito para saber que han retomado su aventura, así que debería marcharme y volver a casa. Sin embargo, me veo incapaz de abandonar la ventana, atrapada allí momentáneamente mientras siento que mi corazón se rompe de nuevo. A pesar de que sospechaba que esto podría volver a ocurrir si aceptaba mudarme aquí, siempre mantuve una pequeña esperanza de que mi marido cambiaría de actitud y al final me elegiría a mí. Pero, sin esto, siempre me lo habría estado preguntando. Podríamos habernos quedado en Manchester, aunque nada le impedía empezar otra aventura allí, y en una gran ciudad habría sido mucho más fácil de ocultar. Al menos aquí puedo vigilarlo mejor, pero da igual. Sigue siendo un tramposo, y ahora no hay duda de lo que tengo que hacer.

Al asomarme a la ventana, percibo un olor a *aftershave* que reconozco. Es el que le compré a Drew por Navidad, aunque no se lo ha puesto mucho desde entonces, tal vez porque ya no se molesta en esforzarse por oler bien cuando está conmigo. Pero es evidente que hoy se lo ha puesto, y ese esfuerzo extra que ha hecho con Alice es otro pequeño puñal en mi corazón, un corazón que ahora está lleno de heridas, heridas que quizá nunca cicatricen del todo.

Oigo unos susurros seguidos de unas risitas y, luego, el inconfundible sonido de unos besos profundos y apasionados, y sé que debo irme. Pero estoy siendo más un espía que un *voyeur*, así que me quedo un poco más.

Al final me alejo de la ventana justo antes de oírlos hacer el amor y, mientras me apresuro a alejarme, casi siento que soy yo quien tiene un secreto vergonzoso que ocultar. Me siento mal por haber estado fisgoneando, pero no soy yo la que está equivocada. Me niego a sentirme mal por lo que acabo de hacer. He hecho lo que tenía que hacer, y no es culpa mía que hayan acabado siendo tan predecibles.

Pienso en entrar en el *pub* de camino a casa y contarle a Rory lo que acabo de ver, pero ya habrá tiempo de darle las malas noticias más tarde. De momento le dejo disfrutar de su bebida, porque puede que sea la última que disfrute en mucho tiempo. Es otro acto desinteresado mío en una vida que está llena de ellos, pero, armada con lo que sé ahora, estoy lista para hacer un cambio y empezar a ser egoísta.

Lo que quiero hacerles a Drew y Alice es algo con lo que llevo soñando desde hace tiempo, pero que no pensé que tendría el valor de llevar a cabo. Es un plan peligroso, pero le he dado vueltas en la cabeza durante mucho tiempo, hasta el punto de sentir que podría ser infalible. Ahora voy a tener que ponerlo en marcha, aunque no es culpa mía que vaya a suceder.

Es culpa de ellos.

Estoy tan ensimismada que casi me atropella un coche al cruzar la calle principal y tengo que pedir disculpas al conductor, que debe pensar que soy idiota por no mirar por dónde voy. Tal vez también sea idiota en otros aspectos, y cuando llego a la carretera

que bordea la playa, miro hacia el agua y me siento más sola que nunca. Mientras mi marido está abrazado a Alice, yo estoy sola, pero no me importa esa sensación porque me da fuerzas para seguir adelante con lo que tengo que hacer en los próximos días.

Mi marido y su amante han elegido a la mujer equivocada con la que meterse, pero estoy segura de que ni siquiera se les ha ocurrido que yo pueda ser capaz de lo que voy a hacer a continuación. Si se les hubiera ocurrido, seguramente habrían puesto fin a su aventura casi tan rápido como empezó, y Drew no habría sido tan estúpido como para seguir a Alice hasta aquí. Pero no tienen ni idea, y esa será su perdición.

Llego a casa y me entretengo con tareas domésticas hasta que Drew entra por la puerta noventa minutos después, silbando otra melodía y con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Has tenido un buen día? —le pregunto, mientras se acerca para darme un beso con esa misma boca con la que besaba a Alice hace menos de una hora.

Mi primer pensamiento es retroceder, pero temo que eso delate que sé que algo va mal, así que me obligo a aceptarlo, por mucho que me haga sentir mal por dentro.

—Muy bueno —dice, triunfante, en respuesta a mi pregunta—. Me alegro mucho de habernos mudado aquí.

Apuesto a que sí, pienso mientras me planta los labios antes de alejarse para ir a ducharse. Disfrútalo mientras puedas, porque va a ser el último sitio que veas.

20

DREW

Anoche dormí como un bebé, y no solo porque Alice me agotara en la consulta. Es porque ahora estoy tranquilo con mi decisión de correr el riesgo de trasladarme a este pueblo, ya que ha merecido la pena de forma espectacular. Me he reencontrado con Alice y la vida vuelve a merecer la pena. Puede que todavía haya obstáculos por delante, como que nuestras respectivas parejas se enteren, pero no es momento de preocuparse porque las cosas vayan mal. Es el momento de disfrutar del cálido resplandor de saber que mi plan para recuperar a Alice ha funcionado.

Estoy de tan buen humor que esta mañana decido dejar el coche en casa e ir andando al trabajo. El sol ha vuelto a brillar, aunque dudo que unas gotas de lluvia hubieran empañado mi ánimo al salir de casa y pasear por el paseo marítimo.

Solo pienso en Alice y lo único que quiero saber es cuándo volveré a verla. Le hago esa misma pregunta por mensaje de texto mientras me dirijo al trabajo. Sé que tendré que esperar un poco para obtener una respuesta, porque Alice siempre se levanta tarde, pero no puedo imaginar que será una respuesta decepcionante. Se lo pasó tan bien como yo ayer, así que estoy seguro de que estará deseando repetir cuanto antes.

Pero, para mi disgusto, acabo viendo al marido de Alice antes que a ella, porque Rory está en la calle principal mientras yo camino por ella. Cuando me ve, se acerca a saludarme.

—Hola, amigo. ¿Cómo va todo?

—Bien, gracias. ¿Qué tal estás?

—No estoy mal. Todavía no me siento al cien por cien, pero tengo que seguir adelante, ¿no?

—Supongo.

—¿Alguna idea de cuándo tendré noticias de mi derivación?

Maldita sea. Todavía no he enviado ese volante.

—Oh, debería estar en cualquier momento. Lo miraré hoy.

—No te preocupes, amigo. ¿Y el análisis de sangre?

—Lo siento. Hubo una confusión. Algunos retrasos. Me temo que todo es más lento desde la pandemia. Lo revisaré por si hay algo nuevo cuando llegue al trabajo.

—No te preocupes. Estoy seguro de que has hecho todo lo que has podido. Bueno, será mejor que me ponga a trabajar. Solo he salido a por leche. ¡Que te vaya bien!

Rory me da una palmada en la espalda antes de seguir su camino, y yo lo miro irse, sin saber de qué me siento más culpable.Si de jugar con su salud o de jugar con su mujer. Aunque probablemente sea mejor no pensar demasiado en ninguna de las dos cosas.

El resto del trayecto hasta el trabajo transcurre sin interrupciones y, tras dar los buenos días a Julie, me siento en la silla de mi escritorio y me preparo para otro día de distinguir a los hipocondríacos de los auténticos enfermos. Antes de dar luz verde al primer paciente que entra por mi puerta, consulto el calendario de mi mesa e intento averiguar si hay alguna fecha próxima en la que pueda llevarme a Alice a pasar una noche romántica en algún hotel. Supongo que tendría que ser en Carlisle, ya que es el lugar más grande y cercano, aunque cualquier hotel de tamaño decente servirá siempre que esté lo bastante lejos. En Manchester no tuve este problema. Allí podía elegir entre varios sitios para reservar una habitación, pero no voy a probar suerte con el B&B de Betty en la calle principal. Apuesto a que ella podría difundir chismes por el pueblo más rápido de lo que yo podría decir "entrometida".

La idea de fingir ante Fern que tengo una conferencia médica a la que asistir en otro lugar se me ocurre a media mañana, y me figuro que así será como me evadiré del pueblo por una noche. Lo único que tengo que hacer es encontrar la manera de que Alice también salga de aquí, pero estoy seguro de que ella podrá ayudarme a barajar algunas ideas la próxima vez que la vea. Y esa próxima vez será muy pronto si el mensaje que acabo de recibir es indicativo de algo.

Hola. Ayer me lo pasé muy bien. Quiero volver a verte. Encuéntrame junto a las rocas en la playa a las ocho de la tarde. Llevaré una manta. Estoy segura de que podremos mantenernos calientes x

¿Alice quiere encontrarse conmigo en la playa esta noche para la segunda ronda? Brillante. Nunca lo hemos hecho en la arena, tal vez porque no hay muchas playas en Manchester.

Esta noche es la noche.

Allí estaré. No puedo esperar x

El resto del día lo paso más soñando despierto con el cuerpo de Alice en la playa que escuchando lo que les pasa a algunos del pueblo, pero aprovecho para enviar el volante de derivación de Rory. Eso me dice que no soy tan mala persona como empezaba a temer. Por otra parte, difícilmente podría arriesgarme a descuidar por completo mis deberes hacia él.

No después de lo que hice, y no estoy pensando solo en el análisis de sangre.

A pesar de ser un médico distinguido hasta la fecha, hay dos incidentes en mi pasado que amenazaron con descarrilar mi cuidadosamente cultivada trayectoria profesional. El primero ocurrió cuando aún estaba intentando obtener el título de médico y presentándome a uno de los muchos exámenes que una persona debe aprobar si desea obtener la licencia para ejercer la medicina. A pesar de no haber copiado nunca en ningún examen anterior, desde los exámenes de la escuela primaria hasta los finales de secundaria y todo lo demás, de repente me sentí un poco abrumado por la magnitud de

la tarea que tenía ante mí. Mucho que estudiar. Mucho que aprender. Y mucha presión al saber que un mal resultado podría echar por tierra todo lo que estaba intentando conseguir.

Tras varias noches durmiendo mal debido a una combinación de estrés por los exámenes y demasiado disfrute de los aspectos más divertidos de la vida estudiantil, me di cuenta de que tenía muy pocas posibilidades de aprobar un examen próximo. Pero también sabía que no era el único y, tras escuchar a un compañero hablando con alguien que no conocía en la biblioteca una noche, me di cuenta de que había una forma de garantizar mejores resultados en el examen. La persona misteriosa vendía acceso a la hoja del próximo examen y, por un precio, el estudiante podía leerla, enterarse de lo que le esperaba y prepararse en consecuencia.

Luché con la decisión durante unos días, retrasando lo inevitable porque quería creer que podría aprobar el examen solo con trabajo duro y agallas. Pero me di cuenta de que me estaba costando después de suspender un par de simulacros de examen que me había obligado a hacer, así que, a falta de dos días para el gran día, me hice con una copia del examen y cambié dinero en metálico y varios de mis valores morales por echar un vistazo.

Me odié por ello, pero sirvió de algo. Aprobé y, después de aquel susto, juré no volver a ponerme en una situación así. Trabajé más, salí menos de fiesta, dormí mejor y conseguí aprobar todos los demás exámenes con éxito. Pero el recuerdo de aquella vez que me defraudé me acompañó durante mucho tiempo después de graduarme y en mi incipiente carrera como médico en formación, y me acompañó tanto que una noche, varios años después de haberlo hecho —y tras un par de botellas de vino tinto— le confesé mi pecado a mi mujer.

Fern se escandalizó cuando le conté lo que había hecho como estudiante, entre otras cosas porque pensaba que yo era lo bastante listo como para aprobar y no necesitar hacer algo así. Al igual que yo, estaba preocupada por las consecuencias que mi trampa podría tener en mi licencia médica. ¿Podría quedar todo desacreditado por ese error? A los dos nos gustaba pensar que no, pero también teníamos la sensación de que no era tan sencillo. Así que mejor no arriesgarse y callarse para siempre.

Algunos dirán que habría sido mejor que mi secreto hubiera salido a la luz y hubiera perdido mi derecho a ejercer como médico, ya que se avecinaba otro error en el horizonte, mucho más destructivo, y esta vez no solo me afectaría a mí.

El segundo incidente ocurrió hace ocho años, cuando me compadecí de un paciente que vino a verme para decirme que tenía dificultades para dormir tras la reciente pérdida de su pareja. Además de sugerirle asesoramiento psicológico, le receté somníferos, dándole la dosis recomendada para que al menos pudiera descansar un poco mientras procesaba su dolor. Por desgracia, no fue suficiente, y volvió para decírmelo antes de pedir más.

Al principio me incliné a discrepar con él y aconsejarle que no podía darle más, lo que legalmente era correcto. Pero, a medida que me contaba más cosas sobre sus problemas, empecé a preguntarme si, después de todo, podría ayudarlo. Quizá porque tenía una edad parecida a la mía, quizá porque mencionó que era hincha del mismo

equipo de fútbol que yo o quizá solo porque me daba mucha pena y no podía imaginarme por lo que estaba pasando, pero acabé haciéndole una receta más, una que aumentaba la dosis de somníferos, aunque en ese momento era obvio que no estaban funcionando y que necesitaba ayuda profesional. También era obvio que abusaba del alcohol porque podía olerlo cuando estaba en mi consulta. Por eso me aseguré de advertirle de que no combinara los somníferos con el alcohol, porque eso entrañaba riesgos.

En retrospectiva, nunca debí haber dado somníferos de más a un hombre del que sospechaba que era alcohólico, pero lo hice, y cuando me enteré de la sobredosis de ese hombre unos días después, me sentí desolado. También hice otra cosa de la que acabaría arrepintiéndome, que fue confiarle a Fern lo que había hecho. No debería haberlo hecho, pero lo hice, y después de contarle que le había recetado pastillas fuertes a alguien que potencialmente las mezclaría con una cantidad letal de alcohol, quiso saber qué pasaría después.

¿Me investigarían? ¿Me quitarían la licencia? ¿Me demandaría la familia del fallecido? Le dije que estaría bien siempre y cuando nadie más supiera lo que había pasado.

Así que eso también se convirtió en nuestro pequeño secreto.

Esos dos secretos han estado entre nosotros desde entonces, y aunque ambos incidentes son ya muy lejanos, siguen siendo cosas que me atormentan y me hacen reacio a dejar a mi mujer. El miedo a que haga una llamada a la junta médica o a los familiares que perdieron a un ser querido es muy real, ¿y por qué no iba a hacerlo si se entera de que la dejo por otra mujer? Incluso dejarla sin mencionar a Alice me pone nervioso, porque podría seguir sintiéndose agraviada después de que la deje como una divorciada de mediana edad. Siento que estoy atrapado en nuestro matrimonio. Puede que me esté preocupando por nada, pero, teniendo en cuenta que Fern tiene conocimientos que podrían afectar negativamente a mi carrera, considero que lo mejor es mantener su sentimiento favorable hacia mí. No hay forma de que haga algo que me ponga en peligro mientras estemos felizmente casados —o al menos desde su punto de vista—, pero, si nos separamos, todo se puede ir al traste. Por supuesto, me arrepiento de haber confesado mis pecados a mi mujer, pero lo hice cuando estábamos mucho más unidos y creía que sería feliz con Fern para siempre. ¿Cómo iba a saber que iba a conocer a otra persona y a enamorarme perdidamente más adelante? Pero, desde que eso ocurrió, mis confesiones han sido como un lazo alrededor de mi cuello.

Además de eso, sé que mi mujer no reacciona bien ante cualquier indicio de que me acerque a otra mujer, y eso lo aprendí a través de una dura experiencia. Fue hace algunos años, pero es algo que está grabado en mi memoria, como una cicatriz alrededor de la cual la piel nunca se cura del todo después de haber sufrido un daño. Me refiero a un momento en el que me estaba mensajeando con una vieja amiga de mis días en la facultad de Medicina, Lisa, y alguien con quien admito que tuve una relación íntima en mis años de juventud.

La aventura que Lisa y yo tuvimos a los veinte años se quedó en nada porque ambos éramos jóvenes, teníamos toda una carrera y una vida por delante y, si soy sincero, se

trataba sobre todo de sexo. Pero, cuando Lisa empezó a enviarme mensajes años más tarde — yo ya estaba casado con Fern—, no le di importancia a responderle y disfrutar de la conversación. Al fin y al cabo, los mensajes no eran inapropiados en absoluto, solo dos viejos amigos que retomaban el contacto y se enteraban de cómo le iba la vida al otro. Por desgracia, Fern no lo veía así. Una noche apareció un mensaje de Lisa en mi pantalla, Fern se dio cuenta y, a pesar de que insistí en que era inocente, se puso como una fiera: casi me tiró el teléfono contra la pared, me llamó tramposo e incluso me amenazó con dejarme.

Fue una reacción exagerada, o al menos así lo vi yo, pero en aquel momento solo estaba centrado en calmar a mi mujer y demostrarle que no le estaba siendo infiel. Conseguí hacerlo demostrándole que no había nada en ninguno de los mensajes que pudiera interpretarse como que me acostaba o intentaba acostarme con otra mujer, y no se dijo nada más sobre el asunto. Pero el incidente me dio vueltas en la cabeza, aunque me daba vergüenza contárselo a familiares o amigos cercanos, porque todos conocían a Fern y no quería que hicieran juicios contra ella o contra mí. A la única persona a la que le mencioné el incidente fue a mi amigo Greg, después de uno de nuestros partidos de tenis semanales hace unos años. Una noche, mientras disfrutábamos de una cerveza después del partido, intentó descaradamente que flirteara un poco con una mujer, pero le dije que mi mujer me mataría si pensara que estaba tramando algo malo, utilizando la historia de lo que había pasado con el mensaje de Lisa para ilustrar mi punto de vista.

Greg estuvo de acuerdo conmigo en que era una reacción exagerada por parte de Fern, pero lo achacamos a las complejidades del sexo opuesto y a que los hombres nunca entenderemos de verdad a las mujeres, antes de pasar a hablar de fútbol. Se me ha ocurrido que quizá Fern reaccionó como lo hizo a los mensajes de Lisa para disuadirme, para demostrarme que no iba a acabar bien si alguna vez tentaba a la suerte y me acercaba a otra mujer. Supuse que no estaba loca, sino que solo era inteligente. Aunque supongo que no me disuadió completamente de la idea de ver a otra mujer fuera de mi matrimonio. Cuando Alice apareció, no le di importancia a lo que había sucedido en el pasado.

Por supuesto, yo era muy consciente de que mi aventura con Alice era peligrosa, como si fuera un niño jugando con fuego, y sigo siéndolo ahora. Podría ser perjudicial si la verdad sale a la luz y Fern decide que quiere vengarse de mí, ya sea personal o profesionalmente.

Todo lo que puedo hacer es esperar que nunca llegue a eso.

21

FERN

Es bueno tener opciones cuando se trata de venganza. Pensar en cómo podría hacer pagar a mi marido por retomar su aventura con Alice me da muchas ideas, algunas mucho más siniestras que otras. Sin duda, Drew debe saber que corre un gran riesgo viéndose con otra mujer a mis espaldas, y solo puedo suponer que es un riesgo que ha calculado cuidadosamente y con el que ha aprendido a vivir.

Pero ¿qué cree que podría pasar si yo lo atrapara?

Si tuviera que adivinar, diría que lo peor que cree que puede pasar es que le cuente a alguien lo que hizo con uno de sus pacientes hace cuatro años, el que abusaba del alcohol y tenía problemas para dormir, y al que Drew recetó más somníferos en lugar de derivarlo a un especialista. Nunca olvidaré la noche en la que Drew volvió a casa del trabajo con aspecto desaliñado y perturbado, porque fue la noche en que me contó un secreto que podría suponer la ruina para él.

El hecho de que confiara en mí demostró lo preocupado que estaba, así como lo mucho que me quería y confiaba en mí. Aunque ahora me entristece porque, después de lo que ha sucedido desde entonces, sé que ya no siente lo mismo por mí. Ya hemos pasado el momento de que vuelva a contarme otro secreto profundo y oscuro, y si tiene alguno más, es probable que sea Alice quien lo escuche hoy en día y no yo. Pero me contó la triste historia de su paciente, así como su historial de copiar en exámenes importantes, y estoy segura de que se arrepiente de habérmelo confiado, porque sabe que podría utilizar esas cosas en su contra si alguna vez sintiera la necesidad de vengarme de él.

Me pregunto si es por eso por lo que aún no me ha dejado. Tal vez siente que nunca podrá. Aunque eso no le ha impedido divertirse en otra parte. Pero ¿es eso? ¿Piensa que lo peor que le puede pasar si descubro que me engañó es que intente arruinar su carrera? Si es así, es divertidísimo, porque me ha subestimado. Claro, tiene razón en estar preocupado porque descubra lo de Alice. Pero no es su carrera lo que debería preocuparle.

Es mucho más que eso.

La única vez que le hice ver lo peligrosas que podían llegar a ser las cosas para él si me engañaba fue cuando descubrí que se estaba mensajeando con una vieja amiga de su época de estudiante. Admito que quizá exageré en aquel momento, sobre todo porque no había nada incriminatorio en ninguno de los mensajes, pero no pude evitarlo. Estaba paranoica y asustada, y aunque aquello quedó en nada, pensé que serviría como una buena advertencia de lo que podría pasar si alguna vez era lo bastante estúpido como

para traicionarme.

Supongo que mi advertencia no fue lo bastante contundente.

En los días siguientes me preocupé por si había sido demasiado enérgica, demasiado dramática. Pero también me preocupaba no haber ido todo lo lejos que podría haber ido. Debería haberle tirado el teléfono contra la pared en lugar de amenazarlo, y eso habría sido mucho más dramático. De los errores se aprende, como suele decirse, y yo aprendí de aquella experiencia lo suficiente como para saber que, cuando se trata de algo así, los estallidos instantáneos de ira no son necesariamente la mejor manera de hacer las cosas. Por eso reaccioné de forma muy diferente la siguiente vez que tuve motivos de preocupación en relación con el hombre con el que me casé.

—He encontrado una película para ver —le digo a Drew desde el sofá mientras él está en el pasillo—. Y no te preocupes, no es otra comedia romántica.

Estoy a punto de darle al *play* del mando a distancia cuando me dice que tiene otros planes para la noche.

—Lo siento, amor, pero iba a salir a correr otra vez. No te importa, ¿verdad?

—¿Otra vez?

—Bueno, sí, una no es suficiente por desgracia.

Se ríe de su chiste, y yo me aseguro de reírme también, aunque solo sea para que parezca que me creo cada palabra que dice.

—Vaya, a alguien le ha entrado el gusanillo del *fitness*, ¿verdad?

—Eso parece.

—Bien, entonces supongo que pasaré la noche sola.

—No te quejarás cuando tengas por marido a un adonis tonificado dentro de unos meses.

—¿Por qué? ¿Me voy a casar con otra persona?

Drew pone los ojos en blanco ante mi broma tonta antes de decirme que intentará no tardar demasiado, pero que, si le entran ganas o energía para alargar el ejercicio, puede que siga. Seguro que tiene ganas de algo, pero obviamente no se lo digo mientras me despido de él y lo oigo salir de casa.

Aunque sé que me está mintiendo otra vez con lo de ir a correr, usándolo como cortina de humo para ir a encontrarse con Alice en su lugar, ahora no tengo que ir tras él. A diferencia de la última vez, cuando lo seguí hasta la playa, puedo tomarme un poco más de tiempo antes de perseguirlo, y eso es porque esta vez sé a dónde va.

Estoy tan tranquila que consigo ver los primeros cinco minutos de la película que he encontrado antes de ponerme en acción, me pongo los zapatos y el abrigo, pero me aseguro de dejar el móvil en el brazo del sofá. No necesito llevármelo conmigo, ni debería hacerlo si quiero ser precavida, como estoy siendo.

La noche es fresca y ventosa mientras avanzo por la calle, antes de coger el camino que me adentra en la arena en dirección a las rocas. De momento no veo a mi marido, pero sé que estará delante de mí en alguna parte, porque no hay ningún otro lugar en el mundo en el que preferiría estar ahora mismo con lo que tiene en mente.

Miro hacia atrás por encima del hombro mientras atravieso la playa, veo mi casa a lo

lejos, pero observo más concretamente la de Audrey y las propiedades de los demás vecinos. Están a una distancia prudencial de donde me dirijo y, teniendo en cuenta también la oscuridad, no hay forma de que nadie en esas casas pueda ver lo que está ocurriendo aquí abajo en la playa esta noche.

Sin preocuparme por los testigos en tierra, dirijo mi atención al agua. Miro a ver si hay alguna embarcación por ahí en la que pueda haber gente, gente que pueda tener una buena vista de la arena y de lo que está a punto de ocurrir en ella en breve. Lo último que necesito es que un pescador arruine mis planes, pero no hay ninguna embarcación. Todo está tranquilo y en calma, que es siempre la mejor manera de que las cosas vayan bien antes de que se desate el infierno y todo vuelva a ser como antes.

Debe haber llovido un poco antes porque la arena se pega ligeramente a la suela de mis botas, pero caminar no cuesta tanto como para que quiera parar y volver atrás. Sospecho que tampoco está lo bastante mojada como para disuadir a Drew de querer revolcarse en ella con Alice en breve, o al menos eso es lo que él cree que va a pasar.

Ahora puedo verlo, ahí, delante de mí. Ha llegado a las rocas y se ha sentado en ellas. Ha llegado unos minutos antes, así que tiene tiempo de contemplar la misma tranquila masa de agua que acabo de contemplar yo, y apuesto a que se siente muy zen ahora mismo mientras disfruta de un momento de paz antes de que llegue su mujer.

Oh, su mujer va a llegar. Solo que no será la mujer que él esperaba.

Es entonces cuando me doy cuenta de que estoy en el umbral, y es mi última oportunidad de cambiar de opinión antes de cruzarlo. Una vez que lo haga, ya no podré volver atrás. Este es el momento, el momento final en el que puedo elegir que mi vida vaya en una dirección o en otra. Ya es demasiado tarde para Drew, ha hecho su elección esta noche y está comprometido con ella. Pero es diferente para mí. Podría cambiar mis planes. Podría volver y sentarme en el sofá a ver esa película y tener por delante unas semanas muy fáciles. O podría seguir adelante, hacer lo que estoy planeando hacerle a Drew y tal vez alterar mi destino para siempre.

Al final, es una elección muy fácil.

Sigo adelante, caminando hasta las rocas y haciendo el ruido justo al llegar para atraer la atención de Drew, de modo que se vuelve y me mira.

Está esperando a Alice.

Pero me ve a mí.

—Fern, ¿qué estás haciendo aquí? —grita, saltando de la roca como si de repente le quemara el trasero.

—No parece que estés corriendo mucho —digo con una sonrisa irónica—. ¿Qué te pasa? ¿No estás tan en forma como creías? ¿O simplemente no eres tan listo?

—¿De qué estás hablando?

—Creo que sabes exactamente de lo que estoy hablando. Estoy hablando de la verdadera razón por la que has salido de casa esta noche, porque no fue para ir a correr, ¿verdad?

Drew mira nervioso a su alrededor, como para comprobar que Alice no va a aparecer por aquí y causarle un problema, y quizá no se da cuenta de que ya es demasiado tarde para eso.

—¿A quién buscas? ¿Estás esperando a alguien?

—No, claro que no.

—¿Estás seguro? Este parece un buen punto de encuentro. Las rocas en la playa a las ocho de la tarde. Y mira eso, justo ahora son las ocho en punto.

Toco el reloj y creo que es entonces cuando Drew se da cuenta de que no me he topado con él por casualidad. Sabía que iba a estar aquí a una hora concreta.

—¿Cómo? —me pregunta cuando se da cuenta de que he organizado este encuentro.

—¿El qué? ¿Cómo descubrí que tenías una aventura con Alice? ¿O cómo conseguí que te enviara un mensaje para decirte que te reunieras con ella aquí?

Drew sigue mirando alrededor de la playa como si Alice fuera a acompañarnos, pero yo niego con la cabeza.

—Olvídate de ella. No va a venir.

—Fern, no sé lo que crees que está pasando aquí, pero he salido a correr esta noche. Estaba cansado, así que me senté un minuto en estas rocas, pero iba a seguir de nuevo en un minuto.

—¿Puedes dejar de mentir por un segundo y admitir que te he pillado?

—No sé a qué te refieres.

—Entonces, ¿no vas a admitir tu aventura? ¿No vas a tener la decencia de confesar ahora que te he pillado? ¿Prefieres seguir mintiendo aunque sepas que es inútil?

Pobrecito, de verdad no tiene ni idea de cómo responder a mis preguntas, así que se lo pongo más fácil y le sugiero algunas.

—Pregúntame cuándo me enteré de lo tuyo con Alice —le digo, y aunque no quiere hacerlo, sigo insistiendo hasta que lo hace.

—¿Cuándo?

—En Manchester.

—¿Qué?

Veo que esa respuesta le sorprende. Puede que pensara que solo lo habían descubierto hace un par de días, pero no, en realidad lo descubrieron hace meses, y me divierte ver cómo se da cuenta de ello.

—Así es. Me enteré estando allí. Entonces, la siguiente pregunta obvia es por qué me mudé aquí contigo después de lo que me hiciste.

—¿Por qué?

—Porque te estaba dando una oportunidad.

—¿Una oportunidad? ¿Qué quieres decir?

—Una oportunidad de vivir.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Todo lo que tenías que hacer era alejarte de Alice. No retomar la aventura. Demostrarme que habías cambiado. Si lo hubieras hecho, no estaríamos aquí ahora. Pero no pudiste evitarlo, así que aquí estamos.

—De verdad que no sé de qué estás hablando.

—Te vi con ella en tu consulta. Me dijiste que estabas tomando algo con Julie. Pero estabas con Alice. Desnudos. Besándoos. Riéndoos. ¿De quién os reíais? ¿De mí y de Rory?

Drew debe saber que no puede negarlo si lo vi, pero aun así lo intenta.

—No es lo que piensas. Puedo explicártelo.

—Déjame adivinar. Accidentalmente me mandaste un mensaje y me contaste una mentira, entonces Alice accidentalmente fue a tu consulta antes de que accidentalmente se os cayera la ropa a los dos y acabarais en la camilla. ¿Es eso?

Estoy siendo ridícula, pero solo porque Drew también lo es.

—Fern, por favor, déjame explicártelo.

—No, deja que yo me explique. Déjame decirte lo que va a pasar ahora. Me voy a ir de esta playa para volver a casa y seguir con mi vida sin ti.

—Fern, por favor. Divorciarte de mí no es la respuesta.

—¿Quién ha hablado de divorcio?

Eso lo confunde, tal y como yo pensaba. También me hace reír porque este es el momento. El momento que he estado esperando.

El momento en el que mi marido paga por lo que ha hecho.

22

FERN

Me apoyo en la parte trasera de la puerta principal después de cerrarla y respiro hondo varias veces.

Vamos, Fern. Mantén la calma. Mantén la calma. No es bueno perderla ahora.

Una vez que me he recompuesto, sigo con lo que tengo que hacer, y mi primera tarea es lavar la ropa.

Me desnudo en la cocina antes de meter la ropa en la lavadora y activar el ciclo de lavado. Luego miro por un momento el agua jabonosa que corre sobre mis prendas a través de la ventana circular, antes de coger mis botas y llevarlas al fregadero. Allí las friego hasta eliminar hasta el último grano de arena, para que nadie sepa que estas botas han estado en la playa esta noche o cualquier otra.

Las pongo a secar en el escurridor y subo a ducharme. El agua caliente me revitaliza justo cuando estaba a punto de perder el control de mis emociones.

Ya se ha acabado. Has hecho lo que tenías que hacer. Ahora solo tienes que mantener la calma y todo irá bien.

Esta ducha acaba siendo la más larga de mi vida, gracias a todo lo que me lavo, lloro y río durante ella. Estoy hecha un desastre, pero, cuando cierro el grifo y cojo la toalla, he recuperado mi actitud decidida, y no pasa nada, porque mientras mantenga estas pequeñas crisis en privado, nadie sospechará nada.

Me seco bien antes de poner la toalla en el cesto para la siguiente colada. Luego me pongo el pijama y bajo a prepararme una taza de té, haciendo un esfuerzo por intentar volver a mi rutina antes de acostarme, porque eso es importante.

Todo lo que haga a partir de ahora es importante.

Con un té caliente en una mano y una galleta en la otra, me acurruco media hora frente al televisor e intento relajarme antes de acostarme. No es fácil, pero me distraigo viendo las noticias nacionales, hasta que al final tengo que cambiar de canal cuando aparece un reportaje sobre un juicio por asesinato que se está celebrando en Londres.

Por alguna razón, esta noche, oír hablar de una persona a la que se juzga como sospechosa de un delito grave no es algo que me apetezca demasiado.

Al cabo de un rato, me siento inquieta, así que voy a ver cómo va la lavadora y, con su ciclo terminado, puedo sacar la ropa para que empiece a secarse. También me aseguro de volver a poner las botas debajo de la escalera antes de limpiar la cocina, para que no parezca que una mujer preocupada ha estado en ella fregando todo lo que llevaba puesto esta tarde.

Llego a la cama no mucho después de las diez, pero el espacio a mi lado en el

colchón es inevitable. Por lo general, Drew estaría aquí ahora, tumbado a mi lado, y normalmente tendríamos una breve charla antes de que se apagara la luz y empezaran sus ronquidos. Pero esta noche no. No está aquí, ni volverá a tumbarse a mi lado.

No será fácil conciliar el sueño, pero tengo que intentarlo, así que me envuelvo en el edredón y me obligo a pensar en algo relajante. Dicen que hay que contar ovejas cuando uno quiere dormirse, pero no creo que eso me sirva. En lugar de eso, intento contar todas las veces que sé que Drew me ha mentido en el pasado. Seguro que es un número mucho mayor que cualquier cantidad de ovejas que pueda soñar.

No me quedo dormida durante varias horas, pero me siento justificada por mis acciones cuanto más pienso en todos los fracasos de Drew en nuestro matrimonio, hasta el punto de que cualquier sentimiento de culpa que pudiera sentir por lo que he hecho se desvanece, tan fácilmente como la oscuridad fuera de mi ventana una vez que el sol empieza a asomar por el horizonte.

Debo haberme quedado dormida al amanecer, porque cuando me despierto son casi las nueve y me he levantado un poco más tarde de lo previsto. Lo primero que cojo al despertarme es el móvil, en el que escribo un mensaje corto a mi marido, que puede parecer un poco banal, pero que será muy importante para proyectar mi inocencia a ojos de los agentes de policía que me investigarán en los próximos días.

Hola, amor. Siento no haberte visto antes de que te fueras a trabajar. Acabo de despertarme. Gracias por dormir en la habitación de invitados anoche. Me siento mucho mejor ahora. Espero que tengas un buen día. Estoy deseando verte esta noche. Te quiero x

Una vez completada esta tarea vital, mi siguiente trabajo es levantarme, vestirme y llegar a tiempo al salón parroquial para el café semanal. Dar la cara allí es otro paso importante para que parezca que, por lo que a mí respecta, todo sigue normal en mi vida.

Sin dramas. Ningún motivo de preocupación. Ningún motivo para llamar a la policía.

Una taza de café me anima antes de salir de casa y llego al salón justo a tiempo para el comienzo de la reunión. Las sillas ya están dispuestas, las tazas llenas de té y las asistentes habituales ya están en el edificio, charlando entre ellas y tomándoselo como si fuera un miércoles cualquiera en el pueblo. Y al menos por ahora lo es.

—Buenos días, Agatha —digo, recordando el nombre de una de las mujeres con las que hablé aquí en la última reunión, y parece contenta de verme. Quizá no se muestre tan pesimista como la semana pasada. Pero ese optimismo dura diez segundos antes de que empiece a quejarse de que el grifo de su cuarto de baño gotea desde hace unos días y el sonido la vuelve loca por la noche.

Escucharla es como oír un grifo goteando toda la noche, pero me obligo a hacerlo porque no puedo comportarme de ninguna manera fuera de lo normal. La semana pasada me senté y aguanté las historias de esta mujer, así que esta semana debo hacer lo mismo. También debo hablar con las demás personas cerca de las que estoy sentada, para que todas y cada una de ellas puedan recordar haberme visto aquí en caso de que la

policía acuda a ellas para corroborar algo de mi historia. Si lo hacen, necesito que todas estas mujeres digan que todo parecía normal conmigo y que no tenía el aspecto de una mujer que supiera que algo grave le pasaba a su marido en aquel momento.

Alice está aquí, como debe ser en su papel de organizadora de esta reunión, y me aseguro de tener unas palabras con ella antes de que concluya. Pero, cuando tengo la oportunidad de interactuar con ella, no puedo evitar darme cuenta de que parece preocupada por algo.

—¿Va todo bien? —le pregunto tras detectarla un poco malhumorada.

—Sí, está bien. Acabo de perder mi teléfono. No lo encuentro por ninguna parte. Es muy molesto.

—Qué pena. ¿Puedes recordar el último lugar donde lo tuviste?

—Sí, estaba en casa, pero no lo encuentro. He buscado por todas partes, pero ni rastro.

—Estoy segura de que aparecerá.

—Eso espero.

—Siempre pierdo mi teléfono, pero siempre lo recupero. Intenta no preocuparte. Echa otro vistazo cuando vuelvas. Y, en el peor de los casos, tendrás que comprarte uno nuevo.

—No estoy segura de que a mi marido le haga gracia —dice, cogiendo un par de tazas usadas, y las pone en una bandeja.

Estoy a punto de prestarle ayuda cuando suena mi propio teléfono y lo cojo para responder a la llamada.

—Hola, ¿es la señora Devlin? —me pregunta la voz femenina al otro lado de la línea.

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Me llamo Julie, trabajo en la consulta con su marido, Drew.

—Ah, hola, Julie. ¿Va todo bien?

—Bueno, eso espero, pero no estoy segura. Verá, Drew no ha venido a trabajar esta mañana, y me preguntaba si estaría enfermo.

—¿Drew no está en el trabajo?

Alice me oye y deja lo que está haciendo, pero me alegro de que escuche a escondidas esta conversación, así que no hago ningún esfuerzo por alejarme de ella.

—No, ¿está con usted?

—No, pensé que estaba allí. Cuando me desperté, no estaba en casa, así que supuse que se había ido a trabajar.

—Ya veo, pero me temo que no está aquí. ¿Sabe dónde más podría estar?

—No, no tengo ni idea. ¿Ha intentado llamarle?

—Sí, pero su teléfono está apagado. Esperaba que pudiera ayudarme.

—Voy a intentar llamarlo. Esto es muy extraño. Dame un momento y te llamo.

Termino la llamada y marco el teléfono de Drew.

—¿Va todo bien? —me pregunta Alice.

Me limito a mirarla desconcertada antes de llamar a mi marido. Pero, como ya sabía que iba a suceder, no contesta, así que vuelvo a llamar a Julie para decirle que tampoco he tenido suerte con él.

—He mirado su agenda para ver si tenía alguna conferencia o algo hoy, pero no hay nada —me dice Julie, sonando tan confusa como finjo estarlo yo—. ¿Dijo algo antes de irse esta mañana sobre que tuviera que ir a otro sitio? Es que tenemos pacientes esperando para verlo y no sé qué decirles.

—No, no lo he visto esta mañana. Anoche dormimos en habitaciones separadas. Me estaba dando algo de espacio porque me sentía mal. Se había ido cuando me desperté.

—Esto es muy extraño.

—Sí, lo es.

Alice sigue a mi lado y, aunque solo puede oír mi parte de la conversación, ha oído lo suficiente como para saber que a Drew le puede pasar algo, lo que significa que no se va a ir a ninguna parte hasta que averigüe qué puede ser.

—Intentaré encontrarlo —le digo a Julie—. Por favor, ¿puedes llamarme si aparece?

—Sí, por supuesto. Seguro que está bien. Trate de no preocuparse.

—Lo intentaré.

Cuelgo entonces y voy a marcharme, pero, como pensaba que haría, Alice me detiene.

—¿Qué ha pasado? ¿Drew está bien?

—No lo sé. Parece que ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—No se ha presentado a trabajar esta mañana.

Alice parece ahora muy preocupada, mucho más de lo que debería estarlo una nueva amiga.

—¿Dónde crees que puede estar? —me pregunta.

Me encojo de hombros y le digo que no tengo ni idea. Entonces me disculpo porque tengo que ir a casa a ver si está allí y dejo a Alice de pie junto a la mesa de las tazas de té, sin duda viéndome marchar y sin duda deseando no haber perdido el teléfono para poder llamar a Drew y comprobar ella misma si está bien.

Pero no tiene su teléfono.

Y, basándome en lo que sé, no va a encontrarlo.

Pero la policía podría.

23

FERN

He mantenido la calma y he seguido haciendo lo que cabría esperar de una mujer cuyo marido parece estar en paradero desconocido. Al salir de la iglesia, volví directamente a casa para “comprobar” si había algún rastro de Drew. Al no encontrarlo, volví a llamar a Julie y le pregunté si había alguna novedad.

—No, lo siento. Todavía no está aquí —me dijo, y yo fingí un poco más de preocupación antes de decirle que quizá tendría que ir a la policía—. Oh, seguro que no es tan grave —intentó calmarme.

Pero, sin ninguna pista de dónde podía estar Drew, no había mucho más que pudiera decir para disuadirme de hacer mi próxima llamada.

Marco el 999 y pido hablar con un agente de policía y, tras dar mi nombre y dirección, me dejan explicarme.

—Es mi marido —me apresuro a decir—. Ha desaparecido.

—¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anoche, antes de irme a la cama.

—¿Y qué estaba haciendo?

—Me fui a la cama también. Dormimos en habitaciones separadas.

—¿Alguna razón en particular para eso?

—¿Qué quiere decir?

—Solo me pregunto si tal vez hubo un desacuerdo.

—¡No, nada de eso! Solo me sentía mal, así que pensó que dormiría mejor si tenía la cama para mí sola.

—Ya veo. ¿Cuándo se dio cuenta de que había desaparecido?

—No lo sabía. Recibí una llamada de su trabajo. La recepcionista me dijo que no había ido.

—¿No lo ha visto esta mañana?

—No, estaba dormida.

—¿A qué hora se despertó?

—Sobre las nueve.

—¿Y su marido ya se había ido?

—Sí.

—¿Lo escuchó irse?

—No, estaba dormida como le he dicho.

—Entonces, ¿podría haber salido de casa anoche?

—No lo sé. Creo que no. Pensé que se iba a la cama.

—Pero ¿lo vio meterse en la cama?

—No.

—¿Y no ha ido a trabajar hoy?

—No.

—¿Cómo va al trabajo? ¿En coche?

—Normalmente sí, pero a veces va caminando si hace buen tiempo. El coche sigue aquí, así que supuse que hoy había ido dando un paseo.

—Vale, ¿dónde trabaja?

—En la consulta del médico del pueblo.

—¿Cuánto tardaría en llegar andando?

—No lo sé. Media hora, tal vez.

—¿Va por alguna ruta muy transitada o por calles laterales?

—Es un pueblo. Aquí no hay ninguna ruta muy transitada.

—Vale, estoy intentando averiguar si lo han visto de camino al trabajo esta mañana. ¿Ha dado una vuelta? ¿Ha preguntado a alguien si lo han visto?

—No, ¿no es ese tu trabajo?

—Bueno, sí, podemos hacerlo, y sin duda lo haremos si su marido no aparece pronto, pero aún es muy precipitado, así que no podemos darlo oficialmente por desaparecido todavía.

—Pero ¡si ha desaparecido! Si no está en el trabajo, ¿dónde está?

—Podría estar en cualquier parte.

—¡Su coche está aquí, así que no puede haberse ido lejos!

—Vale, por favor, intente mantener la calma.

—¿Calma? ¡Estoy muy preocupada!

Siento que estoy haciendo un trabajo muy convincente al fingir ser la esposa angustiada que solo quiere saber que su marido está a salvo, y después de que me entre el pánico, me dicen que enviarán a un oficial de policía a mi dirección para hablar conmigo más a fondo.

—Mientras tanto, eche un vistazo por la casa por si hay algo que pueda darle una pista de a dónde puede haber ido su marido.

—¡Aquí no hay nada! Ya he mirado.

—¿Y su cartera? ¿Está ahí?

—No la veo.

—Vale, aguante y alguien estará con usted pronto.

La llamada termina y, aunque estoy segura de que la agente de policía con la que acabo de hablar siente que me ha dejado en el limbo durante un rato, yo estoy tachando otro punto de mi lista mental de cosas que hacer hoy. Ahora que la policía ha sido alertada de que mi marido no está donde debería, tengo que prepararme para algunas preguntas suyas cara a cara. Pero no pasa nada, sabía que esto iba a ocurrir, y todo forma parte de lo que tiene que ocurrir antes de que suceda lo inevitable.

Decido que es mejor mantenerme en mi papel mientras espero a que llegue la policía en lugar de relajarme en el sofá con una bebida y una galleta, así que me apresuro por la casa abriendo cajones, rebuscando en los armarios y, en general, haciendo todo lo

posible para que parezca que he registrado la casa en busca de cualquier indicio de dónde podría haber ido Drew.

Estoy en el dormitorio de invitados mirando debajo de la cama cuando oigo el motor de un coche en la parte delantera de la casa. Cuando me asomo por una de las ventanas del piso de arriba, veo el colorido fácilmente distinguible del vehículo que acaba de aparcar.

La policía está aquí.

—No pasa nada —me digo, mientras me dirijo a las escaleras—. No estarán preocupados de momento. Pero es válido que yo lo esté.

Agradezco a los agentes que hayan venido tan rápido como han podido antes de decirles que he seguido el consejo del otro policía y he registrado la casa, pero que no he encontrado nada que pueda arrojar algo de luz sobre este misterio. Entonces tengo que volver a contarles toda la historia, respondiendo a todas las preguntas que ya les contesté por teléfono, porque supongo que no les informaron de la situación antes de que vinieran aquí. O quizá sí, y me están preguntando todo esto otra vez para ver si cambio alguna de mis respuestas, un simple desliz que podría indicar que, después de todo, yo podría tener algo que ver con la desaparición. Pero he pasado tanto tiempo ensayando la historia en mi cabeza que me la sé palabra por palabra, así que no tengo ningún problema en recordar todo lo que ya he dicho y repetírselo a los dos agentes sentados frente a mí.

—¿Había ocurrido algo así antes?

—¿Se refiere a que haya desaparecido? No.

—¿Nunca ha tenido una ausencia inexplicable del trabajo?

—No que yo sepa.

—¿Y nunca ha habido un momento en el que no supiera dónde estaba si necesitaba contactar con él?

—No, siempre está donde debe estar. Y siempre contesta al teléfono o me envía un mensaje si intento localizarlo. Siempre.

Parece que los agentes de policía se están haciendo una idea de por qué estoy tan preocupada ahora, porque no paro de mencionar lo extraño que es que Drew no tenga el teléfono encendido para que yo pueda localizarlo.

—¿Cómo describiría su estado de ánimo en los últimos días?

—¿Qué?

—¿Ha ocurrido algo que pueda haber preocupado a su marido?

—¿Algo como qué?

—Podría ser cualquier cosa. En casa. O en el trabajo.

—No, nada. Estábamos muy bien, y él estaba disfrutando de su nuevo trabajo.

—¿Nuevo trabajo?

—Sí, acabamos de mudarnos aquí desde Manchester. Es el nuevo médico del pueblo.

—¿La mudanza ha ido bien?

—Sí.

—¿Ha indicado su marido que podría echar de menos Manchester?

—No, fue idea suya mudarnos aquí.

—¿Y por qué lo decidió?

—Le gusta estar aquí. A mí también. Es más tranquilo.

Estoy teniendo mucho cuidado de referirme a Drew en presente y no en pasado. Todo lo que haría falta para estropear esto sería hablar de él como si ya no estuviera con nosotros, porque la policía se daría cuenta y empezaría a hacerme preguntas mucho más difíciles.

—¿No ha estado estresado o ansioso por nada?

—No, ¿por qué? ¿Cree que está en problemas?

—No, en absoluto. Solo estamos tratando de construir una mejor imagen de él.

—Bueno, hasta donde yo sé, Drew está bien. Lo sabría si le preocupara algo porque me lo cuenta todo.

Es una mentira absurda, pero la policía no sabe nada más. Para ellos, podríamos haber sido la pareja perfecta, enamorados el uno del otro, y esto podría ser solo un gran malentendido. Me alegra que sigan pensando eso el tiempo que haga falta.

—Bien, gracias por responder a todas nuestras preguntas. Si no le importa, echaremos un vistazo rápido por aquí, y luego iremos al pueblo y llamaremos a algunas puertas, preguntaremos por ahí y veremos si alguien ha visto a su marido. Seguro que alguien lo ha visto, y en cuanto empecemos a buscar, lo encontraremos enseguida.

Entiendo que estos agentes de policía han recibido formación sobre cómo tratar a un ciudadano preocupado, y se supone que lo que acaban de decirme debería tranquilizarme. Estoy segura de que su formación también les ha enseñado que alguien no va a dejar de preocuparse solo por unas palabras, y que solo la acción y los resultados marcarán la diferencia en situaciones como esta. Acciones como ir a buscar a mi marido y resultados como encontrarlo.

Me quedo en el sofá mientras los policías echan un vistazo a la casa, pero confío en que no descubran ninguna prueba incriminatoria que pueda llevarlos a la verdad. Al cabo de unos minutos me llaman a la habitación de invitados y me preguntan si la cama parece haber estado ocupada, porque el edredón y las sábanas están estirados, lo que sugiere que no, pero les digo que no estoy segura.

—Quizá. No lo sé. Es difícil saberlo. Podría haber hecho la cama antes de salir esta mañana.

Es una respuesta lo bastante vaga como para no ayudarme, que es justo lo que necesitaba, y los policías no tienen más preguntas que hacerme, probablemente porque se han dado cuenta de que ya no les soy útil.

—Vale, vamos a dar una vuelta por el pueblo a ver qué averiguamos sobre los últimos movimientos de Drew —me dicen.

—¿Y yo qué debo hacer? —pregunto, sujetándome con torpeza a un lado de la barandilla al pie de la escalera y actuando como si necesitara el apoyo que me ofrece porque, de lo contrario, estaría demasiado débil y preocupada para mantenerme en pie.

—No se mueva de aquí. Estaremos en contacto. Pero llámenos si su marido vuelve a casa.

—Por supuesto. Lo haré.

Los agentes se marchan y yo suelto un suspiro de alivio porque es otra prueba

superada. Pero eso no es más que la parte fácil. La próxima vez que esté en presencia de la policía, no será tan sencillo para mí.

Entonces no solo tendré que responder a algunas preguntas. Tendré que hacer la actuación de mi vida. Tendré que llorar y suplicar a quienquiera que me escuche que me diga que nada de esto es cierto y que todo no es más que un mal sueño. Cuando no puedan, tendré que ponerme de rodillas y soltar un grito capaz de provocar un escalofrío a cualquiera que tenga la desgracia de oírlo. Y, después de todo eso, tendré que actuar como si no tuviera ni idea de por qué alguien querría hacerle tanto daño a mi marido, porque era un hombre maravilloso y, desde luego, no se merecía el horrible destino que le ha tocado.

Pero lo primero es lo primero.

Hora de una taza de té y una galleta.

24

FERN

Me aseguré de saborear los últimos momentos de calma en este pueblo, consciente de que, una vez encontrado el cadáver en la playa, pasaría mucho tiempo antes de que la paz volviera a esta parte del mundo.

Para ser una parte del país que parecía interesar a muy poca gente, sabía que pronto sería un lugar que fascinaría a todo tipo de personas. Los periodistas, que nunca se habrían imaginado que aquí pudiera ocurrir algo interesante, vendrían corriendo desde los pueblos y ciudades, con sus bolígrafos listos para citar, sus cámaras y grabadoras preparadas para grabar, todos ansiosos por volver a sus redacciones con algo jugoso que los ayudara a progresar en sus carreras.

Los policías locales que se han aburrido a lo largo de los años, por no tener nada de lo que ocuparse más que del ocasional conductor ebrio y algún pequeño hurto en el supermercado local, de repente encontrarían la pasión por la justicia renacida en su interior y pasarían los siguientes días desesperados por ser la única persona que pudiera resolver el caso y ser el héroe.

Y luego están las personas de todo el país, personas que nunca se detienen a pensar en un pueblo inglés a las afueras de Escocia porque, ¿por qué iban a hacerlo? Pero pronto les importará. Pronto encenderán sus televisores, sintonizarán sus radios y buscarán en sus teléfonos inteligentes las últimas noticias de aquí, un lugar que les ofrecerá el drama y la intriga suficientes para hacerles olvidar sus vidas mundanas, vivan donde vivan.

Todo va a cambiar pronto.

Todo el mundo mirará en esta dirección.

Todo el mundo me estará mirando.

Algunos sentirán pena por mí. Tener que sufir la pérdida de un marido es algo horrible. Pero otros sospecharán de mí. “Siempre es la mujer”, dirán con una sonrisa socarrona, como si se basaran en algún tipo de prueba en lugar de ser deliberadamente polémicos. Por supuesto, los que sospechan de mí estarán mucho más cerca de la verdad que los que no, pero eso no es lo importante. La cuestión es que, lo mire como lo mire, se va a hablar de mí.

Saldré en el periódico. Mi edad aparecerá junto a mi nombre, como si importaran los años que tengo. Dependiendo de la calidad del periodismo en cuestión, puede que incluso se haga referencia a mi aspecto de una forma a la que un hombre nunca se vería sometido. “Hermosa mujer destrozada por el asesinato de su marido” o algo por el estilo, como si mi aspecto fuera tan importante como lo que me ha ocurrido.

Me pregunto qué foto se utilizará. ¿Puedo elegir? ¿Puedo darles una o los periodistas se limitarán a tomar una de las mías de las redes sociales, sin darme siquiera la oportunidad de elegir cómo me retratan? Los periodistas que quieran retratar a una esposa desolada elegirán una foto modesta, quizá con una blusa abotonada y muy poco maquillada. Pero aquellos que tengan prejuicios y sospechen de mí probablemente utilicen una de las fotos en las que aparezco de vacaciones, en bikini, con una gran sonrisa en la cara, como si solo fuera una mujer amante de la diversión que no se detiene por nada, ni siquiera por la pérdida de su marido.

Algunos periodistas me pedirán permiso para hablar conmigo, mientras que otros se limitarán a ponerme un micrófono en la cara y esperar que hable. Puede que haya ofertas económicas para conocer mi versión de la historia, pero no quedaría muy bien si las aceptara, así que me aseguraré de rechazarlas todas con firmeza.

Voy a tener que lidiar con todo eso además de ocuparme de la policía, pero eso es lo que ocurre cuando se produce un crimen grave y nadie sabe quién lo ha cometido. Al menos siento que estoy preparada para todo, y eso es bueno porque, nada más salir de la ducha y empezar a secarme el pelo, oigo la primera señal de que las cosas están cambiando en el pueblo.

Es la sirena de la ambulancia, y cuando me asomo a la ventana, la veo salir de la carretera y entrar en la playa, las ruedas girando sobre la arena y removiéndola, las huellas de los neumáticos que deja a su paso, que probablemente permanecerán allí hasta que suba la marea y se las lleve.

Observo cómo la ambulancia se acerca cada vez más a las rocas, las mismas rocas en las que estuve anoche con Drew cuando le conté la verdad. Parece que fue hace cinco minutos, pero en realidad han pasado dieciséis horas, y no ha hecho falta tanto tiempo como yo pensaba para que alguien encuentre lo que dejé atrás. Al menos supongo que por eso ha llegado la ambulancia. Quizá la hayan llamado por otro motivo. Pero ¿qué posibilidades hay de que encuentren dos cadáveres el mismo día?

Observo cómo se detiene la ambulancia y veo salir de ella a dos personas antes de que desaparezcan de mi vista. Deben estar junto al cadáver, comprobando si presenta signos de vida, practicándole la reanimación cardiopulmonar, haciendo todo lo posible por reanimarlo. Me pregunto cuánto tardarán en darse cuenta de que ya es demasiado tarde.

Evidentemente, no mucho, porque empiezan a llegar los coches de policía, y es entonces cuando decido compartir con alguien mis conocimientos sobre lo que está ocurriendo en la playa. Saco mi segundo teléfono, el que compré de prepago para que no lo supiera ningún policía en un futuro próximo, y hago una llamada. Cuando me contestan, transmito toda la información que necesito con la menor cantidad de palabras posible.

—Lo han encontrado.

Mi simple declaración es entendida, así que puedo terminar la llamada casi tan rápido como empezó antes de apresurarme a vestirme, para estar lista para cuando uno de los policías de la playa decida venir a hacerme una visita.

Pienso en salir a la calle para aparentar curiosidad por lo que pueda estar pasando, y

apuesto a que algunos de mis vecinos ya están en la puerta de sus casas con el ceño fruncido y los brazos cruzados, sorprendidos y molestos por el hecho de que algo tan grave pueda estar ocurriendo justo delante de sus casas. Estoy segura de que Audrey está por ahí y, conociéndola, seguro que ya está cocinando algo que pueda dar de comer a los trabajadores de emergencias por si les entra hambre durante su último turno. Pero yo me ocupo de mis asuntos y mantengo la puerta de mi casa cerrada, prefiriendo actuar ajena a lo que ocurre justo fuera de los límites de mi propiedad, y lo bastante feliz como para que alguien venga y me lo cuente sin que yo haga antes ninguna pregunta.

Tarda un rato, pero al final llaman a la puerta y sé que es la policía, que viene a decirme que Drew ha muerto. Me pregunto qué pobre hombre o mujer habrá sacado la pajita más corta y tendrá que ser el que me diga que ahora soy viuda. Debe ser alguien con experiencia en este tipo de cosas, pero supongo que podría ser alguien que tiene que hacerlo por primera vez. Si es así, probablemente esté casi tan nervioso como yo cuando se abre la puerta y empiezan las formalidades.

—¿Señora Devlin?

—Sí.

—Soy el agente Monroe, y este es el agente Knight. ¿Podríamos entrar, por favor?

—¿Qué ha pasado? ¿Han encontrado a mi marido? Antes denuncié su desaparición. ¿Saben dónde está?

—Si pudiéramos entrar y hablar.

—Dios mío, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado? ¿Está bien?

Entonces miro más allá de ellos, a todos los vehículos de la playa, y me pongo a actuar.

—Oh, no, ¿todo esto tiene algo que ver con él? ¿Es mi Drew? ¿Está herido?

—Por favor, ¿podemos entrar?

Doy un paso atrás y dejo entrar a los agentes, que me invitan a tomar asiento en mi sofá, como si fuera un invitado en su casa y no al revés. Solo cuando estoy sentada me lo comunican.

—Lo siento mucho, señora Devlin, pero creemos haber encontrado a su marido, y me temo que son malas noticias. Hace poco un paseador de perros encontró un cadáver en la playa, y me temo que nadie pudo hacer nada por él. Sospechamos que es el doctor Devlin debido a la identificación visual hecha por un par de transeúntes en la playa, aunque, por supuesto, necesitaríamos que usted identificara formalmente el cuerpo. Y nos disculpamos por el hecho de que hubiera transeúntes en la playa, pero espero que pueda entender que es un lugar muy difícil de acordonar.

Deliberadamente no digo nada, sino que me limito a mirar al agente de policía, que supongo que ya ha hecho esto antes porque habla con bastante seguridad. O eso, o tiene un talento natural para ello, pero sería un talento muy raro y bastante desafortunado.

—Señora Devlin, ¿está usted bien?

Debería decir algo ahora.

—¿Drew está muerto?

Mi pregunta es apenas audible.

—Creemos que sí.

—¿Qué le ha pasado? —pregunto, subiendo un poco el volumen de mi voz, pero aún intentando sonar algo mansa y desinflada, como si me hubieran sacado todo el aire del cuerpo después de darme una terrible noticia. También mantengo la cara impasible por el momento, pero las lágrimas están en camino, y cuando empiecen habrá merecido la pena esperar.

—Es demasiado pronto para decirlo, los equipos forenses están investigando y la pondremos al día en cuanto tengamos más información. Necesitamos que identifique el cuerpo, si cree que puede hacerlo.

—No lo entiendo. ¿Lo han encontrado en la playa? ¿Qué estaba haciendo allí?

—Aún no lo sabemos.

—No lo entiendo. ¿Cómo murió? ¿Se ahogó?

—Una vez más, tenemos que dejar que los equipos forenses lleven a cabo su trabajo antes de que podamos darle todos los hechos. Mientras tanto, intente no especular ni hacer nada que pueda causarle angustia.

—¿Angustia? ¡Acaba de decirme que mi marido ha muerto! ¿Cómo quiere que esté?

Ha llegado el momento. Se me llenan los ojos de lágrimas y lo doy todo, dejándolas correr por mis mejillas mientras lloro y gimo, recorriendo las cinco etapas del duelo en casi el mismo número de segundos.

—¡No, esto no está pasando!

—¿Cómo ha podido pasar esto? Dígamelo. ¿Cómo?

—No, dígame cualquier otra cosa menos esto. ¡Por favor!

—¡No puedo creer que se haya ido! ¿Cómo voy a arreglármelas sin él?

—Se ha ido de verdad, ¿no?

Los agentes hacen todo lo que pueden para consolarme: me traen pañuelos, me abrazan e incluso me preparan una taza de té. Por supuesto, tengo que hacer como que nada de eso funciona y que no hay nada que puedan hacer para mejorar la situación, hasta que llega el momento en el que digo que quiero verlo.

—Por supuesto —dice el agente Knight, y me ayuda a levantarme del sofá, con una de sus manos en mi brazo tembloroso mientras me aseguro de seguir temblando, para que parezca que estoy en estado de *shock*. Luego me ayuda a subir al coche y, mientras nos alejamos, veo a Audrey de pie frente a su casa, viéndome marchar.

Parece totalmente indefensa.

Por suerte, yo no siento lo mismo.

25

FERN

La sala donde está el cuerpo de Drew es fría y sin personalidad, lo cual es curioso porque me hace pensar en el corazón de mi marido y en que era igual en sus últimos días. Me conduce a la sala un hombre con bata blanca de aspecto lamentable y, mientras empieza a descubrir el cadáver en la camilla, me pregunto qué demonios lo llevó a dedicarse a esto.

¿Cómo de malo puede ser pensar que este es el mejor trabajo para ti? A menos que sea uno de esos tipos morbosos a los que les gusta estar cerca de la muerte a diario. Bueno, mejor él que yo porque, aunque ahora tenga que estar cerca de ella, tengo muchas ganas de acabar con esto.

Respiro hondo y me seco los ojos con un pañuelo antes de asentir con la cabeza y, a una orden mía, retira la sábana y me muestra lo que oculta debajo.

Es Drew, aunque nunca lo he visto así antes.

Sus mejillas, antes sonrosadas, están ahora pálidas, sin color desde mucho antes de que viniera a verlo por última vez. Tiene los ojos cerrados, así que podría parecer que está durmiendo si quisiera hacer la situación más llevadera, pero las manchas de sangre en su camiseta y su cuello me recuerdan enseguida que esto no va a ser más que una tortura.

Las gotas de sangre brillan intensamente bajo la iluminación fluorescente que hay sobre nuestras cabezas, pero desearía que se fuera la luz para no tener que verlo todo. Al menos solo veo una parte. Hay mucha más sangre alrededor de la parte posterior de la cabeza, una parte del cuerpo que no es visible para mí y una parte que no me interesa ver aunque me la ofrecieran. Sé todo eso porque ahí fue donde se dio el golpe revelador, el golpe que acabó con la vida de mi marido y me puso en un camino que termina aquí, conmigo en esta habitación junto a este hombre que ahora está a punto de hacerme una pregunta.

—Sé que esto es muy difícil, pero ¿ este hombre es su marido?

Me quedo mirando el cadáver unos segundos más antes de asentir con la cabeza y llevarme la mano a la boca, para que sepa que estoy demasiado conmocionada para hablar. Me aseguro de llorar mientras cubren el cadáver y me sacan de nuevo de la sala, y sigo llorando durante todo el camino hasta que entablo conversación con la siguiente persona que va a tener un trabajo muy duro.

Es el detective encargado de averiguar quién mató a Drew.

Con el aspecto de un cruce entre un mal entrenador de fútbol y un maniquí de unos grandes almacenes de mala calidad, el hombre que tengo delante, vestido con una

americana gris, pantalones negros y un par de zapatos muy baratos, se presenta ante mí como el detective Tomlin. Me da el pésame, me pide que tome asiento y pregunta en voz alta si alguien podría traerme algo de beber.

—No, gracias —digo, sacudiendo la cabeza y haciendo todo lo posible por reprimir unos cuantos sollozos más.

—De nuevo, siento mucho su pérdida —dice, antes de hacer una pausa y parecer un poco incómodo—. Tengo algunas cosas que necesito repasar con usted, si le parece bien.

Asiento con la cabeza, mi lenguaje corporal da la impresión de que solo quiero acabar con esto rápidamente para poder irme a casa y empezar a hacer los preparativos del funeral.

—Su marido murió como consecuencia de un traumatismo en la parte posterior de la cabeza —me dice el detective Tomlin—. Creemos que fue golpeado con un objeto y que murió en el acto.

Me aseguro de actuar y parecer aturdida, aunque sé que justo así es como murió.

—Lo que voy a hacer es averiguar quién le dio ese golpe y asegurarme de que sea llevado ante la justicia —continúa el ansioso detective, posiblemente emocionándose un poco al pronunciar una frase que podría estar sacada de una de esas series policíaca de televisión con las que las parejas se pegan un atracón de fin de semana.

—Una de las cosas que tengo que preguntarle es si sabe de alguien que pudiera haberle deseado algún mal a su marido.

—No —digo, con el pañuelo húmedo en la mano empapado de mocos y lágrimas.

—¿No tenía enemigos? ¿Nadie que pudiera guardarle rencor por alguna razón?

—No.

—¿Tuvo alguna discusión o desacuerdo en los días previos a su muerte? Intente pensar, no tiene por qué ser algo grande. Podría ser algo tan simple como que no se detuviera a dejar salir a otro coche o que alguien derramara su pinta contra él por accidente en el *pub*. Cualquier cosa que pueda darme algo que investigar.

—No, no se me ocurre nada.

El pañuelo que tengo en la mano se va haciendo una bola y tal vez debería dejarlo, pero me resulta extrañamente reconfortante. Necesito distraerme de ese detective y sus preguntas, aunque solo sea un poco.

—¿Y usted?

—¿Y yo qué?

—¿Alguna vez discutió con su marido?

—No.

—¿Nunca? Vaya, deben ser la primera pareja del mundo que no se pelea.

Me doy cuenta de que me he esforzado demasiado por dar a entender que no teníamos problemas, así que me apresuro a corregirlo dando una respuesta un poco más creíble.

—Por supuesto que hemos tenido pequeños desacuerdos, como todo el mundo.

—¿Como qué?

Ya estoy empezando a odiar a este detective, pero no debería suponerme ningún problema mientras mantenga la calma y responda a todo con claridad.

—Solo tonterías. Peleas por las tareas domésticas, a quién le tocaba llenar el depósito del coche. Cosas sin importancia.

—Pero ¿nunca nada serio?

—No, nunca.

El detective asiente, pero no estoy segura de que me crea, y eso me inquieta. Es imperativo que me crea y, mientras me hace repasar la historia de la última vez que lo vi, hago un esfuerzo extra para ser lo más convincente posible mientras digo varias mentiras.

—Una cosa es segura —dice, sacudiendo la cabeza—, su marido no se acostó anoche. Estaba muerto mucho antes del amanecer, lo que significa que debió salir de la casa en algún momento después de que usted se hubiera ido a dormir al dormitorio principal. ¿Se le ocurre alguna razón por la que pudiera haber decidido salir?

—Eh —digo, fingiendo pensarlo seriamente antes de que se me ocurra—. A veces salía a correr.

—¿A correr?

—Sí, había empezado a hacerlo hace poco. Quería ponerse en forma. Perder algo de peso.

—Eso podría explicar por qué lo encontraron con ropa que podría usarse para hacer ejercicio. ¿Solía hacer *footing* en la playa o en otro sitio?

—No lo sé. Nunca he ido con él. Creo que cambiaba de ruta dependiendo de su humor.

—¿Y cómo lo sabe?

—Me decía a dónde había ido cuando volvía.

—¿Qué hacía usted mientras él corría?

—Suelo ver la tele, pero anoche creo que estaba dormida.

—¿Cree?

—Quiero decir que lo estaba.

El detective se reclina en su silla, y el chirrido de esta es inquietantemente ruidoso en la sala, por lo demás silenciosa.

—¿Cómo se siente?

—¿Perdón?

—¿Cómo se siente?

—¿Cómo cree que me siento? Acabo de perder a mi marido. Me siento fatal.

—No, no me refiero a eso. Me refiero a su salud en general. ¿Ningún dolor de garganta, tos, fiebre?

—No, ¿por qué?

—Aquí dice que estaba enferma la noche que vio a su marido por última vez, así que me pregunto qué le pasaba. No puede haber sido la gripe porque, si lo fue, se ha recuperado notablemente rápido.

Sospecha de mí. Cree que miento. Estoy jodida.

—Eh, no era gripe. Me dolía la cabeza.

—¿Sufre muchos dolores de cabeza?

—A veces.

—Y, cuando tiene esos dolores de cabeza, ¿siempre hace dormir a su marido en el dormitorio de invitados?

—A veces.

—A veces otra vez. Vale.

No me gusta cómo me habla, pero creo que es hora de dejar de estar a la defensiva y ser más asertiva.

—Mi marido ha sido asesinado. ¿Por qué me hace estas preguntas? Debería estar ahí fuera intentando encontrar a la persona que hizo esto.

—No se preocupe, mi equipo está investigando y estoy seguro de que encontrarán rápidamente al culpable —responde.

No se me escapa la indirecta destinada a inquietarme en caso de que yo sea la culpable.

—Bien. Porque quiero saber por qué hicieron esto.

—Como yo.

Nos miramos durante un rato antes de que yo coja otro pañuelo para sonarme la nariz, y es suficiente para romper la tensión que amenazaba con acumularse en la sala.

—De acuerdo. Bien, si tengo más preguntas para usted, sé dónde encontrarla —dice el detective Tomlin—. Por ahora, en mi nombre y en el de mis colegas, acepte nuestras condolencias en este difícil momento.

—Gracias —murmuro antes de salir de la sala lo más rápido que puedo.

Como sospechaba y temía, tener que hablar con un detective ha sido una experiencia que me ha puesto los nervios a flor de piel, y una experiencia que estoy segura de que tendré que repetir de nuevo. Pero, por ahora, puedo irme a casa, donde me espera un consejero, así que no estoy sola hasta que lleguen mis familiares de Manchester.

Miro por la ventanilla del vehículo que me lleva de vuelta a casa y, a medida que nos acercamos al pueblo, veo las hileras de coches aparcados y las furgonetas de los medios de comunicación a ambos lados de las calles. Parece incluso más concurrido que el día de la fiesta, y me pregunto qué estarán pensando todos los residentes, ya que su pueblo está inundado de gente que intenta averiguar más cosas sobre el asesinato de la playa.

Por primera vez desde que estoy aquí, soy testigo de un auténtico atasco cuando un furgón policial intenta dar la vuelta en una carretera que no es lo bastante grande para tal maniobra, pero ninguno de los conductores de los vehículos que esperan toca el claxon. Todos son conscientes de que la policía solo está aquí para hacer un trabajo y que deben esperar hasta que lo terminen.

El pobre policía que conduce la furgoneta acaba dándose cuenta de que tiene que ir por donde no quiere antes de poder llegar a donde sí quiere, y el tráfico empieza a moverse de nuevo, permitiéndome acercarme a casa. Pero no hay mucho respiro si nos guiamos por la multitud de gente que hay frente a mi casa. Al principio, supongo que son todos periodistas esperando para acorralarme en cuanto salga del coche, pero luego veo los ramos de flores y me doy cuenta de que son residentes que vienen a presentar sus respetos. A pesar de que hace poco que se ha identificado el cadáver de Drew, ya debe haberse corrido la voz sobre la identidad del fallecido. El paseador de perros que

descubrió el cadáver debe haber mencionado a alguien que se trataba del nuevo médico, y esa información ha corrido como la pólvora por este pueblo tan unido.

Todos se giran para mirar cuando ven acercarse el coche en el que voy, y ojalá hubiera otra forma de llegar a la puerta de mi casa sin tener que enfrentarme a todos ellos, pero no la hay, así que respiro hondo antes de que me escolten a través del tumulto.

—¡Lo siento mucho! —grita alguien a mi izquierda.

—¡Cogerán a quien haya hecho esto! ¡Lo prometo! —grita otra persona a mi derecha.

Me dicen algunas cosas más, pero la mayoría se quedan callados cuando paso junto a ellos, sin saber qué decir o incapaces de decir nada por miedo a disgustarme aún más. Veo algunas caras del café de la iglesia, y supongo que tienen el tema perfecto para la agenda de la próxima semana en una reunión a la que estoy bastante segura de que no asistiré. Pero hay una persona de la reunión que no está aquí y brilla por su ausencia.

Alice no aparece por ninguna parte y me pregunto por qué.

Supongo que es porque está demasiado alterada para enfrentarse al mundo.

A diferencia de mí, ella ha perdido a un hombre que le importaba.

Pero pronto habrá tiempo para ponerse al día con ella.

26

FERN

Flores. Siento que me ahogo en un mar de flores. Las lilas blancas o las rosas parecen ser las opciones a las que recurre la gente que quiere comprar un regalo para alguien que lo necesita y, al parecer, el blanco es el color no oficial del luto, así que supongo que tiene sentido. Mi casa está ahora llena de ramos de flores que me han dejado tanto seres queridos como desconocidos, todos unidos en su deseo de mostrarme su apoyo en estos momentos difíciles. Por supuesto, agradezco todos los gestos, aunque no la cantidad de pétalos que ensucian la alfombra del salón, pero, como sabrá cualquiera que entregue un ramo de flores en circunstancias difíciles, en realidad no cambian mucho las cosas. No cambian lo malo que ha ocurrido ni hacen que todo vuelva a estar bien de repente. Solo añaden un breve toque de color para alegrar la tristeza antes de marchitarse y morir, y actúan como un recordatorio más de que todo lo demás en la vida tiende a ir también por el mismo camino.

Técnicamente no estoy de luto, a pesar de lo que piensen los demás; no me siento tan mal como debería mientras observo cómo colocan otro ramo de lirios en un jarrón, antes de exponerlo en una de las pocas superficies en las que aún queda espacio. La "florista" en cuestión es mi madre, Kath, y lleva aquí casi veinticuatro horas, pues llegó ayer con mi padre, Tony, con la mirada apenada y los brazos abiertos para acoger a su atribulada hija.

De hecho, pude llorar con facilidad cuando los vi, no porque haya mejorado en esto de la actuación, sino porque vi auténtico dolor en los rostros de mis padres. Me partía el corazón pensar que creían que yo estaba pasando por un infierno. Pude ver que cada uno de ellos haría con gusto cualquier cosa si hubiera una posibilidad de que pudieran tomar lo que me había sucedido y transferirlo a ellos mismos, y aunque no tenían idea de que en realidad estaba perfectamente bien, me afectó verlo.

Los dos han estado muy ocupados desde que llegaron; mamá, organizando las flores y las tarjetas de pésame mientras preparaba más tazas de té de las que yo creía humanamente posibles, mientras papá intentaba animarme con historias de los buenos tiempos, ya fuera de cuando yo era pequeña y hacía alguna tontería, o de cuando Drew y yo nos casamos, destacando algo gracioso que ocurrió el día de la boda. Algunas personas podrían eludir el tema con torpeza en una situación así, pero papá no es así. No tiene miedo de mencionar el nombre de Drew y arriesgarse a disgustarme, no si existe la posibilidad de hacerme sonreír mientras pienso en él, y eso se le da bien. Tan bien que, en un momento dado, me hace recordar una época tan buena con Drew que me siento muy disgustada por lo que he perdido.

A ellos les parece una parte natural del proceso de duelo, pero para mí es un recordatorio contundente de que, a pesar de lo que planeé y ejecuté, he perdido algo. He perdido todos los buenos momentos que precedieron a los malos. La alegría antes de que Drew trajera la tristeza. Ya no hay forma de recuperarlos, no hay oportunidad de que Drew se redima, me conquiste de nuevo, renueve nuestros votos ni nada parecido. Simplemente se acabó. Para siempre.

Una cosa por la que estoy aún más agradecida, incluso más que por lo que mis padres están haciendo por mí, es el hecho de que todavía no he tenido que enfrentarme a los padres de Drew. Ambos viven en el extranjero y, aunque están de camino hacia aquí, aún no han llegado, lo cual me alivia porque sé que el dolor en sus caras va a ser mucho peor que el de mi madre y mi padre. Es un asco que yo haya contribuido al dolor que ahora sienten, y solo podrían entender por qué si supieran por lo que he pasado y lo que fue estar con un hombre que me pisoteó durante tanto tiempo. Pero todavía no pueden saber nada de eso, así que, por ahora, están reflexionando sobre la pérdida de su querido hijo, apreciado marido, popular amigo y estimado médico, en ese orden, a pesar de que algunos de esos títulos no se aplicaban a él en el momento de su muerte.

Pero no solo han venido familiares. Ha venido gente del pueblo, que ha desafiado a la horda de periodistas frente a la playa para llamar a mi puerta y darme el pésame en persona. Audrey ha estado aquí, y venía armada con productos horneados, obviamente. También ha estado Agatha, es posible que disfrutando del hecho de que podía ser tan miserable como siempre y nadie pestañearía en una situación como esta. Los dueños de la carnicería han estado por aquí para entregarnos una bandeja muy grande y muy calórica de carnes porque, como ellos dicen, "Las salchichas no pueden ayudar en un momento como este, pero tampoco pueden empeorar las cosas".

Papá está en la cocina cocinando unas salchichas y el olor me hace la boca agua. Pero, antes de que pueda zamparme un sabroso bocadillo, tengo que atender otra visita y, después de que mi madre haya abierto la puerta, oigo de quién se trata.

Es Rory. Está ofreciendo sus más profundas condolencias.

Pero lo único que quiero saber es si ha traído a su mujer con él.

Salgo al pasillo para ver mejor y, cuando lo hago, veo que, en efecto, Alice está de pie junto a su marido. Lleva una blusa negra, como si ya estuviera haciendo un ensayo general para el funeral, aunque no estoy segura de cuándo será exactamente. La policía aún tiene trabajo que hacer con el cuerpo de Drew antes de que pueda ser enterrado.

—Lo siento mucho —dice Rory, cuando me ve acechando detrás de mi madre en el pasillo—. Si hay algo que podamos hacer. Cualquier cosa.

Me obligo a acercarme un poco más a ellos, y Rory de verdad parece sentir lo que acaba de decir. Como era de esperar, Alice aún no ha dicho nada, y me pregunto si lo intentará, pero entonces se aclara la garganta y también me da el pésame.

—Gracias —les digo, uniéndome a mi madre, que me pone una mano tranquilizadora en el hombro mientras le cuento quiénes son estas personas—. Son nuevos amigos que hicimos en el pueblo. Tuvimos una cena poco antes de que Drew…

Dejo que mi voz se entrecorte a propósito, dejando la frase inacabada porque me costaría pronunciar las palabras.

—Drew era un gran tipo —dice Rory—. Nos sentimos muy afortunados de haberlo conocido, aunque fuera por poco tiempo.

—Sí —añade una Alice muy sombría, aunque no es que ella necesite decirme lo contenta que estaba de haber conocido a mi marido. Parece cansada y tiene los ojos ligeramente hinchados, lo que sugiere que ha estado llorando antes de venir aquí. Pero imagino que lo habrá hecho en privado, fuera de la vista de su marido, igual que la aventura que mantuvo durante tanto tiempo.

Ambos parecen dispuestos a marcharse, dejándonos en paz a mí y a mi familia, hasta que les sugiero que entren a tomar algo.

—Oh, no, no querríamos molestar —dice Rory.

Pero yo insisto, asegurándome de deleitarme con lo incómoda que está Alice ante la idea de tener que volver a entrar en esta casa.

—Voy a poner la tetera —dice mamá por duodécima vez en el día antes de salir corriendo hacia la cocina, mientras Rory y Alice me siguen torpemente hasta el salón, donde tomamos asiento frente a las flores.

—Todavía no puedo creer que esto haya pasado —dice Rory, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué alguien querría hacerle daño a Drew? Era un gran tipo.

Yo también sacudo la cabeza antes de mencionar que lo único que puedo esperar ahora es que la policía encuentre al culpable.

—¿Tienen alguna pista?

—No que yo sepa.

—Estoy seguro de que los atraparán. Tienen que hacerlo.

—Sí.

Se hace un silencio incómodo antes de que lo rompa el sonido de un sollozo. Pero esta vez no soy yo quien llora.

Es Alice.

Hace todo lo posible por reprimirlas, pero supongo que le resulta difícil porque, a diferencia de las mías, sus lágrimas son muy reales y, mientras Rory le da un pañuelo, observo a la mujer que llora y me pregunto si es posible que quisiera a Drew más que yo el día de nuestra boda. Tal vez, o tal vez solo se trataba de sexo entre ellos. En cualquier caso, las dos lo hemos perdido. Pero eso no significa que las dos tengamos que ser unas perdedoras.

Hay un poco de alboroto fuera de mi ventana y le pregunto a Rory si puede echar un vistazo entre las cortinas cerradas y averiguar qué está pasando, porque si lo hiciera yo sería fotografiada por todos los teléfonos con cámara que hay por ahí.

Hace lo que le pido y, tras asomarse, me dice que hay coches de policía aparcados frente a mi casa.

—No estoy seguro de lo que está pasando —comenta, antes de decirme que la policía se dirige a la entrada.

—Quizá tengan noticias —dice Alice con optimismo mientras se seca las lágrimas.

Supongo que sí, si no, ¿por qué estarían aquí? Pero ¿qué saben? ¿Han descubierto quién es el asesino? ¿Han averiguado qué ha pasado realmente aquí?

—Yo abro —grita papá mientras va a abrir la puerta, y aunque debería ir con él, me

quedo sentada en el sofá, demasiado ansiosa para levantarme.

Podría ser eso. La policía podría haber descubierto mis mentiras. Y ahora vienen a arrestarme delante de mis padres y de la mujer que odio.

Oigo voces bajas en el pasillo antes de oír pasos que se acercan, y parece que papá ha dejado entrar a varias personas en casa.

¿Cuántos policías hay?

Obtengo mi respuesta cuando empiezan a entrar en fila en la sala y, después de contar al menos cuatro, respiro hondo y pienso que será mejor que trate de parecer conmocionada cuando me pongan las esposas.

Pero no están aquí por mí. En lugar de eso, dirigen su atención al sofá de enfrente.

—Alice Richardson, queda detenida como sospechosa de asesinato. No está obligada a decir nada, pero puede perjudicar su defensa si no menciona en el interrogatorio algo en lo que pueda basarse más tarde ante el tribunal. Todo lo que diga podrá ser utilizado como prueba.

—Espera. ¿Qué? —pronuncia la sospechosa.

Alice parece tan confusa como el resto de los presentes cuando la levantan y le llevan las manos a la espalda. El destello metálico que veo son las esposas que le ponen antes de encaminarse con ella hacia la puerta. Pero no les va a resultar tan fácil llevársela.

—¿Qué demonios está haciendo? ¡Es mi mujer! —grita Rory, tratando de detenerlos.

Pero obviamente eso no les gusta y le advierten que los deje hacer su trabajo o tendrán que arrestarlo por obstrucción.

—No lo entiendo —dice papá, mientras el olor a salchichas quemadas llega desde la cocina.

Mamá añade su confusión a la mezcla preguntándome qué está pasando, pero me quedo mirando incrédula mientras se llevan a Alice. Otro agente me dice que en breve me pondrán al corriente de la situación y, mientras Rory exige respuestas de inmediato, me fijo en el pañuelo de papel que hay en la alfombra, donde estaban los pies de Alice. Se le debió caer justo antes de ser detenida.

Arrestada por el asesinato de mi marido.

Desearía estar sola ahora mismo para poder sonreír.

Sonreiría porque lo que acaba de ocurrir es una buena noticia.

Significa que todo va según lo previsto.

27

FERN

Estoy de vuelta en la comisaría y ansiosa por recibir las últimas noticias del detective Tomlin. Mientras espero, imagino a Alice detenida y cómo debe estar afrontando todas las preguntas que le hacen. Puede que le moleste que la acusen o puede que proteste desafiantemente por su inocencia. Una cosa es segura. No irá a ninguna parte hasta que la policía esté convencida de que no mató a Drew, y si he hecho bien mi trabajo, nunca lo estarán.

Pasa otra hora antes de que el detective venga a verme, recién llegado de hablar con Alice, y mientras se sienta frente a mí, me da las gracias por ser paciente en un momento tan difícil.

—¿Qué está pasando? —pregunto, yendo al grano.

—Bueno, como sabe, hemos detenido a Alice Richardson como sospechosa de asesinato. La hemos estado interrogando y creemos que hay pruebas suficientes para detenerla mientras llevamos a cabo un registro de su propiedad.

—¿Qué pruebas?

—Encontramos un mensaje de Alice en el teléfono de su marido en el que le decía que se reuniera con ella en la playa la noche de su muerte. El lugar que ella sugirió es el mismo donde se encontró el cuerpo.

Hasta aquí, todo bien.

—Dios mío, ¿cree que ella lo mató? ¿Por qué haría eso?

—Todavía no conocemos la historia completa, pero se trata de una pista muy sólida, y cuando estábamos interrogando a Alice, le pedimos ver su teléfono móvil para poder confirmar que el mensaje procedía de su dispositivo. Sin embargo, ella no pudo proporcionárnoslo, diciéndonos que lo perdió hace unos días.

—Eso parece muy conveniente.

—Tal vez. Por eso hay agentes de camino para registrar su casa. Voy a unirme a ellos, pero quería ponerla al día de la situación antes de irme.

—¿Cree que lo encontrarán? El teléfono, quiero decir.

—No lo sé. Mientras tanto, Alice se quedará aquí porque aún tenemos muchas más preguntas para ella. Ese teléfono es clave, así que, si no le importa, voy a acompañar al equipo durante la búsqueda.

—Por supuesto. Gracias.

El detective Tomlin se marcha y me acompañan al pasillo donde me esperan mis padres.

—¿Qué pasa? —me pregunta papá cuando me ve—. ¿Lo hizo ella?

—Todavía no lo saben. Van a registrar su casa.

—¡Pensé que era una amiga! —llora mamá, tan inocente e ingenua, y la quiero por eso.

—Quiero irme a casa —digo—. Los padres de Drew llegarán pronto.

Avanzamos por los pasillos hacia la salida, pero, antes de llegar, oigo a alguien discutiendo al doblar una esquina. Reconozco la voz, es Rory, y como es de esperar de un hombre que acaba de ver a su esposa ser arrestada por asesinato, está muy enfadado.

—¡Alguien tiene que decirme qué demonios está pasando!

Sé que debería irme, pero no puedo resistirme a echar un vistazo, así que camino hacia las voces.

—¿Qué quiere decir con que quiere registrar nuestra casa? —grita Rory—. ¡No, no le doy permiso para hacerlo! ¡Quiero hablar con mi mujer! ¡Esto es ridículo!

Entonces veo a Rory, rodeado de policías. Si no tiene cuidado, podría terminar uniéndose a su esposa en la celda. Eso es porque sigue despotricando, y a pesar de que se le dice repetidamente que se calme, no lo hace.

Espero que los agentes de policía le tengan un poco de simpatía, porque estoy segura de que estarían igual de frustrados si sus propios compañeros hubieran sido detenidos por un delito grave y no obtuvieran ninguna respuesta. Seguro que no ayuda que Rory sepa que su casa está a punto de ser puesta patas arriba por algunos de esos mismos agentes, y aunque él dice que no quiere, tienen una orden, así que no hay mucho que pueda hacer al respecto.

—Venga, vámonos, cariño —dice mi madre, queriendo alejarme de la caótica escena; es probable que piense que eso solo va a aumentar el estrés de la situación.

Pero sigo observando el tiempo suficiente para ver cómo Rory acaba cediendo y permite que los agentes hagan lo que tienen que hacer. Se deja caer patéticamente en una silla y entierra la cabeza entre las manos mientras todo el mundo a su alrededor parece aliviado de no tener que detenerlo.

Cuando los agentes se dispersan y vuelven a lo que estaban haciendo antes de que empezara la discusión, mis padres se dirigen a la puerta y creen que voy detrás de ellos. Pero me quedo y mantengo la mirada en Rory el tiempo suficiente para ver cómo levanta la cabeza de las manos y me mira a los ojos.

Y, cuando la levanta, me hace una señal de que está bien después de todo.

Me guiña un ojo.

Si fuera un poco más atrevida, también le guiñaría un ojo.

28

FERN

Seis meses antes

Las bolsas que llevo en las manos indican que hoy he tenido un viaje productivo al centro de Manchester. Subo a un taxi y me dirijo a casa. No hay nada como un poco de terapia de compras, y aunque estoy segura de que mi marido estará nervioso comprobando los extractos bancarios poco después de mi último derroche, sabe que nunca me vuelvo demasiado loca cuando llevo su tarjeta de crédito.

Pobre Drew. Ahora está en el trabajo lidiando con otro ajetreado día lleno de pacientes. Trabaja muy duro, y a veces me siento mal por tener una vida mucho más fácil y despreocupada que él. Pero también le apasiona lo que hace y vive para ayudar a los demás, así que sé que prefiere estar allí, en su consulta, recetando analgésicos e inhaladores para el asma, que aquí fuera de compras conmigo.

Consigo meterme en un taxi justo cuando empiezan a caer las primeras gotas de lluvia del cielo color carbón que se cierne sobre la ciudad. Puede que esa sea la motivación que necesito para empezar a pensar en una escapada de vacaciones a algún lugar cálido y soleado, y tomo nota mental de investigar un poco cuando vuelva, para tener algunos lugares en mente cuando le proponga a Drew que hagamos un pequeño viaje en las próximas semanas.

Se merece unas vacaciones, y ha pasado tiempo desde las últimas. Quizá volvamos a Italia. O quizá más lejos. Volver al Caribe, donde disfrutamos de nuestra luna de miel, podría ser una opción.

Mientras el taxista me lleva a casa, me resulta más fácil soportar el tiempo desapacible que hace fuera mientras fantaseo con todo tipo de lugares exóticos. Cuando entra en mi calle, estoy deseando cruzar la puerta y dejar las bolsas a mis pies, antes de relajarme un poco en la preciosa casa en la que he invertido tanto tiempo y esfuerzo. Es un lugar muy acogedor y no creo que podamos dejarlo nunca. La compramos a buen precio y nos gastamos todo el dinero que ahorramos en renovarla, y aunque seguramente se ha revalorizado, no veo ninguna razón por la que Drew o yo queramos venderla y mudarnos a otro sitio. Nos encanta estar aquí, no solo en nuestra propiedad, sino también en esta zona. No está tan lejos de donde ambos nacimos y crecimos, con familia y amigos muy cerca, así que tiene todo lo que necesitamos para una vida feliz y saludable.

Y entonces veo al hombre que está en lo alto mi entrada, un extraño que está aquí sin una razón que se me ocurra, pero alguien que muy pronto me dará la noticia que

acabará cambiando mi vida de más formas de las que jamás podría imaginar. Pero, por supuesto, no lo sabía mientras abría la puerta del taxi para salir de él, y después de que el conductor se haya alejado, me doy cuenta de que el hombre que está fuera de mi casa está definitivamente aquí por mí.

—Hola, ¿la señora Devlin?

—Sí. Soy yo.

Miro al desconocido de arriba abajo, observando su aspecto formal y su elegante corte de pelo, su barba recortada y sus ojos cálidos, y confío en que lo más probable es que no sea un extraño asesino en serie o un acosador que ha estado acechándome con malas intenciones. Pero sabe mi nombre, o al menos mi apellido, así que ¿de qué demonios va todo esto?

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Rory.

—¿Es amigo de mi marido?

—No. Pero sé quién es. Él es la razón por la que estoy aquí.

—¿Le ha pasado algo?

De repente me invade el temor de que, mientras yo me pasaba el día derrochando dinero y soñando con las vacaciones, Drew haya sufrido algún tipo de accidente.

—Él está bien. No te preocupes. Pero necesito hablarte de él. ¿Puedo entrar?

—Aquí fuera estamos bien —digo, aún no dispuesta a dejar entrar a este hombre en mi casa sin entender del todo quién es y por qué está aquí—. ¿De qué se trata?

Rory respira hondo antes de decírmelo.

—Tu marido y mi mujer están teniendo una aventura.

—¿Perdón?

—Mi mujer se llama Alice, y se ha estado acostando con tu marido, Drew.

—¿De qué demonios está hablando?

Esto podría ser peor que si Drew hubiera tenido un accidente.

—Encontré mensajes en el teléfono de mi mujer la semana pasada. Estaba enviando mensajes a otro hombre. Era evidente que estaban muy unidos, así que un día la seguí y la vi reunirse con él a la salida de un hotel. Luego entraron los dos juntos.

Rory me enseña una foto en su teléfono de Drew y su mujer entrando en un hotel del centro de la ciudad. Es él, no hay duda, pero tiene que haber otra explicación para esto.

—Debe estar equivocado. Mi marido no tiene una aventura.

—Sé que esto debe ser un *shock* para ti, y entiendo perfectamente cómo te sientes porque yo tampoco quería creerlo. Pero es verdad.

—Podrían haber estado haciendo cualquier cosa en ese hotel. Podrían ser colegas yendo a una reunión o algo así.

Me estoy agarrando a un clavo ardiendo, pero supongo que hay una pequeña posibilidad de que Drew trabaje con esa mujer, aunque nunca la haya mencionado, y podría haber estado asistiendo a una conferencia médica ese día en el hotel.

—¿Cómo explicas esta? —me pregunta Rory, mostrándome otra foto, y esta vez no hay forma de excusarla. Se trata de una imagen de Drew y Alice besándose en la calle, justo a la salida del hotel, antes de separarse. Un acto descarado, que no solo despeja

toda duda sobre la naturaleza de su relación, sino que demuestra lo seguros que estaban de no ser descubiertos.

Siento que de repente pierdo la sensibilidad en las piernas cuando las bolsas se me escapan de las manos y tengo que sentarme en el muro de mi jardín. Es como si me apretaran el pecho, o quizá solo el corazón. Nunca había experimentado un dolor así y no sabía que era posible sentirse tan mal.

—Siento mucho ser yo quien te dé esta noticia, pero sentía que tenías derecho a saberlo —me dice Rory, mostrando auténtica preocupación por mi bienestar, lo cual sería muy dulce por su parte si no tuviera demasiadas cosas que procesar ahora mismo.

—No puedo creerlo —digo, con la voz entrecortada por una mezcla de desesperación y asco, mientras el dolor de mi pecho se niega a remitir y mi mente se debate entre dos preguntas principales. ¿Cómo ha podido Drew hacerme esto? ¿Cómo se supone que voy a seguir viviendo ahora que lo sé?

Rory ya debe haber lidiado con todo esto porque está más sereno que yo e intenta consolarme, aunque no sirve de mucho.

—¿Cómo me ha encontrado? —le pregunto, consciente de que tendré más posibilidades de obtener una respuesta a esa pregunta que a las dos que he pensado antes.

—Seguí a tu marido hasta su trabajo aquel día, después del hotel, y vi que era médico. Quería entrar y fingir que tenía una cita o algo así, para enfrentarme a él. Pero no me atreví, así que me quedé fuera. Acabé siguiéndolo a casa, hasta aquí, pero de nuevo no pude enfrentarme a él. Así que me fui. Obtuve su nombre de una búsqueda rápida en Internet de los médicos que trabajaban en esa consulta. Su foto está en su página web.

Pensar no solo en lo que Drew ha hecho con esa mujer, sino en que ha sido seguido por el marido de ella, y aún no tiene ni idea de que lo han descubierto, es una locura más que añadir a esta chocante situación.

—No sé qué hacer —admite Rory, mientras toma asiento en el muro a mi lado—. Supongo que no tenías ni idea de que estaba pasando algo.

—¡No, claro que no!

—Lo siento, no quería decir eso. Es que me he estado devanando los sesos por si me había dado cuenta antes de este problema, ¿sabes? Pero pensaba que estábamos bien. Rara vez discutíamos. Éramos felices juntos, o al menos eso creía.

Eso suena exactamente como mi matrimonio con Drew, así que es obvio que ambos hemos estado ciegos.

—Yo tampoco sé qué hacer —admito, con la voz temblorosa por la emoción.

—Voy a hablar con Alice esta noche. Le diré lo que sé.

Rory parece mucho más valiente que yo, pero él ha tenido más tiempo para procesarlo. La idea de tener una conversación similar con Drew me llena de temor, porque sé que una vez que haya pronunciado las palabras “Lo sé”, su fachada se desmoronará y no tengo ni idea de lo que hará a continuación. ¿Se pondrá a la defensiva y lo negará? ¿Me contará una historia para excusarse? ¿O —y esto es lo que más temo— admitirá sin más que ha tenido una aventura, eliminando toda duda posible antes de

decirme que me deja por ella?

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Rory, y parece como si buscara un poco de validación para enfrentarse a su compañera esperando que yo haga lo mismo.

—Supongo que le diré a Drew que yo también lo sé.

Pero soy consciente de que es más fácil decirlo que hacerlo. ¿Cómo se supone que voy a enfrentarme al hombre con el que esperaba estar casada el resto de mi vida y decirle que sé que lo ha arruinado todo? Porque eso es exactamente lo que ha hecho. Nos ha robado el futuro al tiempo que destruía nuestra felicidad.

Transcurren cuatro largas horas desde la conversación en el muro de mi jardín hasta que Drew llega a casa del trabajo, y he pasado todo ese tiempo haciendo todo lo posible por no ponerme enferma. Pero las náuseas casi me invaden cuando entra y me sonríe, comportándose como si todo fuera bien cuando, por desgracia para los dos, no lo es.

Debería decirlo. Decir lo que tengo que decir. Acabar de una vez.

—¿Cómo te ha ido el día? —pregunta Drew—. He visto las bolsas en el pasillo, así que supongo que ha sido bueno.

Solo dilo, Fern. Dile lo que sabes y borra esa sonrisa de su cara.

—¿Qué te has comprado? —pregunta, mientras abre la nevera y saca el cartón de zumo de naranja antes de darle un trago.

Normalmente le echaría la bronca por beber del cartón en lugar de verterlo en un vaso, pero de alguna manera esa indiscreción no parece muy importante en el gran esquema de las cosas. Desde luego, no es lo peor que ha hecho últimamente, pero ¿por qué no le he dicho nada todavía? ¿Y por qué parece que, cuanto más lo dejo pasar, menos posibilidades hay de que lo haga?

—Hola, ¿hay alguien ahí? —dice Drew riendo después de que no le responda.

—¿Eh?

—Te he preguntado qué te has comprado hoy. ¿Algo bonito?

—Eh, no. Solo algo de ropa.

—¿Como qué?

—Eh, solo un par de tops. No mucho.

—Vaya, esto es lo menos entusiasta que te he visto nunca sobre ir de compras.

Vuelve a reírse antes de dar otro trago al cartón, y yo quiero hacerlo, de verdad, pero me doy cuenta de que no puedo. Por alguna razón, me parece más fácil y seguro mantener la farsa que ser sincera. Supongo que Drew ya lo sabe por lo que ha estado haciendo todo este tiempo.

También hay un aspecto de esto que me hace sentir que no decirlo en voz alta lo hace menos real, como si pudiera fingir que no es verdad. De momento, solo estoy en guerra con mis pensamientos, y quizá eso sea mejor que verbalizarlos y estar en guerra con Drew.

Me pregunto si Rory ha tenido más éxito hablando con su mujer. Nos intercambiamos los números justo antes de que se fuera de mi casa para que pudiera enviarle un mensaje y preguntarle cómo le había ido. Supongo que solo hace falta que uno de los dos se atreva y se enfrente a su respectiva pareja, porque una vez que uno de ellos sepa que se

ha acabado el juego, seguro que se lo dirá al otro. Puede que sea débil por mi parte, pero siento que prefiero esperar a que Rory haga el trabajo sucio. Entonces Alice podrá decírselo a Drew, ahorrándome la molestia de sacar el tema yo misma.

Drew está demasiado distraído con su teléfono como para fijarse en mí con el mío, así que le envío un mensaje a Rory y le pido que me ponga al día. Pero, cuando lo recibo, parece que no ha llegado más lejos que yo:

Lo he intentado, pero no he podido hacerlo.

Admito que yo estoy igual. Entonces quedamos en vernos, los dos necesitados de apoyo para intentar salir de este lío.

Al día siguiente, cuando Drew vuelve al trabajo y Alice está ocupada en otras cosas, me reúno con Rory en un bar de la ciudad. Cuando lo veo, parece que ha dormido lo mismo que yo la noche anterior, es decir, nada.

—Fue más difícil de lo que pensaba —le digo, mientras nos sentamos en un rincón y nos tomamos un par de copas—. Intenté soltarlo, pero fue imposible. ¿Y sabes qué fue lo peor? Durante todo el tiempo que estuve luchando con mis pensamientos, mi marido se paseaba por nuestra cocina sin importarle nada.

—Sé lo que quieres decir —admite Rory, nervioso, antes de dar un trago a su *whisky* —. Alice no tenía ni idea de lo que intentaba decirle. Estaba tranquila, relajada. Creo que ver con qué facilidad puede tener dos caras es lo que ha empeorado todo esto.

Ambos estamos de acuerdo en que lo que más duele aquí no es el engaño en sí, sino la continua confianza con la que ambos siguen con sus vidas.

Pedimos otra ronda, seguida de otra, y cuanto más nerviosos estamos, más disfrutamos ideando formas de vengarnos de nuestras parejas infieles. Pero son más fantasías e ideas tontas que cosas serias que se nos ocurrirían llevar a cabo, y aunque hacemos todo lo posible por animarnos, ambos sabemos que, al final, tendremos que hacer lo más sensato y poner fin a nuestras relaciones con nuestras parejas.

Acabo reflexionando sobre mi matrimonio con Drew y lamentándome porque nunca pensé que tendría que lidiar con algo como el adulterio. Digo que mi marido no ha sido más que cariñoso y atento durante nuestra relación, desde una cita en el cine en la que fue a comprarme palomitas a mitad de la película —después de que yo cambiara de opinión sobre si las quería— hasta nuestra luna de miel en el Caribe, cuando se encargó de que pusieran pétalos de rosa por todo el suelo de nuestra *suite* al llegar.

Rory tiene sus propias historias de Alice. Aparentemente eran la pareja perfecta en el pasado, pero deja claro que su principal preocupación ahora es tener que empezar de nuevo, aunque con la mochila de un divorcio a sus espaldas en su próxima relación.

Somos un par de almas tristes sentadas en la esquina de este bar, un bar que se va vaciando poco a poco hasta que llega la hora de cerrar y somos las dos únicas personas que quedan. Sabemos que nuestras parejas se estarán preguntando dónde estamos, pero, teniendo en cuenta lo que nos han hecho, eso nos importa un bledo. Cuando salimos a la

oscura noche de Manchester, ambos estamos borrachos, emocionados y con ganas de vengarnos.

Lo que podría explicar por qué terminamos besándonos.

29

FERN

En la actualidad

Supongo que fue ese beso fuera de ese bar en Manchester lo que empezó todo esto. No, espera, eso no es cierto. Fue ese beso fuera del hotel que lo precedió. Si Drew y Alice no se hubieran besado en primer lugar, Rory y yo nunca habríamos acabado haciendo lo mismo. Todo esto ha sucedido por su culpa, no por la nuestra.

Es culpa de Drew que esté muerto.

Y es culpa de Alice que la hayan acusado de su asesinato.

Sabía que era lo lógico después de que la policía la detuviera, pero aun así tuve que ser paciente mientras registraban su casa. Fue un registro impulsado principalmente por la necesidad de la policía de localizar su teléfono móvil, para poder leer los mensajes que contenía y confirmar los que habían visto en el teléfono de Drew. Pero el hecho de que Alice les hubiera dicho que su teléfono había desaparecido —algo que también me había mencionado en el café matutino anterior al descubrimiento del cuerpo de Drew— significaba que no sería fácil para la policía encontrarlo.

Pero al final lo encontraron con facilidad.

—Estaba escondido en una caja de zapatos al fondo de su armario —me dice el detective Tomlin.

—¿Qué hacía allí?

—Supongo que lo escondió. Aunque no lo hizo muy bien.

—¿Mintió sobre la pérdida de su teléfono? ¿Por qué haría eso?

—Porque obviamente no quería que viéramos el mensaje. Pero lo hemos hecho, y hemos confirmado que le envió a su marido un mensaje de texto el día de su muerte diciéndole que se reuniera con ella en la playa. El punto de encuentro es el lugar exacto donde se encontró su cuerpo.

—¿Planeaba hacerlo? —digo, incrédula—. Entonces, ¿no fue algo al azar?

—Parece que quería llevar a su marido a un lugar tranquilo donde nadie pudiera ver lo que le iba a hacer.

—¿Lo ha admitido?

—No, ella sigue negándolo todo. Bueno, casi todo.

Detecto un cambio en la actitud del detective, que parece incómodo, incluso más que cuando hablamos de la muerte de mi marido.

—¿Qué pasa?

—Me temo que su marido tenía una relación con Alice.

—¿Qué quiere decir?

—Estaban teniendo una aventura.

—¿Una aventura?

—Sí.

Antes de continuar, me encargo de volver a fingir, ya que me disgusto, me enfado y me vuelvo a disgustar.

—No. Imposible. Drew nunca me engañaría.

—Tenemos varios mensajes entre ellos en los que queda claro que estaban juntos. Alice ha admitido que se veían, tanto aquí como en Manchester.

—¿Su aventura empezó en Manchester?

El detective Tomlin asiente tímidamente.

—No lo entiendo. ¿Se conocían antes de encontrarnos aquí? ¿Y fingieron ser extraños?

—Sí.

—No, debe haber un error.

—Me temo que no.

—No me lo creo. Se equivoca.

El detective espera pacientemente mientras lo “proceso”, antes de que le pregunte algo que él pueda responder con más facilidad.

—¿Qué dice Rory sobre esto? ¿Sabía lo que estaba pasando?

—Está tan sorprendido como usted. Parece que fueron muy buenos guardando el secreto.

—Sigo sin entenderlo. Aunque se vieran en Manchester, ¿qué posibilidades había de que ambos acabaran aquí, en el mismo pueblo?

—Creemos que su marido siguió a Alice hasta aquí.

—¿Que hizo *qué*?

Es agotador tener que fingir tanto, pero no me queda más remedio, ya que el detective repasa las cosas que yo ya sabía.

—Según los mensajes que hemos leído en los teléfonos de ambos, Alice puso fin a la aventura en Manchester, pero Drew no quería dejarlo. Debió conseguir que se mudaran aquí con falsos pretextos y luego se dedicó a intentar hacer cambiar de opinión a Alice. Según los mensajes que se enviaron, parece que ella se mostró reacia al principio, pero luego empezaron a verse de nuevo. Aunque es posible que Alice solo accediera a reunirse con él al darse cuenta de que no la dejaba en paz, así que planeó tomar medidas para detener el acoso que él ejercía sobre ella.

—¿Acoso? ¿La estaba acosando?

—Es posible. Ese sería un motivo para hacerle daño.

—¿Qué ha dicho a eso?

—Ella lo niega. Admite que habían retomado el romance y que se había reunido con él varias veces desde que llegó al pueblo, pero se mantiene firme en que nunca envió ese último mensaje sobre el encuentro junto a las rocas.

—Oh, qué bien que haya admitido que se ha visto varias veces en privado con el marido de otra mujer —gruño, sarcástica, mientras sacudo la cabeza y aprieto los puños

—. ¿La cree? —pregunto entonces, y es una pregunta importante en más de un sentido.

—¿Sinceramente? No, no la creo.

—Pero el mensaje fue enviado desde su teléfono, ¿verdad?

—Sí, aunque eso no significa que lo haya enviado ella.

—¿No ha sido así?

—Tal vez necesitemos más pruebas.

—¿Qué tipo de pruebas?

—Todavía no hemos recuperado el arma homicida. Lo que se usó para golpear a Drew en la cabeza sigue desaparecido. Pero lo estamos buscando mientras hablamos.

—¿Y si lo encuentran? ¿Será suficiente?

—Vayamos paso a paso. Alice está bajo custodia, y no irá a ninguna parte por un tiempo. Si el arma está en este pueblo, la encontraremos. Basándonos en el hecho de que el asesinato tuvo lugar en la playa, es posible que el arma haya sido arrojada al mar, y si ese es el caso, puede que nunca la encontremos.

—¿Y si no se encuentra?

—Todavía hay pruebas suficientes para llevar a Alice a juicio. Pero no son concluyentes. Que tuvieran una aventura no significa que ella lo hiciera. Ese mensaje de texto sobre el lugar de encuentro es clave, pero un buen abogado defensor podría sacarla de esto.

—Entonces, tienen que encontrar el arma. Quiero justicia para mi marido.

—Lo comprendo.

Estoy teniendo cuidado de no jugar a la esposa enfadada y celosa después de enterarme de la aventura de Drew, porque eso solo me daría motivos para hacerle daño, y no quiero que nadie se pregunte si podría haberme enterado de su infidelidad antes de entrar en esta sala.

—La mantendremos informada —me dice el detective Tomlin, antes de separarnos de nuevo.

Vuelvo a casa con mi familia después de esto, aunque ahora la casa es aún más incómoda porque los padres de Drew están aquí.

Como suponía, los dos están destrozados y parece que no han comido ni dormido desde que les dijeron que su hijo había muerto. Ojalá no fuera yo la responsable de hacerles pasar por esto, porque son buenas personas con buena moral —a diferencia de su vástago— y no se merecen este tormento. Pero yo tampoco, y así es la vida, supongo.

Ya les han contado las novedades sobre el caso contra Alice y están convencidos de su culpabilidad, como todo el mundo en este pueblo. Los medios de comunicación ya la presentan como la villana, como una chica de ciudad loca por el sexo que jugó a un juego peligroso con un hombre casado hasta que se le fue de las manos y se puso violenta. Es increíble cómo los periodistas pueden especular sobre las cosas y escribir lo que necesiten para conseguir clics y lecturas, pero es una versión de los hechos que estoy más que feliz de que informen. Si supieran la jugosa historia que tienen entre manos... Historia que algún día podría descubrirse con un poco más de investigación y un poco de suerte. Pero están demasiado ocupados escribiendo artículos excitantes como para

pensar que podría haber algo más de lo que parece. Por desgracia, no es tan fácil desviar la atención de la policía y, a pesar de que el detective Tomlin me dice que cree que Alice es la responsable del asesinato de Drew, queda pendiente el asunto del arma homicida.

¿Dónde podría estar?

El hecho de que se esté registrando exhaustivamente la playa demuestra dónde cree la policía que está, y como siguen centrando allí sus esfuerzos, de vez en cuando vigilo sus avances desde la ventana de mi dormitorio. Es un dormitorio que parece vacío ahora que ya no tengo a nadie con quien compartirlo. Esa sensación de vacío me acechaba incluso cuando Drew aún vivía, porque, aunque en el pasado estaba físicamente conmigo, su mente solía estar en otra parte.

Pero no solo me encuentro mirando por la ventana para vigilar a la policía. Lo hago porque me hace parecer la viuda afligida, la que está demasiado alterada para bajar y sentarse con los demás, y la que necesita tener un rato a solas para procesar todos sus pensamientos. Estar aquí arriba me evita tener que entablar conversaciones incómodas con los padres de Drew y con los míos, y me alegro de que me dejen sola la mayor parte del tiempo. Por supuesto, vienen a verme con regularidad, aunque solo sea para asegurarse de que la ventana sigue cerrada y de que aún no me he tirado por ella. Pero siempre me encuentran en mi silla contemplando la playa, y me ofrecen una copa antes de cerrar la puerta y darme un poco más de paz.

Acabo quedándome dormida en esa silla un par de veces a lo largo de las siguientes veinticuatro horas, y es durante una de esas veces cuando llega una nueva noticia.

Se ha encontrado el arma del crimen.

Fue un perro rastreador en la playa quien hizo el descubrimiento vital, escarbando en la arena hasta que su adiestrador se dio cuenta de que había dado con algo y coordinó todos los esfuerzos en esa zona concreta.

Resulta que el instrumento utilizado para golpear a Drew en la cabeza era una pala, del tipo que la mayoría de la gente guarda en el garaje o en el cobertizo para hacer pequeños trabajos en el jardín. Pero esta pala en particular se usaba para mucho más que jardinería, y el ADN del cráneo de Drew que se encontró en ella no era lo único interesante para la policía. Eso es porque las huellas dactilares de Alice también estaban por todas partes.

En lo que concierne al detective Tomlin, el caso está claro. Él y sus colegas creen que Alice atrajo a Drew a la playa bajo falsos pretextos, lo golpeó en la cabeza con la pala hasta que murió y luego enterró el arma en la arena, creyendo que no sería descubierta. Por desgracia para ella, la han encontrado, y ahora, a pesar de mantener su inocencia, se enfrenta a lo que seguramente va a ser un juicio por asesinato muy parcial que solo puede tener un resultado.

Estaré en el tribunal para presenciar ese juicio, al igual que mi familia, la familia de Drew y cualquiera que pueda llegar a la tribuna de espectadores. Rory también estará allí, por supuesto, en su calidad de marido de la acusada, un hombre conmocionado por lo que su mujer fue capaz de hacer a sus espaldas, o al menos así es como los periodistas están hablando de él. Pero sé que no está tan afectado como está dando a entender, igual que yo tampoco lo estoy. La verdad es que nosotros pusimos todo esto en marcha, y está

saliendo tal como esperábamos.

Pero no somos los villanos aquí. No hemos llevado las cosas demasiado lejos, a pesar de lo que Drew y Alice nos hicieron. No, le dimos a ese par todas las oportunidades para cambiar su destino. Rory, en particular, estaba decidido a intentar hacer lo correcto y asegurarse de que los cuatro tuviéramos una realidad completamente distinta.

Lo intentamos.

Lo intentamos de verdad.

Pero Drew y Alice fracasaron.

30

FERN

Seis meses antes

¿Cómo se supone que una mujer debe lidiar con vivir con un marido infiel? Supongo que día a día. Así es como me lo he tomado desde que me enteré de la aventura de Drew. Han pasado un par de semanas desde que Rory soltó su bomba en mi entrada y puso todo mi mundo patas arriba. Dos semanas fingiendo que estoy bien. Dos semanas de tener que estar cerca de Drew y no gritar, ni insultarle, ni caer de rodillas y preguntarle cómo ha podido hacerme esto. Toda una quincena de mirar varias fotos nuestras colgadas en las paredes de casa, preguntándome cómo pude haber sido tan feliz como para sonreír tan ampliamente. Ha sido horrible, pero de algún modo lo he superado, tanto que empiezo a preguntarme si debería dejarlo.

Estoy tratando de ver lo que ha hecho con Alice no a través de los ojos de una mujer despechada, sino a través de los de alguien un poco más imparcial, y al hacerlo puedo justificarlo. Fue un momento de debilidad. Un error de juicio. Tal vez ha estado estresado en el trabajo. Tal vez no le he estado prestando suficiente atención. Tal vez es algo que necesitaba para salir de la rutina. Tal vez fue su versión de una crisis de mediana edad. Así son los hombres.

Sé que estoy poniendo excusas por él, y también sé que parte de la razón es porque yo misma no soy del todo inocente estos días. No después de compartir un beso con Rory fuera del bar esa noche. Vale, no fue una aventura en toda regla, pero, técnicamente, sigo siendo una mujer casada, así que también he engañado. No estoy segura de que estemos empatados, y solo fue en represalia por lo que Drew hizo antes, pero sigue siendo una prueba de que la vida no es tan simple como parece. La gente se equivoca. La gente hace cosas que no debería, cosas de las que se arrepiente. Eso no los hace malos. Solo los hace humanos.

No soy la única que ha considerado darle otra oportunidad a su pareja. Sé que Rory también tuvo el mismo dilema sobre qué hacer con Alice, y me lo dijo cuando lo vi ayer. Aunque, en ese momento, ya había tomado una decisión. Muy sabiamente, decidimos celebrar esta reunión en un lugar en el que no se sirvieran grandes cantidades de alcohol, así no había peligro de que perdiéramos el control y acabáramos cayendo de nuevo en los brazos del otro.

La cafetería donde nos encontramos estaba concurrida y llena de oficinistas, y fue allí donde Rory me contó su plan maestro para intentar salvar su matrimonio y garantizar que la aventura de su mujer con mi marido llegara a su fin.

—Le sugerí a Alice que nos mudáramos, y ella aceptó.

—¿Mudaros? ¿A dónde?

—Arberness. Es un pueblo cerca de Escocia. Yo nací allí, aunque mis padres se mudaron cuando era pequeño. He vuelto muchas veces a lo largo de los años, a menudo con Alice, y a los dos nos encanta. Es tranquilo. No como esto.

Señaló al enjambre de gente sentada a nuestro alrededor en la cafetería para ilustrar su argumento, pero recuerdo que pensé que era casi como si estuviera culpando a la locura de la vida en la ciudad de lo que había hecho su mujer, lo cual era ridículo, pero no dije nada.

—Le dije a Alice que, como trabajo a distancia desde la pandemia, podíamos vivir en cualquier parte, así que no tenía sentido estar pagando todo este dinero aquí cuando podíamos mudarnos a un sitio mucho más asequible. No estaba seguro de que aceptara, pero me dijo que le gustaba cómo sonaba.

—¿Todavía no sabe que la has descubierto?

—No.

—¿Estás seguro? Porque a lo mejor sí lo sabe, y solo dice lo que cree que quieres oír.

—No, no tiene ni idea de que sé lo de ella y Drew. No le he dicho ni una palabra al respecto. Te lo dije, no puedo. Es demasiado duro.

—Lo sé, solo me estaba asegurando. Entonces, ¿crees que este cambio será suficiente para que vuelva a serte fiel?

—No tengo ni idea, pero tengo que intentarlo. No quiero perderla. Todavía la quiero mucho, a pesar de lo que ha hecho.

Asentí entonces para demostrarle a Rory que comprendía su difícil situación. Sabía que era un buen hombre, un hombre sincero, y comprendía por qué prefería explorar todas las vías posibles para salvar su matrimonio antes de tomar la fulminante decisión de pedir el divorcio.

—Creo que no puede salir nada bueno de que yo la deje. Ambos estaríamos solos entonces, pero así, si nos mudamos, puede ser un nuevo comienzo para nosotros.

—Me parece que vale la pena intentarlo.

—¿En serio? ¿No crees que soy estúpido?

—No, claro que no. Haces lo que crees que es mejor para tu relación.

—No dejo de pensar en todas las personas que vinieron el día de nuestra boda. Imagínate tener que decirles que los votos que presenciaron no sirvieron para nada. No quiero que se sientan mal, y desde luego no quiero que se sientan mal por mí. Preferiría que no lo supieran, y quizá no tengan que saberlo. Y todo el mundo merece una segunda oportunidad.

—Siempre que lo hagas por las razones correctas. Quédate con ella porque la quieres, no porque te avergüence volver a estar soltero.

Rory pareció entender mi punto de vista antes de abordar el incómodo tema de nuestro beso.

—No quiero ofenderte ni nada, pero lo que pasó fuera de ese bar me hizo darme cuenta de lo mucho que sigo queriendo a Alice —dijo—. Me refiero a que, aunque te estaba besando, seguía pensando en ella.

—Encantador —respondí entonces, aligerando un poco el ambiente en nuestra mesa.

—Sabes lo que quiero decir. Todavía tengo sentimientos por mi esposa, sentimientos fuertes, y no puedo renunciar a ellos. Todavía no...

Esa última frase fue bastante reveladora, y supe lo que Rory estaba insinuando. Esperaba que la mudanza no solo fuera un nuevo comienzo para la pareja, sino que Alice volviera a serle fiel. Pero eso no estaba garantizado.

—Por supuesto, tendré que vigilarla —me dijo Rory solemnemente—. Comprobar sus mensajes. Quizá incluso seguirla de vez en cuando. De lo contrario, supongo que siempre habrá una duda en el fondo de mi mente sobre qué podría estar tramando y con quién.

—Entiendo. Supongo que tendré que hacer lo mismo con Drew.

—Entonces, ¿tú también te vas a quedar con él?

—Creo que sí. Me lo estoy tomando con calma. Tal vez mañana cambie de opinión, pero a día de hoy, sí, creo que quiero quedarme con él. Tenemos mucha historia. Y muchos planes para nuestro futuro.

—No es tan fácil como lo pintan en las películas, ¿verdad? Allí, cuando alguien pilla a un infiel, suelen tener una gran discusión, se van por caminos separados, conocen a alguien nuevo y acaban teniendo mucho sexo y aventuras por el camino. Pero la vida real no es así, ¿verdad?

—No sé qué películas has estado viendo —dije riendo—. Pero sí, entiendo lo que quieres decir. La vida real es muy diferente.

—Al menos, que yo me mude con Alice pondrá fin a esta aventura. Dudo que intenten verse ahora con tanta distancia de por medio. Esperemos que esto haya sido solo un gran error. Algo aislado.

—Sí, esperemos.

—¿Me avisarás si sospechas que sigue pasando algo?

—Por supuesto. ¿Y tú harás lo mismo?

—Lo prometo.

Una conversación tan sombría y aleccionadora inevitablemente significa que ambos tenemos expresiones sombrías mientras hablamos. Ninguno de los dos siente que haya salido ganando, sino que hemos puesto una tirita a una herida muy grande, y solo vamos a esperar que se pegue y se cure con el tiempo.

Después de hacer nuestro pacto de vigilar a nuestros compañeros e informar al otro de cualquier problema, parecía que no teníamos mucho más de qué hablar. Pero era obvio que a ambos nos reconfortaba estar cerca del otro mientras procesábamos todas nuestras emociones, así que la conversación continuó un rato más.

—¿Cuándo crees que os mudaréis? —le pregunté a Rory entonces.

—Muy pronto. Mi tía tiene una casa que está vacía la mayor parte del año, así que podríamos mudarnos allí. De momento servirá hasta que llegue el dinero de la venta de la casa, entonces buscaremos un sitio.

—¿Tu casa ya está a la venta?

—No, pero esa es mi próxima tarea.

—Vaya, te mueves rápido.

—Sí. Es increíble lo motivado que estoy cuando mi matrimonio está en juego —me

dijo, haciendo gala de ese oscuro sentido del humor que me había ayudado a encariñarme con él.

—Me pregunto si Alice está lista para que la aventura termine. Supongo que debe estarlo si quiere irse tan rápido como tú.

—Es posible. Tal vez sabe que irnos es lo mejor. Así deja de jugar con fuego, por así decirlo.

—Espero que Drew también esté feliz de que termine. Supongo que será difícil para mí saberlo.

—Intenta no pensar así. Solo concéntrate en cada día, como dijiste.

—Sí.

La conversación se apagó rápidamente después de eso, y fue curioso que tuviéramos muy poco de qué hablar más allá del asunto de nuestras parejas. Al despedirnos a la salida de la cafetería, nos dimos un cálido abrazo, reflejo de dos personas que desearían no haber tenido que conocerse nunca, pero que sabían que la otra estaba haciendo todo lo posible.

Eso fue ayer, y supongo que ahora, si ha mantenido su palabra, Rory ha puesto su casa en venta. Eso significa que Alice va a dejar esta ciudad. Me pregunto si ya le habrá dado la noticia a Drew.

Vigilaré de cerca su estado de ánimo durante las próximas semanas. Si es bueno, supongo que ella nunca le importó. Si es malo, quizá se lo esté tomando peor de lo que me hubiera gustado. Como con todas las cosas, el tiempo lo dirá. Pero no puedo evitar sentirme cautelosamente optimista sobre el futuro. Solo puedo desearle a Rory lo mejor en su nueva vida en el norte mientras espero lo mejor para mí aquí.

No estoy muy segura de que yo pudiera mudarme a un lugar tan diferente de la ciudad, pero es evidente que a él le gusta estar allí, y si las circunstancias fueran diferentes, estaría bien parar allí y saludarlo si Drew y yo alguna vez pasáramos por allí de camino a un breve descanso en Escocia. En una realidad alternativa, estoy segura de que los cuatro podríamos haber sido amigos. Pero obviamente eso nunca va a suceder. Tengo que mantener a Drew lo más lejos posible de ese pueblo, y no debería ser muy difícil porque está a más de trescientos kilómetros. De lo único que tengo que preocuparme ahora es de asegurarme de que Drew no empiece una nueva relación con otra persona en Manchester porque, si lo hace, entonces no podré perdonar y olvidar por segunda vez.

No sé muy bien qué haré si vuelvo a pillarle haciendo trampas, pero sí sé una cosa.

No será bonito.

31

FERN

En la actualidad

El juicio de Alice Richardson comenzó en un lluvioso día de primavera, y el sombrío ambiente que reinaba fuera de la sala se reflejaba dentro de ella. No hubo sonrisas cuando los miembros del jurado tomaron asiento. Tampoco sonrieron los abogados de la acusación ni los de la defensa, ni el juez que supervisó el proceso. Y desde luego no había sonrisas en la tribuna, que era donde yo estaba sentada, a un par de asientos de Rory, mientras nos preparábamos para ver a su mujer enfrentarse a las consecuencias por el asesinato de mi marido.

Siendo las dos únicas personas en la sala que sabían la verdad sobre lo que realmente le había ocurrido a Drew Devlin, Rory y yo nos aseguramos de mantener nuestras interacciones al mínimo. No buscábamos llamar la atención ni levantar sospechas, y nos comportamos como dos personas a las que la vida les había jugado una mala pasada y que estaban allí para que la ley les diera algún tipo de conclusión antes de poder dar los pasos necesarios para seguir adelante.

A pesar de intentar mantener la compostura, no pude evitar un grito ahogado cuando vi por primera vez a Alice sentarse en el banquillo de los acusados. El tiempo que había pasado bajo custodia policial no había sido bueno con ella, y era obvio que había perdido peso, color y cualquier tipo de entusiasmo por la vida durante ese periodo. El estrés y la magnitud de la situación —así como la injusticia de la misma, por supuesto— estaban haciendo mella en ella, y parecía agotada mientras hablaba para confirmar su nombre, su dirección y, lo más importante, su petición.

Seguía declarándose “no culpable”.

E iba a hacer falta un milagro para que un jurado le diera la razón.

En la primera parte del juicio, la acusación expuso sus argumentos, y fue entonces cuando se desveló todo lo que yo había puesto cuidadosamente en marcha, ilustrando al jurado sobre una sórdida historia de aventuras extramatrimoniales, nuevos comienzos en un tranquilo pueblo y, en última instancia, una peligrosa cita en la playa al anochecer, todo ello contado con la ayuda de varios mensajes de texto entre el acusado y la víctima.

Fue durante el trabajo de la fiscalía cuando supe que Alice estaba condenada. No solo el abogado encargado de meterla entre rejas era excelente en su trabajo, sino que el jurado difícilmente podría equivocarse tanto como para desestimar todas las pruebas que se estaban presentando. Y, por su parte, Alice parecía saber que estaba librando una batalla perdida. Atrás habían quedado la rabia y la desesperación con las que declaró su

inocencia cuando fue detenida. En su lugar había una tranquila resignación con que, de alguna manera, le habían tendido una trampa.

Tenía razón, por supuesto, porque le habían tendido una trampa, pero, por suerte, no había descubierto cómo. No había adivinado que Rory podría tener algo que ver, y desde luego no me había culpado a mí en ningún momento. Era como si estuviera desconcertada sobre cómo había podido ocurrir y, en lugar de intentar resolverlo hasta dar con la respuesta correcta, se había sentido abrumada y abatida, probablemente no ayudada por los rumores de que sus abogados habían pasado mucho tiempo intentando que cambiara su declaración con la esperanza de obtener una sentencia más indulgente.

¿Puede haber algo más desgarrador que ser acusado de un delito que no has cometido y que ni siquiera las personas encargadas de mantenerte fuera de la cárcel te crean? Imagino que no. También imagino que Alice ha pasado cada uno de sus días en custodia reflexionando sobre sus acciones y cómo no estaría aquí si no se hubiera liado con Drew.

¿Qué le gustaba de la aventura? ¿La emoción? ¿Lo imprevisible? ¿El hecho de salirse con la suya en algo que nadie más sabía?

Bueno, todo lo que puedo decir es que ahora sé exactamente cómo se siente.

Ha pasado una semana antes de que la defensa pueda dar su opinión, y no envidio al abogado encargado de persuadir al jurado de que Alice es inocente de todo lo que se la ha acusado en los últimos días. Pero hay una razón por la que los abogados cobran bien, y es porque se espera de ellos que hagan cosas que no todo el mundo puede hacer. Hacen todo lo posible por desvirtuar la versión policial de los hechos y por sembrar la duda en el jurado.

Me he encontrado observando y estudiando mucho las caras de los miembros del jurado durante el juicio, no solo porque lo que decidan determinará si mi plan ha sido o no un éxito, sino porque es curiosamente fascinante ver a doce desconocidos reunidos y teniendo el destino de otro desconocido en sus manos. Nunca me han elegido para ser jurado, ni me gustaría, porque es un papel que conlleva una gran responsabilidad. Son ellos los que tienen que escuchar las dos caras de un argumento convincente y luego decidir a quién creen más, pero siempre existe la posibilidad de que se equivoquen.

Sin presiones entonces.

Los miembros del jurado son de distintas de edades, que van desde los veinte a los sesenta años, y es de suponer que todos ellos proceden de diferentes entornos y tienen diferentes experiencias vitales que conforman lo que son, lo que contribuirá en cierta medida a dar forma a sus decisiones en este caso. Algunos se sentirán inconscientemente indiferentes hacia la acusada, mientras que otros la despreciarán en secreto y estarán deseando que llegue el momento de dar su veredicto. Las ideas preconcebidas son algo real, y no tiene sentido negarlo. Se supone que todos son personas imparciales, pero no estoy segura de que eso sea posible cuando la vida no es imparcial. Nada ni nadie en esta vida es igual, y no sé cómo alguien puede pretender que lo sea. Todo esto parece una farsa, una representación para que el juez la presida, pero supongo que no es diferente de lo que Rory y yo hemos estado haciendo durante todo este tiempo.

Después de un juicio tenso, incómodo y bastante deprimente, el juez despide a los

miembros del jurado para que deliberen.

El día del veredicto hay una agradable pausa en el tórrido tiempo, impropio de la estación, y mientras subo las escaleras del juzgado bajo un cielo azul despejado, un viento frío me azota, pero me reconforta saber que esto acabará pronto. Este es el último paso de las cosas que tienen que suceder. Con suerte, Alice irá a la cárcel y el caso se cerrará, lo que permitirá a la policía seguir adelante y a mí, hacer lo mismo. Será una oportunidad para recordar cómo era la vida antes de que me consumiera la necesidad de venganza, antes de tener que pasar cada minuto de mi día fingiendo ser alguien que no soy. Ya no tendré que ser la cónyuge ingenua, la viuda afligida o la ciudadana conmocionada que no puede creer que semejante violencia pueda ocurrir delante de sus narices. En lugar de eso, volveré a ser la vieja Fern, y estoy impaciente.

—¿Han llegado a un veredicto en el que estén de acuerdo?

Los ojos de la sala están puestos en el presidente del jurado, que responde positivamente.

—En el cargo de asesinato, ¿cómo encuentra a la acusada?

Parece que la respuesta tarda una eternidad, pero en realidad es solo un segundo.

—Culpable.

A Alice se le cae la cabeza. La mía también, pero por una razón muy diferente. Ella está desolada, mientras que yo estoy aliviada. Ahora solo queda escuchar la sentencia. Parece que alguien es incapaz de hacerlo. Rory está saliendo de la galería. Mientras se va, me echa un vistazo. No tengo ni idea de lo que está haciendo, pero ojalá se hubiera quedado donde estaba y no hubiera llamado la atención. Supongo que podría parecer que está angustiado por ver que la mujer con la que se casó ha sido declarada culpable de un crimen atroz y que necesita un poco de aire fresco para asimilarlo. Eso está bien si todo el mundo piensa que eso es lo que sucede. Pero creo que la enormidad de lo que él y yo hemos hecho acaba de golpearlo tras conocerse el veredicto de culpabilidad, y ahora me preocupa que no sea capaz de mantener la compostura.

Aunque no soy tan tonta como para dejar mi asiento e ir tras él. Me quedo donde estoy hasta que el juez haya dado su opinión. Para cuando lo ha hecho, Alice ha sido sentenciada a veinte años entre rejas, y mientras se la llevan mira hacia el asiento donde antes se sentó Rory. Pero hace tiempo que se ha ido, y ese es mi siguiente movimiento.

El último obstáculo a superar es responder a un par de preguntas de los periodistas a las puertas del juzgado, varios de los cuales quieren saber qué opino de que se haya llegado a un veredicto sobre el asesinato de mi marido.

—Me alegro de que se haya hecho justicia, pero aquí no hay ganadores. Me gustaría que me dejaran en paz para seguir con mi vida, gracias.

Y con eso, hago mi salida, subiendo a la parte trasera de un coche junto con mis padres, antes de que hagamos el viaje de vuelta al pueblo y a la casa que pronto pondré a la venta. Les dije a todos que pensaba volver a Manchester, pero no podía pensar en ello hasta que terminara el juicio. Ahora que ha finalizado, es hora de dejar atrás el pueblo.

Es curioso, pero, a pesar de todo lo que ha ocurrido, parece que fue ayer cuando Drew sugirió que nos mudáramos aquí.



Una sugerencia que resultó ser la peor idea de su vida.

32

FERN

Seis meses antes

Como Rory y Alice ya se han ido de Manchester, he estado vigilando de cerca a Drew para calibrar su estado de ánimo. Como me temía, no ha sido bueno. Parece que echa de menos a Alice, o al menos esa es la única explicación que tengo para que se muestre malhumorado, irritable y algo agresivo con su forma de hablarme en varias ocasiones durante estas últimas semanas.

Parece que últimamente le pone de los nervios cualquier cosa, desde el lavavajillas hasta el reciclaje, pasando por la puerta del baño, que chirría. Estoy tan acostumbrada a que suba y baje las escaleras cada noche después de llegar a casa del trabajo que ya ni siquiera me molesto en preguntarle por su día, y me he acostumbrado tanto a que beba mucho más de lo que debería los fines de semana que no le pido que baje el ritmo ni le digo que me preocupa que pueda tener un problema. Eso es porque sé cuál es su problema, y no es un mal día en el trabajo ni una dependencia del alcohol ni nada por el estilo.

Es porque Alice se ha ido, y se ve obligado a conformarse conmigo otra vez.

A pesar de todas las esperanzas de que su marcha pudiera acercar a Drew de nuevo a mí, se ha hecho dolorosamente obvio que no ha funcionado. Me pregunto cómo le habrá ido a Rory en el norte y me interesa saber si Alice muestra alguna de las tendencias de Drew. Al final, la curiosidad se apodera de mí y me pongo en contacto con Rory para ponerlo al día, llamándole una noche mientras Drew está sentado en el jardín trasero, dando un trago a otro botellín de cerveza y mirando con tristeza los macizos de flores.

—Fern, hola. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

La verdad es que es bastante agradable volver a oír la voz de Rory, o quizá es que hace tiempo que un hombre no me pregunta cómo estoy. Dios sabe cuándo fue la última vez que Drew me preguntó algo así.

—No estoy segura. Es Drew. No ha sido él mismo desde que os fuisteis. Creo que echa de menos a Alice.

—Oh, ya veo.

—Me preguntaba cómo está Alice. ¿Has notado algún cambio en ella desde que os mudasteis allí?

—Sí, la verdad es que sí, pero ha sido positivo. Ha estado más atenta conmigo. Más presente. Siento oír que tienes problemas con Drew, pero, en lo que respecta a Alice, todo está bien.

—Me alegra oírlo —digo, y soy sincera porque me alegro por Rory. Parece que su matrimonio ha vuelto a la normalidad, así que el alejamiento no ha sido una pérdida de tiempo. Pero me ha demostrado cuánto le importaba Alice a mi marido, y es obvio que se trataba de mucho más que sexo, al menos para él.

—Entonces, ¿no crees que sigan en contacto de alguna manera? —le pregunto a Rory antes de colgar, esperando que diga que no y que se acabe todo. Pero duda en contestarme, y tengo la sensación de que hay algo que no quiere decirme—. ¿Qué pasa? —le pregunto mientras miro por la ventana de mi cocina a Drew, sentado en el jardín, despegando distraídamente la etiqueta de su botellín de cerveza.

—De vez en cuando he revisado el teléfono de Alice mientras dormía, y me temo que Drew le ha mandado un par de mensajes, usando mensajes privados en las redes sociales.

—¿Diciéndole qué?

Vuelve a dudar, pero lo insto a que me lo cuente todo, por doloroso que sea.

—Dice que la echa de menos. Que desea que nunca se hubiera ido. Dice que no está seguro de cómo puede seguir sin ella.

No es nada más de lo que ya había deducido de su comportamiento, pero oírlo es como un puñetazo en el estómago. Como si pudiera decirle esas cosas a otra mujer.

—Ya veo.

—Lo siento, Fern.

—¿Ella le ha contestado a los mensajes?

—Solo una vez. Le dijo que ambos tenían que seguir adelante y que dejara de ponerse en contacto con ella. Él no le ha hecho caso, pero ella no ha contestado desde entonces.

Parece que Rory es el afortunado en todo esto. Su mujer ha entrado en razón, mientras que mi marido sigue actuando como un hombre sin moral.

—Vale, gracias por contármelo —digo antes de terminar la llamada, contenta de haberla hecho, pero desolada por lo que he acabado oyendo.

Es en este punto que decido que ya es suficiente. Voy a poner fin a esto. Voy a salir al jardín, me sentaré a su lado y le diré lo que siento. Le diré que he notado un distanciamiento entre nosotros en estos últimos meses y que, después de pensarlo seriamente, he decidido que lo mejor que podemos hacer es separarnos.

Me pregunto si se opondrá o si estará de acuerdo. Diga lo que diga, estoy decidida a mantener mi decisión.

Pero, cuando lo hago, va y me dice lo único que no esperaba.

—Oigo lo que dices y tienes razón —me dice Drew cuando acabo de plantear la idea de separarnos—. Últimamente nos hemos distanciado y yo asumo la culpa de ello. He estado distante contigo. El trabajo ha sido duro y estoy cansado y estresado, pero eso no es excusa. Debería haberme esforzado más.

Sigue sin ser la verdad, pero al menos reconoce que me ha estado fallando.

—No quiero perderte, Fern, así que he estado pensando. ¿Y si nos mudamos fuera de Manchester? A algún sitio nuevo. Algún lugar menos frenético. Algún lugar donde pueda trabajar menos horas y estar en casa más temprano.

Sé el sitio que va a sugerir antes de que lo diga, aunque conservo la esperanza de que me sorprenda y elija algún sitio al azar, como un pueblo o una ciudad del sur. Pero no,

claro que no. Sugiere Arberness, y en este momento sé que nunca me va a elegir a mí en lugar de a Alice. Peor que eso: está dispuesto a seguir mintiéndome. Si yo le importara de verdad, habría aceptado poner fin a nuestro falso matrimonio. En cambio, es demasiado egoísta para pensar en nadie más que en sí mismo.

—Me lo pensaré —le digo a Drew.

Y él parece bastante contento con esa respuesta por ahora, sin duda demasiado emocionado con la perspectiva de volver a estar cerca de Alice como para no pararse a pensar por qué podría sentirme dispuesta a aceptar algo tan drástico. Si se detuviera a pensarlo, sabría que nunca querría irme de Manchester, pero, como viene siendo habitual en los últimos tiempos, no piensa en mí.

Mientras él entra a planear la logística de la mudanza, yo llamo de nuevo a Rory, que se sorprende de tener noticias mías tan poco tiempo después de nuestra última charla. Se sorprende aún más cuando le doy la noticia.

—¿Quiere mudarse aquí? No puede venir. Tienes que impedírselo.

—No estoy segura de poder hacerlo.

—Claro que puedes. Eres su mujer. Solo dile que quieres quedarte allí. No se irá sin ti.

—¿De qué me servirá? Me quedaré con él como ahora y no será feliz.

—¡Ese no es mi problema! ¡Pero que vengas aquí sí lo es!

—¿Cuál es el problema? Creía que habías vuelto a confiar en Alice.

—¡Así es!

—¿Por qué te preocupa tanto que Drew esté cerca de ella?

—¡Porque es tentar al destino! Es una estupidez.

—¿Lo es? ¿O es la única manera de saber con certeza si su relación ha terminado?

—¿Quieres ponerlo a prueba haciéndolos vivir cerca otra vez? ¿Estás loca?

—No, loca no, solo estoy harta. Harta de que me mientan. Harta de ser la segunda opción. Harta de que me tomen por tonta. Quiero hacer algo diferente.

—¿Como qué?

—No lo sé. Todo lo que sé es que todavía no puedo confiar en Drew y, por todo lo que dices, en el fondo sabes que todavía no puedes confiar en Alice. Así que, ¿qué tal si los ponemos a prueba? Es la única forma de que volvamos a estar tranquilos.

—¿Y si fracasa? ¿Y si retoman su aventura? ¿Dónde nos dejaría eso?

—No nos quedaría más remedio que vengarnos.

—¿Qué significa eso?

—Si no hacen nada, estarán bien. Pero, si hacen algo, serán castigados.

—¿Los dejaremos?

—Haremos más que eso.

Entonces vuelvo la vista hacia la casa y veo que Drew vuelve a salir con una botella de champán y dos copas en la mano. Parece que está de humor para celebrar, y apuesto a que lo está porque cree que pronto volverá con Alice. Me tomaré una copa con él porque, al igual que él, tengo un secreto del que podría estar escapándome.

—Tengo que dejarte —le digo a Rory, antes de colgar y guardar el teléfono, justo a tiempo para recibir una copa de mi marido.

—Pensé que podríamos tomarnos una copa mientras planeamos la próxima etapa de nuestras vidas —dice Drew, antes de ponerse a abrir la botella.

—Es una idea excelente —le contesto, mientras saca el corcho y me sirve un buen trago—. Por los planes.

33

FERN

En la actualidad

Ahora que todo ha pasado, puedo mirar atrás y admirar mi trabajo.

Después de aceptar mudarme al pueblo con Drew, y a pesar de las protestas de Rory de que no era una buena idea, estaba realmente dispuesta a darles una oportunidad tanto a mi marido como a Alice. Por supuesto, sabía que vería a Rory en el pueblo y que ambos tendríamos que fingir no conocernos, pero eso era bastante fácil de hacer. Lo difícil vino cuando se hizo evidente que la aventura había vuelto a empezar, porque entonces supe que Rory tenía razón. No se podía confiar en esos dos cuando estaban juntos.

Habíamos jugado con fuego.

Y ahora alguien iba a quemarse.

Estaba decidida a no ser yo, así que urdí un plan en el que tanto Drew como Alice pagarían, mientras que Rory y yo nos vengaríamos sin sufrir ninguna consecuencia. La primera parte de ese plan involucraba a Rory, que cogió el teléfono de su mujer y le envió a Drew un mensaje, haciéndose pasar por Alice, en el que le decía que se encontraran en las rocas de la playa. Una vez que llegó allí, y después de que yo me enfrentase a él, Rory salió sigilosamente de su escondite y golpeó a Drew en la cabeza con una pala —una que tenía las huellas dactilares de Alice después de que Rory le hubiera pedido que lo ayudara en el jardín un par de días antes—, matándolo en el acto. Luego enterró el arma en la arena, lo bastante lejos del cuerpo para que no se encontrara con facilidad, pero lo bastante cerca para que la policía pudiera localizarla con el tiempo.

Pero matar a Drew no habría servido de mucho sin un plan para Alice, así como un plan para mantenernos a los dos fuera de la cárcel, así que nos habíamos asegurado de tener todas las alternativas cubiertas. Además del mensaje en el que parecía que Alice había organizado la reunión con Drew, Rory se aseguró de esconder su teléfono el tiempo suficiente para que ella pensara que lo había perdido. De ese modo, podría decir de verdad a la policía que no podía entregarles su dispositivo cuando le pidieran verlo tras descubrir su mensaje en el móvil de Drew. Rory se había limitado a esconder el teléfono en su casa y, a pesar de montar un numerito muy convincente en comisaría en el que intentaba negar a la policía el acceso a su casa mientras Alice estaba detenida, siempre quiso que fueran a mirar. Y, por supuesto, lo hicieron, porque un marido enfadado no va a interponerse en su búsqueda de pruebas vitales.

Me gustaría decir que lo más difícil de todo esto fue llevar a cabo el plan en sí, pero en retrospectiva fue bastante fácil. Lo más difícil fue convencer a Rory de que esto era lo que teníamos que hacer, porque sencillamente no podría haber hecho nada de esto sin él. Pero no fue una tarea sencilla.

Después de ver a Drew y Alice juntos en su consulta, llamé a Rory desde mi teléfono de repuesto, uno de los dos que ambos habíamos comprado para conversar entre nosotros porque parecía más seguro así que usando los antiguos, como habíamos hecho en el pasado. En esa llamada, le di la triste noticia de que su mujer había vuelto a las andadas con mi marido. Como era de esperar, estaba destrozado. También intentó culparme a mí diciendo que eso nunca habría pasado si yo no me hubiera mudado aquí con Drew, pero le recordé que lo más probable es que hubiera vuelto a pasar hubiera hecho lo que hubiera hecho, porque para entonces era obvio que Drew necesitaba a Alice y no iba a renunciar a ella tan fácilmente. Y no había hecho falta mucho para que Alice volviera corriendo a los brazos de Drew.

Aunque Rory estaba angustiado, en realidad no tenía el estado de ánimo adecuado para pensar en vengarse. Me aseguré de decirle que tenía un plan y que estaba lista para llevarlo a cabo tan pronto como él lo estuviera. Esta era la parte que sabía que era crucial porque, si decía que no, entonces solo me habría quedado dejar a Drew, y eso hubiese sido dejarlo ir a la ligera. Por suerte, ya le había sugerido a Rory que intentáramos algo, solo para demostrarle más a él que a mí lo taimado que podía llegar a ser mi marido.

Sabiendo que Drew codiciaba tanto a Alice, era lógico que viera a Rory como un rival. Nunca lo hizo público, por supuesto, pero tenía que sentirlo en secreto. Con eso en mente, le sugerí a Rory que visitara a Drew haciéndose pasar por un paciente y le transmitiera algunos síntomas bastante preocupantes para ver cómo respondía el buen doctor. Si Drew era sincero y podía poner sus deberes profesionales por encima de sus celos hacia Rory, atendería a su paciente lo mejor que pudiera, derivándolo rápidamente y ayudándolo a buscar un diagnóstico lo más rápido posible. Pero si, como sospechaba, Drew tenía la tentación de aprovechar su oportunidad para eliminar a Rory del panorama, le proporcionaría un tratamiento inadecuado y retrasaría el progreso del caso de su paciente.

Aún intentando creer que mi marido era capaz de cambiar, Rory aceptó seguirle la corriente y fingió una enfermedad, hablando de pérdida de peso y dolores de estómago y de un falso historial de cáncer en su familia, cosas todas ellas que deberían haber hecho saltar las alarmas en la cabeza de Drew.

¿Y qué hizo Drew?

Nada.

Rory lo supo porque, a pesar de llamar al hospital más cercano y preguntar por la evolución de su derivación, no tenían noticias al respecto, y no tenían noticias porque no habían recibido nada del médico que lo había atendido. Rory supo entonces hasta dónde estaba dispuesto a llegar Drew con tal de tener a Alice para él solo. Estaba dispuesto a retrasar la atención de un paciente, aumentando potencialmente sus posibilidades de muerte solo por su egoísmo, y ese fue el momento en el que Rory me dijo que me

ayudaría con mi plan. Después de todo, si Drew había estado dispuesto a dejar morir a Rory, ¿por qué Rory no iba a estar dispuesto a hacer lo mismo?

Al explicarle cómo podíamos hacerlo y salirnos con la nuestra, Rory fue lo bastante útil como para encontrar los defectos en mi plan hasta que fue a prueba de balas, y entonces llegó el momento de actuar. Ahora lo hecho, hecho está. Arrojamos al mar nuestros segundos teléfonos momentos después de la muerte de Drew, asegurándonos así de que no nos pudieran relacionar, y todo lo que queda ahora es que ambos lidiemos con las consecuencias de nuestras acciones. Por suerte, nosotros nos ocuparemos de ellas en el exterior mientras Alice se ocupa de las suyas en la cárcel.

Ahora solo me queda una cosa por hacer: empaquetar y marcharme de aquí. Mis padres me están ayudando y, aunque parece que fue ayer cuando esta casa se llenó de cajas que había que desembalar, ahora está empezando a llenarse de cajas que se cargarán en un camión de mudanzas y se llevarán a Manchester.

Incluso después de lo que he hecho, sigo teniendo extraños momentos de lo que solo puedo llamar "amnesia afortunada". En esos momentos, olvido por muy poco tiempo lo que he hecho e incluso que Drew se ha ido, y aunque son extremadamente fugaces cuando aparecen, lo hacen sorprendentemente a menudo. En el último de ellos intenté levantar una caja en el dormitorio de invitados, pero me costó mucho trabajo. Estaba a punto de llamar a Drew para que viniera a ayudarme cuando me acordé.

Supongo que nunca me dejará de verdad, aunque se haya ido, porque pasamos muchos años juntos, y su vida está entrelazada para siempre con la mía, incluso en la muerte.

Mientras hago las maletas, me pregunto si debo hacer una escapada rápida para despedirme de algunas de las personas que he conocido aquí, personas que siempre han sido amables conmigo, pero aún más después de todo lo que ha ocurrido. Personas como Audrey, las otras mujeres del café semanal, incluida Agatha, y algunas otras como las de la carnicería y el *pub*. Personas que vivían vidas muy normales, corrientes y pacíficas hasta que yo llegué aquí y conseguí convertir su pueblo en lo que un día simplemente será un episodio más en una serie de crímenes reales en la televisión nocturna. Estaría bien que diera la cara por última vez, que les hiciera saber que, aunque este pueblo quedará manchado para siempre para mí, no tiene nada que ver con ninguno de ellos.

También tengo la tentación de tomar el camino más fácil y marcharme sin tanto alboroto ni atención. Irme ahora con mis padres. Seguir al camión de la mudanza por la autopista. Y no mirar atrás. Hasta que mis padres toman la decisión por mí y me sugieren que demos un paseo por el pueblo para despejarnos antes del largo viaje de vuelta. Acepto a regañadientes y emprendemos lo que espero que sea un rápido desvío antes de no volver a pisar este lugar.

Pero, como este pueblo tiene la costumbre de hacer, me sorprende una última vez.

34

FERN

—No tenemos tiempo para tomar algo. Prefiero ponerme en marcha —le digo a mi padre después de que haya sugerido que pasemos por el *pub* a tomar un refresco durante nuestro paseo.

—Nos espera un largo viaje. Necesito una pinta antes de enfrentarme a esas autopistas —dice, y empuja la puerta y entra.

—Vamos, no tardaremos —dice mamá, poniéndose de su parte aunque ella nunca ha sido muy bebedora.

Mientras me guía hacia el interior del *pub*, empiezo a tener la sensación de que algo más podría estar pasando aquí. Y, en efecto, descubro que así es.

A pesar de ser media tarde, el *pub* está sorprendentemente lleno, y enseguida se hace evidente el porqué. Todo el mundo ha salido a despedirse de mí, y aunque no es exactamente una fiesta de despedida —porque una fiesta sería inapropiada después de lo que ha pasado—, es una especie de reunión, y es por mí.

—¿Qué está pasando? —pregunto a mis padres, que obviamente estaban al corriente de esto, sea lo que sea.

—Todo el mundo quería dejarte un buen recuerdo de este lugar antes de que te fueras —me dice mamá, con cara de pena por todo lo que he perdido desde que estoy aquí.

—Aquí tienes, Fern, esta va por cuenta de la casa —dice el propietario, saliendo de detrás de la barra para entregarme una copa de vino blanco.

Le doy las gracias antes de sonreír al mar de caras que me rodean para mostrarles mi agradecimiento por haber pensado en mí antes de irme. Pero entre las caras hay alguien con quien preferiría mantener las distancias, y es Rory. Está de pie junto a la barra, con una pinta de cerveza en la mano, aunque no parece que sea la primera del día. Levanta el vaso cuando me ve mirar en su dirección, pero hay algo en la forma en la que me mira que me inquieta.

—Siento mucho todo por lo que has pasado. —La voz que oigo detrás es la de Audrey, y me doy la vuelta justo a tiempo para que me abrace con cariño—. Me gustaría que no te fueras, pero entiendo que sientas que tienes que hacerlo. Espero que algún día tengas ganas de visitarnos y, si lo haces, asegúrate de venir a verme, ¿vale?

La genuina buena voluntad de esta mujer rompe mis defensas por un momento y me siento al borde de las lágrimas, lágrimas que no son fingidas, como tantas de las que he derramado en los últimos meses. Si Audrey o cualquier otra persona de esta taberna supieran de verdad quién soy y lo que he hecho, nunca serían tan amables conmigo,

pero, como no lo saben, tratan mi marcha de su pueblo como si fuera una vergüenza cuando, en realidad, deberían alegrarse. Mi partida significará el fin de los problemas que han afectado a este lugar.

—Muchas gracias, Audrey. Ha sido un placer conocerte y nunca olvidaré lo amable que has sido conmigo desde que llegué. ¿Recuerdas la lasaña que me hiciste?

—Por supuesto, querida. No ha sido ninguna molestia. Solo desearía que algún día me hubiera tocado entregar una comida que no fuera solo para ti o tu pareja, sino también para un pequeño.

Audrey tiene buenas intenciones, pero se asusta un poco cuando se da cuenta de que podría haber dicho algo equivocado y se disculpa.

—Está bien —le digo—. Habría sido un sueño. Pero por desgracia no estaba destinado a ser así.

Al cabo de un rato, consigo zafarme de las garras de Audrey y paso un rato deambulando por el *pub*, aceptando unas cuantas frases hechas más y despidiéndome de varias personas, antes de dirigirme hacia donde está Rory, de pie junto a la barra.

—Adiós, Rory —le digo, abriendo los brazos para darle un abrazo, porque eso es lo que harían antes de despedirse dos personas que se han conocido aquí y se han hecho amigas.

Rory sabe que aquí no debe hacer nada que pueda levantar sospechas, así que acepta mi abrazo y yo le deseo lo mejor, algo que de verdad siento porque hemos pasado muchas cosas juntos y se merece volver a ser feliz algún día. Pero, justo antes de separarnos, me susurra al oído:

—Necesito hablar contigo en privado. Reúnete conmigo en la parte trasera del *pub* en cinco minutos.

Detecto un fuerte olor a alcohol en su aliento, pero solo es una de las cosas que me preocupan cuando lo dejo y paso a la siguiente persona.

¿De qué quiere hablarme? ¿Se arrepiente de lo que hicimos? Si es así, es más que un poco tarde para eso. ¿O es que le preocupa que haya algo que pueda hacer que nos pille la policía, una pista que no pudimos cubrir a pesar de hacer todo lo posible? No lo sé, pero la ansiedad es insoportable mientras sigo moviéndome por el *pub*, dando y recibiendo unos cuantos abrazos más, antes de ver a Rory dirigirse hacia la puerta.

—Ahora vuelvo —le digo a mi padre, mientras le paso mi copa de vino vacía—. ¿Podrías traerme otra?

Que vaya al bar con mamá debería mantenerlos ocupados los próximos minutos para que no salgan a buscarme. Cuando salgo, desearía no haber venido nunca a este maldito bar. Podría estar en un coche en la autopista con la cabeza apoyada en el asiento, intentando dormir. En lugar de eso, sigo en este maldito pueblo teniendo que lidiar con lo que sea que Rory quiera decirme, y cuanto más tiempo estoy aquí, más me siento como un personaje de una de esas películas en las que se ven incapaces de escapar del lugar, como si el lugar fuera un personaje en sí mismo.

—Hola —me dice Rory al verme llegar a la parte trasera del *pub*. Está de pie junto a una pila de barriles de cerveza vacíos y se balancea un poco, claramente ebrio pero sin que parezca importarle demasiado.

—¿Qué sucede?

—Quería hablar contigo antes de que te fueras. Te envié un mensaje a tu segundo teléfono, pero nunca respondiste.

—Tiré ese teléfono hace meses. Se suponía que tú habías hecho lo mismo.

—Supongo que me aferré a ella.

—¿Por qué harías eso? Si alguien más lo encontrara, tendría pruebas que podrían usarse para arruinarnos.

—Lo sé. Lo siento.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Cuánto has bebido?

—Eso no importa.

—¡Lo hace si existe la posibilidad de que acabes hablando con alguien de lo que hicimos!

—Ten algo de confianza en mí. No soy tan estúpido.

Me doy cuenta de que puedo estar siendo un poco dura con mi cómplice, así que le pido disculpas.

—¿De qué se trata? ¿Qué quieres decirme? ¿Es sobre Alice y el juicio? ¿La policía te ha hecho más preguntas?

Me aterroriza que puedan estar tras él, y por él me refiero a nosotros. ¿Qué error hemos cometido? ¿Qué cabo suelto no hemos atado? Debería haber sabido que salir impune de un asesinato no sería tan fácil.

—No, nada de eso —dice Rory, para mi enorme alivio, y me figuro que él también debería alegrarse por eso, aunque sigue sin parecer muy contento.

—Bien. Entonces, ¿qué es?

—Te quiero.

—¿Qué?

De todas las cosas que podría haber dicho, eso es lo último que me esperaba.

—Ya me has oído. Me he enamorado de ti, Fern.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Sé que no es lo ideal, pero no puedo evitar sentirme así. Después de todo lo que hemos pasado juntos, no puedo dejar de pensar en ti. Aquel beso que compartimos en Manchester. En cómo te negaste a que me conformara con Alice cuando creías que aún no era buena para mí. Y lo que hemos sido capaces de hacer. Somos un gran equipo, ¿verdad?

—Solo somos amigos. Amigos que, por desgracia, se unieron por lo que hicieron nuestras parejas.

—Pero somos más que eso. Tú también me besaste, ¿recuerdas?

—¡Estaba borracha! Más o menos como tú lo estás ahora.

Rory parece un poco dolido por eso, pero también sabe que es la verdad.

—Ese beso fue hace mucho tiempo. Si sentías algo por mí, ¿por qué no me dijiste nada?

—Entonces no tenía sentimientos. Acaban de desarrollarse.

—Te sientes solo porque Alice está en prisión. Pero estarás bien. Conocerás a alguien más.

—¿A quién? ¿A quién voy a conocer? Aquí apenas hay mujeres de mi edad, y las que hay ya están casadas.

—Entonces, múdate.

—¿Podría volver a Manchester contigo?

—¿Estás loco? ¿Qué crees que parecería eso? Nosotros dos juntos después de lo que pasó con Drew y Alice. ¡Sería más que sospechoso!

—Entonces, ¿estás diciendo que no sientes nada por mí?

—No y, aunque lo sintiera, no haría nada al respecto porque es demasiado arriesgado.

Quiero irme y poner fin a esta conversación sin sentido, pero antes necesito pruebas de que Rory no va a hacer nada que ponga las cosas en peligro.

—¿Estamos bien? —pregunto, con la esperanza de que podamos irnos en buenos términos y no en términos incómodos, porque lo último que necesito cuando vuelva a Manchester es preocuparme por lo que Rory pueda estar diciéndole a alguien en un *pub* la próxima vez que beba demasiado.

Seguramente no sería tan estúpido como para soltar la verdad, una verdad que podría llevarlo a la cárcel tan rápido como a mí, pero el hecho de que yo siga aquí significa que es una preocupación.

—No, no estamos bien —dice con brusquedad—. Lo he perdido todo. Ojalá nunca lo hubiéramos hecho. Ojalá Drew siguiera vivo y Alice siguiera aquí, conmigo.

—¿A pesar de que se reían de nosotros a nuestras espaldas?

—¿Era eso peor que esto? Estar solo. Sentirse culpable. No tener nada.

—¡Reacciona! Tienes que espabilar. Te sugiero que vayas a casa, te despejes y luego pienses qué quieres hacer. Pero yo me voy. Adiós, Rory.

Me doy la vuelta para alejarme, pero Rory dice lo único que podría hacer que me detuviera en este momento.

—Contaré lo que hicimos —dice—. Se lo diré a alguien a menos que admitas que ese beso significó algo para ti, porque sé que así fue.

Dios mío, esto está pasando de verdad. Después de todo el trabajo y el esfuerzo, y a pesar de haberme deshecho tanto de Drew como de Alice, Rory ha acabado siendo mi mayor amenaza.

—Rory, tienes que dejarme ir. Será más fácil seguir adelante sin mí cerca. Solo nos los recordaremos el uno al otro.

—Pero algo bueno tiene que salir de todo esto, ¿no? Si no, ¿qué sentido tenía? ¿Solo venganza? ¿No hay más en la vida que eso?

—¿Qué quieres que haga, Rory, quedarme aquí y estar contigo? ¡Eso es ridículo, y lo sabes! ¿Qué quieres? ¡Dímelo!

Rory se queda sin palabras por un momento antes de que por fin se le ocurra una respuesta.

—Ven a mi casa antes de irte. Quiero estar contigo. Una sola vez. Luego seguiré adelante y nunca diré una palabra a nadie sobre lo que hicimos.

¿De verdad está haciendo esto? ¿Me está chantajeando para que me acueste con él? Eso parece. No sé qué decir a eso. Estoy disgustada y consternada, y en mi opinión es

casi tan malo como nuestras exparejas. Pero va muy en serio, y ahora que se ha decidido, parece que no tengo muchas opciones.

—Si hacemos esto, ¿prometes que será el final? ¿No volverás a intentar contactar conmigo ni vendrás a por mí? ¿Y no hablarás con nadie sobre lo que hicimos?

—Te lo prometo.

Sacudo la cabeza y le muestro que no hay mucho más que pueda hacer entonces.

—Bien —digo—. Vete a casa, nos vemos allí en diez minutos. Tengo que inventar una excusa en el *pub*.

Rory tiene una sonrisa estúpida en la cara mientras se dirige a su casa y yo vuelvo al *pub*, con la cabeza dándome vueltas por lo que acaba de pasar, pero no tengo tiempo para nada más que para decirles a mis padres que tengo que ir a hacer algo antes de que nos vayamos del pueblo.

—Quiero dar un paseo por la playa. Sola. Despedirme de Drew por última vez.

Espero que sea una historia lo bastante buena como para que me dejen en paz mientras voy a casa de Rory y, por suerte, lo entienden.

—Tómate el tiempo que necesites, cariño —dice papá, antes de darme un abrazo—. Nos vemos en casa cuando estés lista.

—Te quiero, cariño —dice mamá, mientras me abraza también—. Estoy muy orgullosa de ti y de lo valiente que estás siendo.

Doy las gracias a mis padres antes de salir del bar. Mientras me dirijo a casa de Rory, me doy una pequeña charla de ánimo.

—Acaba de una vez —me digo, mientras camino por las tranquilas calles—. No será divertido, pero al menos será lo último que tenga que hacer en este maldito pueblo.

35

FERN

Un mes después

Dicen que uno nunca abandona realmente un lugar que ama porque siempre lleva consigo una parte de él allá donde vaya. Supongo que es cierto, porque Manchester nunca me abandonó, ni siquiera cuando estaba en ese pueblo rodeado de nada más que calles vacías y hectáreas de arena desierta.

Incluso cuando estaba allí, siempre me acordaba de las concurridas callejuelas de la ciudad y de la gente que se apresuraba a atravesarlas de camino a una oficina en un rascacielos, a un museo o a un *pub*, o a la última función de una gran producción en el teatro. En lugar de la brisa marina de la costa, de vez en cuando me acordaba de lo que era sentir el olor a café al pasar por delante de un lugar donde expertos baristas vertían leche en tazas, haciendo bonitos dibujos en la superficie de lo que fácilmente podría haber sido una simple bebida. Cómo olvidar las vinotecas, esos locales decorados con decadencia en los que uno siempre se sentía como en casa, tanto si entraba bajo la lluvia para tomar una copa antes de coger el tren a casa como si ocupaba una mesa durante varias horas con varios amigos, una botella entre ellos y ningún otro sitio en el que estar.

Supongo que eso explica por qué, en la primera noche que vuelvo a disfrutar de la ciudad desde que me mudé, estoy sentada en un bar un viernes por la noche y saboreando cada segundo de la actividad que se desarrolla a mi alrededor.

He venido aquí sola y no pienso hablar con nadie, pero eso no significa que me sienta sola mientras observo a la gente. No hay mejor lugar que este para un juego así, y mientras miro a mi alrededor a los clientes con los que comparto este local, me invento todo tipo de historias tontas sobre ellos en mi cabeza.

Está el tipo de la camisa de flores y los pantalones cortos, que imagino que es un surfista de California que, de alguna manera, ha acabado aquí, en las calles empapadas de lluvia de Manchester, y desde entonces intenta encontrar el camino de vuelta a casa. Hay una señora corpulenta con un vestido amarillo que no para de derramar champán sobre su mesa, y me imagino que es una afortunada ganadora de la lotería que se está gastando su fortuna rápidamente antes de acabar donde empezó, sin un céntimo y teniendo que empeñar ese bonito vestido por un poco de dinero. Luego está el tipo elegante que está cerca de mí en el bar, con sus ojos azules de ensueño y su mandíbula viril, e imagino que es un modelo que tiene la noche libre, que está celebrando otro contrato de seis cifras con una empresa de lociones para después del afeitado que muy pronto pondrá su cara en una valla publicitaria en Times Square.

Mientras lo miro y me pierdo en mi estúpida ensoñación, no me doy cuenta de que él también me está mirando.

Para cuando reacciono, está claro que el desconocido tiene la impresión de que estoy interesada en él, porque se acerca a mí con confianza y me dice que no ha podido evitar darse cuenta de que le estoy prestando atención.

—Oh, lo siento —digo, avergonzada—. Estaba soñando despierta. No quería mirarlo fijamente.

—¿O no querías que te pillaran?

Me guiña un ojo con descaro y me tranquiliza antes de preguntarme si estoy disfrutando de la velada.

—Sí, ha estado bien hasta ahora.

—¿Estás sola o esperando una cita?

—Sí, estoy esperando a que llegue un hombre atractivo y guapo que me invite a otra copa —bromeo.

—Bueno, ya estoy aquí, así que ¿qué quieres beber? —contesta sin perder un segundo, y yo me río a carcajadas, aunque gran parte de la carcajada queda ahogada por la música alta que hay aquí, cosa que agradezco bastante.

Considero mis opciones, consciente de que el hecho de que un hombre guapo coquetee conmigo no significa que tenga que darle falsas esperanzas e involucrarme en algo. Podría limitarme a charlar educadamente durante un rato y luego marcharme, fingiendo que tengo que volver a casa porque alguien me espera allí, un marido quizá, y el anillo de casada en mi mano izquierda ayudaría a hacer más creíble esa historia.

Sigo llevando el anillo que Drew deslizó en mi dedo el día de nuestra boda, incluso después de su muerte y de todo lo que me hizo. Aunque estoy deseando que llegue el día en que pueda quitármelo, para que no tenga que actuar como un recordatorio constante de él, por ahora me lo he dejado puesto, así que sigo pareciendo la viuda triste que añora lo que una vez tuvo. Incluso después de todo este tiempo y aun con otra mujer en prisión por su asesinato, sigo siendo sensata y asegurándome de que nadie sospeche de mí.

Pero una mujer se siente sola después de un tiempo, y por eso no me apetece poner fin a esta conversación. Es agradable hablar y flirtear, sobre todo con un hombre tan guapo como él, así que cuando me dice en serio que quiere invitarme a otra copa, acepto su amable ofrecimiento y le permito ocupar el asiento vacío a mi lado.

—¿Estás esperando a alguien de verdad o estás sola esta noche? —pregunta, mientras el camarero se pone manos a la obra con nuestro pedido.

—Estoy sola un viernes por la noche. ¿Eso debería entristecerme?

—No, en absoluto. No hay nada malo en disfrutar de tu propia compañía. De hecho, yo también estoy solo. Se suponía que había quedado con un amigo, pero lo canceló.

—Supongo que su pérdida es mi ganancia.

A mi nuevo amigo le gusta esa respuesta y, mientras recibimos nuestras bebidas, se presenta formalmente.

—Roger —me dice, ofreciéndome la mano.

—Fern —le respondo mientras se la estrecho, pero al hacerlo no puede dejar de fijarse en el anillo.

No dice nada, pero me doy cuenta de que su actitud ha cambiado y de que quizá le preocupa estar perdiendo el tiempo intentando ligar con una mujer casada.

—Ah, el anillo. No pasa nada, no estoy casada. Bueno, ya no.

—¿Estás divorciada?

—No exactamente.

No estoy segura de si mencionar mi triste historia es la mejor manera de entablar una conversación de bar un viernes por la noche, pero, como no quiero que este tipo se haga una idea equivocada, decido ser sincera.

—Mi marido falleció.

—Oh, lo siento mucho.

—No pasa nada. Lo estoy superando. Día a día.

—No me lo puedo imaginar. Debe ser muy duro.

—Sí, lo ha sido, sobre todo por la forma en la que murió. —Roger parece tener miedo de pedirme que me explaye sobre ese punto, pero me gusta bastante la simpatía que esto me va a granjear, así que continúo—: Fue asesinado.

—¿Qué? Dios mío, es horrible. Lo siento mucho. ¿Qué sucedió? No, espera, no tienes que contestar si no quieres. Podemos hablar de otra cosa si lo prefieres.

—Está bien, me gusta hablar de él. Es importante no fingir que no sucedió. —Me tomo un momento para recomponerme supuestamente antes de continuar—. Tenía una aventura y fue asesinado por la otra mujer. No supe de ella hasta después de que todo pasara.

Roger parece horrorizado, y apuesto a que se está preguntando por qué ha elegido hablar conmigo entre todas las demás mujeres de este lugar.

—Eso es horrible. Lo siento mucho. ¿Qué le pasó a la mujer?

—Ahora está en prisión.

—Bien. Vaya, qué locura.

—Sí, encontraron el arma homicida en la playa con sus huellas por todas partes. Al menos la atraparon.

—¿La playa?

—Sí, ocurrió en Arberness.

—Oh, espera, recuerdo haberlo oído en las noticias. No puede ser, ¿tú eres la esposa?

—Sí, por desgracia.

Roger niega con la cabeza, y me da pena aguarle la noche del viernes, así que intento darle una salida si la quiere.

—Lo siento. No tienes que escuchar mi triste historia. Has salido a divertirte. No te sientas mal si quieres ir a hablar con otra persona.

—¿Qué? No, no pasa nada. Además, dudo que vaya a encontrar a nadie aquí con una historia más interesante que la tuya, ¿verdad?

Su broma ayuda a levantar el ánimo a donde estaba antes de que empezara a hablar de la muerte y la infidelidad, y a medida que pasamos a temas un poco menos intensos —como el comportamiento cuestionable de algunas de las personas que nos rodean en este bar—, me pregunto si no será hora de dejar entrar a un nuevo hombre en mi vida. Nada serio, por supuesto, porque tengo que esperar un poco más para que parezca que

aún estoy de luto por Drew. Pero puedo divertirme un poco, ¿no? Dios sabe que me lo merezco. Igual que sabe que hace tiempo que un hombre que me interesaba también se interesaba por mí.

Me acuerdo entonces de Rory, el último hombre que ha intentado ganarse mi afecto, y después de que Roger se haya ido al servicio, saco el móvil y tecleo su nombre. Al instante me aparecen varios resultados de búsqueda de Rory Richardson, y hago clic en la noticia más reciente, porque solo me interesan las novedades en lo que a él se refiere.

Este último artículo habla de que un forense ha atribuido a su caso un veredicto de muerte accidental, y eso es lo que yo esperaba, así que me permito una pequeña sonrisa antes de seguir leyendo. El artículo continúa resumiendo cómo se encontró el cuerpo de Rory, que estaba en la bañera de su casa, sumergido bajo el agua, y no respondía a los médicos que lo descubrieron. Se cree que se desmayó en la bañera tras haber bebido mucho y que se ahogó por accidente, lo cual es obviamente trágico.

Tampoco es cierto.

Lo sé porque yo estaba allí cuando Rory murió. No hubo nada accidental en ello. Después de seguirlo hasta su casa tras nuestra conversación en el *pub*, le hice creer que estaba dispuesta a acostarme con él a cambio de que guardara silencio sobre lo que habíamos hecho. Pero en el aparcamiento del *pub* me di cuenta de que, si Rory estaba dispuesto a chantajearme una vez, nunca estaría a salvo de él, hiciera lo que hiciera. Si a eso le añadimos que había desarrollado un grave problema con la bebida y que se había convertido en un problema, estaba claro que tenía que hacer algo.

Algo tan decisivo como lo que les hice a Drew y Alice.

Después de encontrarme con Rory en su casa, me ofreció una copa, que rechacé, aunque eso no iba a impedir que él bebiera. Claramente borracho, se me insinuó, pero pude rechazarlo sugiriéndole que subiéramos. Mareado por la excitación, me condujo hacia el dormitorio, pero cuando pasábamos por delante del cuarto de baño le propuse que nos divirtiéramos allí.

Le conté una mentira sobre cómo me gustaba hacerlo en la bañera, y con la cabeza llena de todo tipo de imágenes de mi cuerpo desnudo bajo la espuma jabonosa, abrió los grifos y dejó que el agua llenara la bañera.

Después de indicarle que se desnudara —orden que no pudo cumplir con la suficiente rapidez—, se metió en la bañera mientras yo me sentaba detrás de él, le masajeaba los hombros y lo animaba a beber aún más. El alcohol y el agua caliente no tardaron en hacer efecto y, a medida que Rory se iba adormeciendo, me aseguraba de animarlo a hundirse aún más en la bañera, bajándole los hombros hasta que su cabeza apenas sobresalía del agua.

Cuando se durmió, vi cómo se sumergía en el agua y, de hecho, fui yo quien contuvo la respiración mientras esperaba a que se quedara sin oxígeno. No sé exactamente qué esperaba que ocurriera, porque nunca había visto a nadie ahogarse. Esperaba que se quedara bajo el agua hasta que se desmayara, y entonces lo único que tendría que hacer sería irme. Pero Rory se despertó de repente y, mientras sus ojos asustados me miraban desde debajo del agua, supe que solo le faltaba un segundo para volver a levantarse y jadear en busca de aire.

Por eso le puse las manos en el pecho y lo sujeté.

Se agitó un poco, pero debido al alcohol sus movimientos eran débiles, y utilicé la gravedad a mi favor, aplicando hacia abajo la fuerza justa para impedir que se levantara, pero no la suficiente para dejarle marcas en la piel que pudieran interesar a un agente de policía. El interior resbaladizo de la bañera también me ayudó, ya que Rory no tenía nada a lo que agarrarse para ayudarse.

Tras varios sofocantes minutos, dejó de resistirse. Lo único que me quedaba por hacer era limpiar algunas superficies del cuarto de baño, por si había huellas dactilares, antes de escabullirme de su casa y volver a la mía, donde les dije a mis padres que estaba lista para marcharme después de mi paseo por la playa. Luego subimos al coche y nos marchamos, dejando el pueblo para siempre.

Mis padres y los de Drew se han estado ocupando de la venta de la casa, lo que significa que no he tenido que volver allí desde entonces, y dudo que vuelva nunca. Aquel pueblo y todo lo que pasó allí me parecen estar a un millón de kilómetros de donde estoy ahora, mientras guardo el móvil y espero a que Roger venga a reunirse conmigo en el bar.

Cuando lo hace, tiene una gran sonrisa en la cara. Cuando le pregunto por qué, me dice que es porque acaba de pedir que pongan una canción. Cuando suena, insiste en que la baile con él. Nunca he sido una gran bailarina, pero él hace un buen trabajo convenciéndome de que puedo cambiar el hábito de toda una vida. Cuando empieza a sonar la canción, dejo mi asiento y lo sigo a la pista de baile.

A medida que nos acercamos, con sus manos en mis caderas y nuestros ojos fijos únicamente en el otro y no en las demás personas que nos rodean, recuerdo lo que se siente al ser deseada. Drew solía hacerme sentir así hasta que transfirió esa energía a Alice. Pagó el precio por eso, al igual que ella. En cuanto a Rory, fue desafortunado, pero al final se convirtió en un daño colateral. Ahora, de los cuatro, soy la que ha salido mejor parada de todo esto, y mientras Roger me hace girar, siento que las cosas mejoran.

Puede que ya no sea la mujer del médico, pero no pasa nada.

¿Quién sabe qué será lo próximo para mí ahora que este nuevo hombre está en mi vida?

Bendito sea, Roger parece feliz mientras me enseña sus movimientos y me ayuda a maniobrar por la pista. Tiene una sonrisa de oreja a oreja, como el gato que se comió al ratón. Cree que va a tener suerte, y puede que la tenga. Pero claro, no tiene tanta suerte, porque no sabe quién soy realmente, ¿verdad? Tal vez piense que solo soy una mujer con la que puede divertirse un rato, pero que no pasará nada si las cosas se tuercen entre nosotros y acaba dejándome un poco menos satisfecha de lo que estaba antes de conocerme.

Como he dicho, bendito sea. No tiene ni idea, igual que mi exmarido tampoco la tenía.

Tendré que asegurarme de que siga siendo así.

Y estoy segura de que puedo.

Después de todo, hasta ahora ha sido fácil, ¿verdad?

EPÍLOGO

El hombre que hacía girar a Fern por la pista de baile del concurrido bar de Manchester sabía muy bien lo que hacía. Estaba siendo suave, sofisticado, divertido y encantador y, sobre todo, estaba mostrando unos movimientos impecables mientras se movía al ritmo de la música. Todo ello con un único objetivo: seducir a su pareja de baile y, con suerte, acercarse aún más a ella de lo que ya estaban.

Para cualquiera que lo viera, no habría sido diferente del tipo de cosas que ocurren en los bares de todo el mundo a esas alturas de la semana. Dos desconocidos que se conocen, se toman unas copas y se conocen aún más a medida que disminuyen las inhibiciones y aumenta el deseo de contacto humano. Pero esa pareja era mucho más de lo que parecía. Fern, por supuesto, tenía su propia historia, y menuda historia. Pero Roger también era alguien que tenía secretos y, a pesar de la confianza interior de la mujer con la que bailaba, era alguien que, por primera vez, parecía ir un paso por delante de ella.

Porque Fern no era una desconocida para él, y ese encuentro fortuito en un bar no era otra cosa al azar que el universo había permitido que ocurriera. Más bien, había sido un acto deliberado. Roger había seguido a Fern hasta allí, igual que la había seguido durante los últimos días por la ciudad, viéndola comer, comprar y disfrutar de la vida. La había estado siguiendo porque sospechaba que había más en su historia de lo que ella contaba.

Roger —o Greg, como se llamaba en realidad— había sido una vez buen amigo de alguien a quien Fern conocía bien, aunque nunca se había cruzado con la mujer. Había sido amigo de Drew, el difunto médico, que había sido compañero suyo de tenis, y ambos habían compartido la pista muchas veces a lo largo de los años. Greg había elegido su seudónimo basándose en el tenista favorito de Drew, Roger Federer, consciente de que sería menos arriesgado acercarse a Fern operando bajo un alias. Pero ¿por qué la necesidad del engaño?

Fue porque Greg sintió que Fern ocultaba algo.

Después de sentirse consternado al conocer la noticia de la muerte de Drew, Greg había descubierto que no acababa de creerse la idea de que hubiera sido asesinado por su amante, porque Drew le había confiado una vez lo de Alice. Sabía lo enamorados que estaban.

Pensó que tenía que haber algo más.

Y sintió que Fern podría tener la clave de lo que había sucedido.

Todo surgió después de que Greg recordara una conversación que había mantenido con Drew unos años antes de que el médico dejara Manchester y se trasladara al pueblo. Allí, tras un partido de tenis y varias cervezas, había salido el tema de las relaciones y las mujeres. Greg había bromeado sobre el hecho de que Drew estuviera casado y de que ya

no pudiera disfrutar de la vida de soltero, antes de burlarse de él y sugerirle que fuera a hablar con una mujer al bar. No eran más que bromas banales, pero la respuesta de Drew a aquel desafío se le había quedado grabada a Greg.

—¿Tienes idea de lo que me haría mi mujer si pensara que estoy coqueteando con otras mujeres? —dijo, consternado pero sincero—. Me mataría, no tengo ninguna duda.

Greg pensó que su amigo estaba bromeando, pero Drew le habló de una ocasión en la que se había mensajeado con una mujer con la que había estudiado Medicina y, aunque los mensajes eran puramente platónicos, Fern se había enterado. Cuando lo hizo, casi le tiró el teléfono contra la pared, le llamó tramposo y se enfadó tanto que él pensó que iba a pegarle. Al final había conseguido calmarla y convencerla de que no pasaba nada, lo cual era cierto, pero le había abierto los ojos sobre cómo podía comportarse su mujer si pensaba que la estaban engañando.

Por eso, tras la noticia del asesinato de Drew y la revelación de que había tenido una aventura, Greg pensó en Fern y en cómo habría reaccionado si lo hubiera sabido, cosa que aparentemente no sabía. Pero, cuando Alice fue condenada por el crimen, Greg se preguntó si tal vez todo era una historia demasiado elaborada. Se preguntó si, de alguna manera, Fern se había enterado de la aventura de antemano, y si lo había hecho, seguro que había encontrado una manera brillante de vengarse. Pero en aquel momento era solo una idea descabellada que no se atrevía a comentar con nadie. Eso fue hasta que leyó sobre la muerte de un tal Rory Richardson, la pareja de Alice, la mujer que estaba en prisión por el asesinato de Drew.

Los informes decían que Rory se había emborrachado y se había quedado dormido en su bañera, y mucha gente del pueblo había añadido peso a los informes, diciendo cómo habían visto a Rory bebiendo mucho después de la sentencia de su mujer y, en particular, en el *pub* el día que se creía que había muerto. Pero ¿cuál era la razón por la que estaba en el *pub* ese día?

La fiesta de despedida de Fern.

Greg no pudo evitar pensar que era una tremenda coincidencia que algo malo le ocurriera a Rory el último día de Fern en el pueblo, teniendo en cuenta que ya estaban conectados gracias a lo que sus respectivas parejas habían hecho. Después de pensarlo un poco, llegó a la conclusión de que Fern y Rory se habían vengado de sus cónyuges infieles, pero que, por alguna razón, antes de abandonar el pueblo Fern había decidido atar el cabo suelto y silenciar a la única persona que sabía lo que había hecho.

Era una línea de pensamiento que le resultaba bastante fácil a un hombre como Greg, que había pasado varios años como agente de policía entre los veinte y los treinta antes de dejar el cuerpo para buscar un equilibrio más favorable entre trabajo y vida personal. Le habían enseñado a ser escéptico y a no tomarse todo al pie de la letra, por lo que se había convertido en un experto en ver todas las posibilidades de un caso y no solo las pruebas evidentes. De hecho, le sorprendió bastante que el detective a cargo de la investigación del asesinato de Drew no hubiera opinado lo mismo, pero quizá sí y fue la política interna del cuerpo de policía lo que había apagado su entusiasmo allí. Greg también conocía bien esa faceta del trabajo, que era otra de las razones por las que había estado deseando salir y hacer otra cosa con su vida.

La teoría de Greg podía sonar muy descabellada, pero no pudo conciliar el sueño una vez que tuvo la idea en la cabeza y, a pesar de que era una posibilidad muy remota, se armó de valor para contar sus sospechas a algunos de sus antiguos colegas de la policía, suponiendo que investigarían porque, en el mejor de los casos, era su trabajo hacerlo y, en el peor, podrían hacerle el favor por los viejos tiempos.

A pesar de su antigua relación con él, no se interesaron porque, por lo que a ellos respectaba, la culpable del asesinato de Drew ya estaba entre rejas, así que el caso estaba cerrado, y la historia de Fern era hermética. La muerte de Rory fue declarada accidental, así que no había nada que investigar allí. Pero Greg no estaba dispuesto a dejarlo pasar, recordando lo nervioso que se había puesto su amigo cuando habló de Fern y su reacción a aquellos mensajes. Por otras conversaciones que había tenido con su amigo Drew, sabía que Fern tenía un lado diferente, un lado capaz de reaccionar de forma exagerada y de enfadarse intensamente. Era un lado que nadie más parecía ver, porque todo lo que mostraba en público era la faceta de ser la leal y cariñosa mujer del médico. Por eso no estaba dispuesto a dejar las cosas como estaban, y si la policía no iba a investigarla, tendría que hacerlo él mismo.

Así que ese era su plan. Iba a hacerse amigo de ella y luego, a medida que se acercara, tratar de averiguar si era capaz de hacer lo que él pensaba que había hecho. Era arriesgado, porque si tenía razón estaba tratando con alguien capaz de cometer y encubrir delitos muy graves, pero sentía que se lo debía a Drew y, por supuesto, a Alice, a la que nunca había conocido pero admiraba desde lejos, después de ver fotos suyas tanto en Internet como en las noticias recientes, y quien temía que pudiera estar cumpliendo condena por un delito que no había cometido.

Incluso había llegado a escribirle una carta a Alice mientras cumplía su condena entre rejas —bajo otro seudónimo, por supuesto—, en la que expresaba su convicción de que era inocente e incapaz de cometer un crimen tan atroz. Alice le había respondido y, aunque algunas partes de la carta habían sido claramente censuradas por las autoridades de la prisión, él pudo entender lo esencial de lo que Alice decía.

Era inocente.

No entendía cómo la habían hecho parecer culpable.

Pero Greg sentía que lo sabía, y ahora era el momento de empezar a demostrarlo.

Tal vez no lo admitiera, pero tal vez había caído un poco bajo el hechizo de Alice en el tiempo transcurrido desde entonces, al igual que su difunto amigo, a medida que se intercambiaban más cartas. Pero él no estaba siguiendo su plan solo por razones románticas. Quería justicia para su viejo amigo y, sobre todo, justicia para las familias de los fallecidos.

Mientras Fern bailaba junto al hombre que creía que nunca conocería sus secretos, él bailaba junto a la mujer que no conocía los suyos. Iba a acercarse aún más a ella y, con suerte, a entablar una relación. A medida que pasara el tiempo, él estaría observando y esperando un pequeño error. Un desliz. Un hilo que Fern no hubiera podido atar y que él podría desenredar hasta que tuviera la evidencia para exponer todo el asunto. Podría ser un mensaje de texto en alguna parte. Podría ser una anotación en un diario. Incluso podría ser un lapsus durante una conversación en la cama un día, una conversación que

Greg estaría grabando en secreto en su teléfono, porque iba a hacer todo lo posible para tener un registro de sus palabras y movimientos durante las próximas semanas y meses.

Solo el tiempo diría si tendría éxito en atraparla y si sería capaz de hacer lo que nadie había hecho.

Solo el tiempo diría si sería él quien revelaría la verdadera naturaleza de la agradable, bonita y aparentemente perfecta esposa del médico.

UNA CARTA DE DANIEL

Estimado lector:

Quiero darte las gracias por leer *La mujer del médico*. Si te ha gustado y quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace. Tu dirección de correo electrónico nunca será compartida y puedes darte de baja en cualquier momento.

www.bookouture.com/daniel-hurst

Espero que te haya encantado *La mujer del médico* y, si es así, te agradecería mucho que escribieras una reseña sincera. Me encantaría saber lo que piensas, y marca una gran diferencia a la hora de ayudar a nuevos lectores a descubrir mis libros por primera vez.

Me encanta saber de mis lectores, y puedes ponerte en contacto conmigo directamente en mi dirección de correo electrónico daniel@danielhurstbooks.com. Respondo a todos los mensajes. También puedes visitar mi web, donde podrás descargarte gratis un *thriller* psicológico titulado *Just One Second*.

Gracias,

Daniel

MANTENTE EN CONTACTO CON DANIEL

www.danielhurstbooks.com
facebook.com/danielhurstbooks
instagram.com/danielhurstbooks